

MAPA DE
UNA AUSENCIA
Andrea Bajani



La novela explora el abandono infantil con la visión de una Europa voraz e insensible como telón de fondo.

Lorenzo viaja a Rumanía tras los pasos de una madre, Lula, siempre en fuga que huyó de su lado cuando era niño en pos de un malogrado sueño empresarial. Allí trata de comprender quién era esa mujer que recuerda a la par que se enfrenta con la miseria moral de unos pioneros italianos dispuestos a traficar con los dramas de un país que trata de salir de las ruinas del comunismo.

Lectulandia

Andrea Bajani

Mapa de una ausencia

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

Título original: *Se consideri le colpe*

Andrea Bajani, 2007

Traducción: Carlos Gumpert

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

5° aniversario edición conmemorativa

Más libros, más libres

PROYECTO
SCRIPTORIUM



epublibre.org



Los personajes y los acontecimientos narrados son meros productos de la fantasía del autor y no se refieren a hechos o personas reales.

Supongo que te ocurrió a ti también, la primera vez que llegaste aquí. Que habría un hombre, justo detrás de la zona franca de recogida de equipajes, que te estaba esperando con tu nombre escrito en una hoja de papel blanca. Y, una por una, miraba las caras tratando de adivinar cuál era la que debía asociar con su letrero. El hombre que me estaba esperando presionaba contra la barrera levantando su hoja por encima de todas las demás, y más que un procedimiento de acogida, con esos carteles por el aire, parecía una manifestación de protesta. Después nos reconocimos, yo me acerqué hacia él y él dobló el papel en cuatro y lo hizo desaparecer en el bolsillo. En él estaban escritos tu nombre y tu apellido, como si fueras tú la que tenía que llegar y no yo, que estaba allí para ver cómo te metían bajo tierra.

Nos dimos la mano para presentarnos y después no nos dijimos nada más. Me dijo únicamente que se llamaba Christian, y luego bajó la mirada. En la mano se me quedó impreso el contacto con aquella piel tan dura, una mano que parecía prestada, de lo ajena que era a la cara apacible que no me miraba. Bienvenido a Rumanía, añadió después mientras cogía las maletas. Permanecemos quietos unos instantes a pocos metros de las puertas correderas, yo que no me decidía a salir y las puertas que se abrían y se cerraban al paso de las personas. Bienvenido a Rumanía, me había dicho, y, sin embargo, en aquel aeropuerto rumano yo solo veía a italianos yendo y viniendo, hombres y mujeres expeditivos que corrían jadeantes detrás de bolsas y maletas con ruedas. Que eran los mismos con los que había volado hasta unos minutos antes, los mismos que empezaron a dar gritos por teléfono tan pronto como el avión se detuvo en la pista, los mismos que habían seguido gritando dentro del autobús, y que luego habían desaparecido con su equipaje de mano mientras yo iba a esperar mi maleta. En medio de esa gente a la carrera una vez estuviste tú también.

Christian permaneció un rato a mi lado, quietos los dos en aquella zona de tránsito. Pero luego tomó la iniciativa, me dijo Sígame, y se encaminó hacia la salida, introduciéndose en la abertura de las puertas. Visto desde atrás, con sus hombros anchos y el cuello encajado, se comprendía la dureza de las manos. Cuando levanté la cabeza, Christian ya no se encontraba allí; lo vi desaparecer al otro lado de la calle, la gente que seguía pasando, el altavoz que seguía diciendo Aeroportul Otopeni y desgranando luego llegadas y salidas en todos los idiomas del mundo. Así que me dirigí yo también contra la puerta de cristal, disfrutando una vez más de ver cómo se abría un momento antes de que chocara contra ella. Me vi fuera, el sol me estalló en la cara, y Rumanía estaba allí. Busqué a Christian en medio del ajetreo, pero los destellos en los parabrisas eran demasiado violentos para poder distinguir algo a través de ellos. De repente, lo vi junto a mí, durante unos instantes estuvimos uno al lado del otro, sin saberlo, buscándonos ambos al otro lado de la calle. Después cruzamos, intentando encontrar huecos en medio del tráfico, metiéndonos entre los coches en fila, con las manos sobre los capós a modo de protección. Deambulamos un rato entre los coches detenidos; Christian no se acordaba de dónde había aparcado. Cuando vio el coche, aceleró el paso, lo hizo parpadear con el mando a distancia, colocó metódicamente mi equipaje en el maletero. Junto a nosotros había un Dacia antiquísimo de aspecto exhausto, parecía como si llevara allí quieto cincuenta años. El aparcamiento estaba lleno de coches como ese que parecían varados, como las bicicletas que se quedan atadas a los postes, con los propietarios muertos hace mucho tiempo, y la gente que pasa a su lado.

Insistió en que me sentara detrás, me dijo Por favor, abriendo la puerta. Después, durante buena parte del viaje permaneció en silencio. Yo le miraba la nuca, el nacimiento del pelo, buscando Rumanía en él, algún rastro de ti. De vez en cuando

me miraba por el retrovisor, me decía Siento mucho lo de su madre. Pronunciaba esas palabras en un italiano nítido, con un acento de extrañeza más evidente en la mirada con la que las decía que en la forma en la que le salían. Tenía puesta una cara de luto, como si ese viaje que había empezado en el aeropuerto formase ya parte de tu ceremonia fúnebre. Christian fue tu chófer durante muchos años. Cada vez que aterrizabas en Bucarest él se presentaba en el aeropuerto, te esperaba detrás de la barrera y luego te liberaba del equipaje. Una y otra vez te hacía sentarte detrás, te buscaba una buena emisora en la radio y sin necesidad de que añadieras nada te llevaba a la empresa. Por la noche iba a buscarte y te acompañaba a casa. Desde entonces el coche se ha mantenido igual, con tu nombre impreso en el lateral junto con el de tu socio. Tú te sentabas donde estoy sentado ahora yo, veías lo que yo veo ahora, la ciudad que acababa de golpe, y nosotros, de repente, a cielo abierto en una campiña igual a sí misma durante kilómetros.

Christian tendría como máximo treinta años, pero demostraba muchos más, el pelo gris por encima de las orejas, los ojos pequeños como caramelos envueltos entre los manojos de arrugas que partían de modo radial. Conducía aferrándose al volante, como si quisiera oponerse con la fuerza de los brazos a la carretera maltrecha por la que me estaba llevando. Lo hacía como forma de deferencia, porque a pesar de mi edad no dejaba de ser tu hijo. A cada bache me buscaba en el retrovisor y decía Disculpe, como si fuera culpa suya el que no me lo encontrara todo en orden. Por eso íbamos despacio, Christian que daba pequeños volantazos para evitar los baches y yo que me agarraba al asiento de delante y me entraba la risa ni siquiera yo sé por qué. De vez en cuando adelantábamos a un carrito arrastrado por un caballo, Christian me lo señalaba arqueando las cejas, con una mezcla de orgullo y de vergüenza. La campiña quedaba interrumpida por una retahíla de naves de chapa, levantadas una junto a la otra, cada una con su propio nombre en lo alto como una bandera: nombres italianos, franceses, alemanes, daneses, norteamericanos. La tuya no conseguí encontrarla, en medio de ese cordón de paralelepípedos que corría a nuestro lado durante kilómetros como una muralla de hojalata y cemento.

Después me dejé caer contra el respaldo, Christian que había encendido la radio y no me perdía de vista desde dentro del retrovisor. Levanté la tapa del cenicero, dentro había un cementerio de colillas aplastadas, tus cigarrillos; volví a cerrarla de inmediato. Ya casi hemos llegado, me dijo Christian al cabo de un rato, pero yo no sabía adónde estábamos llegando. Solo había recibido el telegrama de tu socio, de ese socio que estaba estampado junto a ti en el lateral del coche. En el telegrama únicamente se indicaba la fecha del funeral y un número de teléfono, al que había comunicado la hora de mi aterrizaje en el aeropuerto de Otopeni. Una chica me dijo por teléfono que alguien iría a buscarme y me llevaría a mi Destino. También me dijo Lo siento, Lorenzo, y dijo mi nombre como si nos conociéramos desde hacía tiempo.

Dejamos la carretera principal, tomamos por un camino de tierra que partía por la mitad la campiña, Christian apagó la radio. A lo lejos, delante de nosotros, se veía una nave azul plantada en medio de la nada, una especie de pabellón de caza hecho de hojalata. En el tejado, enfrente de la entrada, estaban colgadas dos banderas; la más grande era la italiana. A su lado, más pequeña, ondeaba la bandera de la Juventus. Christian se giró hacia mí, me dijo Pues aquí estamos, y después volvió a mirar hacia adelante. Disminuyó la velocidad, tocó dos veces el claxon, y la verja se abrió por el medio. Yo repetí Pues aquí estamos, y luego entramos, con las dos alas de la verja que volvían a cerrarse lentamente por detrás de nosotros.

Así que por fin volvía a verle la cara, al cabo de tantos años. Mientras Christian maniobraba lentamente entre los todoterrenos dejados en medio de la explanada, lo vi apartarse de un corrillo de obreros y venir hacia nosotros. Christian detuvo el coche, apagó el motor y me dijo de nuevo Bienvenido a Rumanía, con una media sonrisa, como si Rumanía no fuera la que yo había visto mientras bajaba con el avión, sino la que estaba encerrada dentro del recinto de aquella construcción azul. Tu socio desenvainó la mano desde lejos, exhibiendo una sonrisa de bienvenida. Bienvenido a Rumanía, me dijo él también. Después se presentó con su apellido, estrechándome la mano y colocando la otra sobre nuestro entrelazamiento, para reiterar el calor del apretón. Anselmi, me dijo, como si no nos conociéramos. Y fue como una danza muda, aquel apretón de manos, mirándonos a la cara como dos jefes de Estado que no hablan el mismo idioma. Por fin ves este sitio, agregó. Christian, entretanto, pasó a mi lado con mis maletas. Anselmi se soltó de mi mano y lo detuvo de un brazo, abruptamente. Intercambiaron algunas palabras mirando el coche; después Christian se dio la vuelta, abrió el maletero y metió otra vez mis maletas dentro. Te hemos reservado una habitación en un hotel del centro, me dijo. Me puso un brazo sobre los hombros, se volvió confidencial Siento lo de tu madre. Nadie se lo esperaba en absoluto.

Sé muchas cosas de ti, dijo en voz alta, casi gritando. En algún sitio debo de tener incluso una fotografía tuya. Después abrió los brazos, abarcando cuanto había a su alrededor y me preguntó ¿Te lo imaginabas tan grande? Le dije La verdad es que no, y, girando sobre mí mismo, miré el edificio, los todoterrenos con las ventanas bajadas en medio de la explanada, las plataformas hacinadas. En esta zona somos los más grandes. ¿Has aterrizado en Otopeni?, me preguntó mirando al cielo. Asentí con la cabeza. Estupendo, entonces tuviste que vernos. En esta zona si llegas en avión solo nos ves a nosotros. Yo creo que también nos ven desde la luna, añadió, o desde el satélite, como la Muralla China. Ven estos campos, y luego en medio de los campos nos ven a nosotros. Gritaba, más que hablar, porque de las naves llegaba un estrépito de golpes metálicos, el estridor de las soldaduras, los gritos de los obreros. Como puedes ver, nosotros siempre estamos trabajando, me dijo, no paramos nunca. De vez en cuando salía un obrero en una carretilla elevadora, cruzaba la explanada y desaparecía en la nave de enfrente; después regresaba más lento y con la carretilla cargada de cartones. Iba y venía entre las dos partes del edificio, mientras que tu socio me hablaba de las dificultades y de la gloria, de Rumanía, que es una tierra excepcional, llena de deseos de redención, y llena de chicas que como aquí no las hay en ningún otro lugar del planeta. Ves, decía señalando al obrero que iba y venía, antes eran incapaces de trabajar, ahora mira. Les hemos quitado la Edad Media de la cabeza, a esta gente.

Luego se volvió, con la cara llena de orgullo me señalaba a una chica sentada en los

escalones, me dijo Esta es Monica. Dime si has visto alguna vez a una chica así. La chica se dio cuenta de que estábamos hablando de ella, sonrió y nos saludó. Mira cómo nos saluda, dijo Anselmi, mira esa sonrisa. Y ahora verás cómo corre, en cuanto la llame. De modo que empezó a gritar su nombre y a hacerle gestos con la mano para que se acercara. Ella se levantó, se ajustó la falda y se acercó apresuradamente hacia nosotros. Si tuviera cola, la menearía, dijo siguiéndola con los ojos. Cuando llegó hasta donde estábamos, le puso un brazo alrededor de la cintura. Yo lo miré primero a él, y luego la miré a ella. Un poco incómoda, me tendió la mano, me dijo Soy Monica, hemos hablado por teléfono. Al lado de Anselmi parecía diminuta, casi la mitad que él, dos piernas nerviosas que le salían de la falda, el pelo recogido y los ojos tan verdes que no le veías la nariz. Anselmi se alejó entonces, me dijo Te dejo en buenas manos, y se encaminó hacia el corrillo de obreros del que se había apartado cuando nos vio entrar. Se habían quedado allí de pie todo el rato. Mientras hablaba con Anselmi me habían estado escudriñando, se veía que no sabían quién era yo, pero en la cara tal vez me vieran algo de ti. Lo siento, dijo Monica retorciéndose las manos; le dije Gracias. Se me ocurrió añadir No te preocupes. Éramos dos los que se habían quedado sin palabras, yo que miraba la nave a sus espaldas, y ella, cohibida, con los ojos clavados en el espacio entre sus pies y los míos. Nos quedamos así un rato, y el zumbido de fábrica ayudaba a que no pareciera un silencio.

Christian permaneció sentado en el coche todo el rato, con la puerta abierta y un pie en el suelo. Ni Anselmi ni nadie más le había dirigido la palabra. Solo Monica le había dicho un Hola vacío, cuando pasó a su lado, y Christian le había respondido con una mirada perezosa y levantando la barbilla. De vez en cuando se sacaba del bolsillo de la chaqueta un teléfono móvil, lo abría mecánicamente para metérselo luego otra vez en el bolsillo. Miraba hacia delante, más allá del parabrisas, como si tuviera frente a él el mar y no una pared de chapa metálica.

Perdona por mi italiano, dijo Monica, siguiendo con la mirada al obrero de la carretilla elevadora. Había pronunciado tan pocas palabras que ni siquiera me había fijado en su italiano. Por desgracia no lo he estudiado, lo he aprendido de él. Dijo Él señalando a Anselmi, aludiendo a una supuesta familiaridad compartida, pero que sin embargo te atañía solo a ti. Anselmi le había entregado el escaso italiano que sabía, palabras interceptadas al azar y luego cosidas a toda prisa con los otros retazos de conversación. Y, en efecto, ahora que se estaba dejando llevar, podía darme cuenta de que hablaba como él, con su misma cadencia, usando términos tomados en préstamo de un tonelaje diferente, ella con los veinticinco años que acarreaba ligeros y él que se le aparecía en la boca con violencia. Se notaba que quería aliviar la tensión, que no sabía qué decirme, decía Bueno, de vez en cuando, y después se reía, retorciéndose las manos, repetía Bueno. Me preguntó ¿Te gusta Rumanía?, le dije Acabo de llegar. Hay cosas bonitas y cosas feas, continuó, como en todos los países. Claro, le contesté. Luego sonrió, me dijo A vosotros los italianos lo que os gusta son los chochitos rumanos. Lo dijo tal como lo habría dicho Anselmi, con las mismas palabras, la misma inflexión. Con su misma pesadez.

La verja se abrió y entró una furgoneta. Anselmi la guio hasta el fondo de la explanada y me miró con una sonrisa de orgullo, como diciendo Nosotros no dejamos nunca de trabajar. El conductor se bajó y abrió la puerta trasera. Dos obreros subieron de un salto y empezaron a pasar cajas a otros dos que las cogían y las amontonaban sobre una plataforma. Anselmi dirigía las operaciones a cierta distancia, para evitar que alguna maniobra desmañada le manchase su traje oscuro. Terminada la descarga, cerró la puerta trasera, pagó al conductor y dio una palmada a la furgoneta que arrancaba, como lo habría hecho con las nalgas de un caballo.

Cuando Anselmi se reunió otra vez conmigo, Monica acababa de irse. Me dijo Perdona y se alejó corriendo, como si se hubiera acordado de repente de algo. Ven que te presento a los demás, me dijo tomándome del brazo; también los trabajadores le tenían mucho aprecio. Desde que yo había llegado habían permanecido siempre ahí, hablando en voz baja. El hijo de Lula, anunció entonces como si yo saliera de una tarta. Acaba de llegar de Italia, y ya se ha dado cuenta de que esto es el centro del mundo. Dijo Esto señalando la explanada de cemento sobre la que se encontraban. Como si, una vez más, el centro del mundo fuera aquella nave, y no la Rumanía que

accidentalmente la rodeaba. Se echaron todos a reír, se reían con ganas. Los que llegan hasta aquí no vuelven a marcharse, dijo Anselmi. ¿Alguna vez te has preguntado por qué tu madre no regresó? ¿Te has planteado esa cuestión?

Empezaste a marcharte cuando yo era pequeño. La primera vez fue un viaje de turismo, fuiste a visitar a unos amigos que habían ido a probar suerte. Me habías dibujado el mundo en una hoja de papel, la noche anterior, y me enseñaste adónde ibas. Nosotros estamos aquí, me dijiste, y mañana yo estaré en este punto de aquí abajo. Trazaste una línea con un rotulador rojo que partía desde casa y llegaba hasta allí. Es un puente, me decías, es como cruzar al otro lado del río. Así que debajo del puente lo coloreamos todo de azul, llenamos de agua media Europa. Después pegamos la hoja con celo en la puerta de la nevera, y allí se quedó durante los años que siguieron.

Al principio estabas fuera poco tiempo, solo unos días, un par de semanas como mucho. Yo te esperaba, pero no me preocupaba; uno no se preocupa por alguien que ha cruzado un momento al otro lado del río pero va a volver enseguida. A papá no le hacía demasiada gracia pero no lo demostraba, por la mañana me llevaba al colegio, por la tarde iba a recogerme y me traía a casa, nunca me decía nada. Cuando tú no estabas, yo buscaba cualquier excusa para escabullirme a la cocina a coger algo de la nevera. Iba allí a propósito para mirar el dibujo del mundo, para recorrer con el dedo aquel puente rojo tendido entre tú y yo. Después abrías la puerta de la nevera y pensaba una y otra vez que te vería, al otro lado, como si hubiera abierto una ventana. Pero en lugar de verte a ti, me topaba con el habitual cartón de leche con una vaca dibujada, el queso en lonchas y las latas de cerveza de papá. Una vez papá entró en la cocina mientras yo estaba con toda la cara metida en la nevera, me preguntó qué estaba haciendo, le dije lo que siempre decías tú cuando abrías el frigorífico. Miro si hay algo que comprar.

Pero al final volvías siempre a casa, a mí ya no me hacía falta custodiar la nevera y papá recobraba la palabra. Nos habías enseñado fotos de tus amigos, la primera vez que fuiste a Rumanía. Nos pasabas las fotos y nos decías Nunca les había visto reírse así. En efecto, en las fotos se reían mucho, pero yo nunca había visto a nadie que no se estuviera riendo en las fotos. Yo los conocía bien, a esos amigos tuyos; antes venían a menudo a casa con sus mujeres y sus hijos. Os quedabais hablando hasta tarde de trabajo, nosotros nos tumbábamos en la alfombra delante de la televisión, la veíamos, nos reíamos, y luego acabábamos todos dormidos en el suelo. De repente dejaron de venir, tal vez porque se hubiesen ido al otro lado del río. A sus hijos los seguía viendo, en el colegio; las mujeres iban a recogerlos a la salida.

Después del colegio, de vez en cuando me llevabas a la fábrica, porque tenías trabajo que hacer. Así que yo me quedaba en tu despacho del primer piso con los cuadernos de los deberes abiertos, y pasaba el tiempo enroscándome y desenroscándome en tu silla giratoria. De vez en cuando salía a la galería interna y me apoyaba en la barandilla. Te veía desde arriba cruzando apresurada el vestíbulo, con alguien a tu lado que te hablaba, tú que asentías y él que en determinado momento se paraba. Y

me gustaba eso de que para hablar contigo los demás tuvieran que recorrer un trozo del camino junto a ti, que tuvieran que montar contigo y después bajar y volver atrás. Cuando se hacía tarde y había acabado los deberes salía de nuevo a la galería y me sentaba allí, con las piernas colgando, mirando hacia abajo, con las luces de neón cada vez más fuertes. Los pocos empleados que quedaban deambulaban en camisa, con las corbatas aflojadas alrededor del cuello. De vez en cuando me hacías señas como diciendo Casi he terminado, y yo te contestaba saludándote con las piernas, las manos aferradas a la barandilla.

El último en llegar, ya tarde, era tu socio. Hasta que no llegaba él, no nos íbamos de allí. Cuando aparecía lo seguías a su oficina, y permanecíais encerrados un rato, yo que no podía ver ni oír. A veces hasta me quedaba dormido, con las piernas dobladas entre los barrotes de la terraza; cuando me despertaba me parecía estar sentado en un columpio. A continuación venías tú, después de que tu socio se hubiera ido, y me metías los cuadernos en la mochila. Llama a papá, me decías, que si lo llamaba yo era posible que no se enfadara. Luego bajábamos las escaleras de metal y salíamos cuando ya era de noche, la explanada estaba vacía y el coche parecía abandonado al azar en medio de la nada. ¿Cambias tú las marchas?, me preguntabas nada más arrancar. Y así nos íbamos, tú con el pie en el embrague y yo con las dos manos en la palanca de cambio. Hasta que llegábamos a casa algo a trompicones, porque reducir era la parte más difícil. Nos parábamos delante del sendero de entrada, y tú me decías siempre No hace falta que te diga nada, antes de apagar el motor.

La primera vez que vi dónde trabajabas fue el día de la conferencia de prensa. La empresa ya estaba abierta desde hacía tiempo, pero primero había que poner en marcha, después, estabilizar, después, perfeccionar, y solo entonces, al final, se podía convocar a la prensa y enseñar lo buenos que erais en hacer adelgazar a la gente. Habías llamado a los periodistas para presentarles tu artefacto, hacía tiempo que se hablaba de él y todos pedían información. La mañana de la conferencia de prensa me llevaste al colegio, y durante todo el trayecto dijiste que era un día importante porque desvelabas una cosa secreta, una cosa que nunca le habías dicho a nadie. Se veía que habrías querido llevarme a mí también, pero no sabías cómo apañártelas con el colegio. Dejamos el coche en doble fila y nos encaminamos hacia la verja, tú que cargabas con mi mochila y yo que no dejaba de pararme porque el zapato se me desataba. Luego, de repente, te quedaste clavada. Me miraste y me dijiste ¿Qué te parece si nos largamos? Unos segundos más tarde estábamos otra vez en el coche, yo riéndome aplastado en el asiento de atrás y tú que, oculta tras las gafas de sol, decías No te levantes, que si te ven tendremos que volver.

Tu producto era un huevo tan grande como un hombre adulto. Se abría por la mitad, como los huevos de Pascua de cartón, y después volvía a cerrarse, como si nunca se hubiera abierto. Metías ahí a las personas gordas, para hacerlas sudar, dentro y fuera una vez al día. Hicieron falta tres años, antes de hacerlo funcionar. Al principio no era más que un artefacto dibujado en una hoja de papel grande, extendida sobre la mesa de la cocina. Nos lo enseñaste una noche después de cenar, tras idas y venidas entre la mesa y el fregadero para retirarlo todo y hacerlo desaparecer en el lavavajillas. Luego desenrollaste el papel y en el papel había un huevo, como si acabaran de ponerlo y, a continuación, lo hubieran envuelto en papel de periódico. Aquí está, nos dijiste mirándonos a la cara, y estaba claro que de nosotros te esperabas admiración. Yo solo pregunté ¿Qué es?, papá se limitó a asentir con la cabeza, y tú, por un momento, estuviste a punto de levantarte e irte. Pero tenías demasiada necesidad de ratificación, de modo que nos pasamos la mitad de la noche imaginándonos a hombres y a mujeres muy gordos que eran engullidos dentro del huevo, que luego los restituía muy delgados. Tú escribías números en una hoja que tenías junto al dibujo, después los tecleabas en una calculadora y nos decías un resultado, porque perder peso, nos decías, era una cuestión matemática. Pero todo estaba en sus inicios, el huevo no era más que un dibujo abierto sobre una mesa de la cocina, la compañía producía no sin dificultades cosméticos únicamente, y papá y tú aún parecíais un padre y una madre.

Cuando presentaste el huevo a los periodistas, habían pasado tres años desde aquella noche. Durante cierto tiempo, dejaste incluso a un lado la idea de fabricar artefactos adelgazantes. Por la noche hablabas hasta tarde por teléfono con tu socio, con la puerta del estudio entreabierta y la luz encendida sobre la mesa. Cada vez que me daba la vuelta en la cama veía tu sombra agitarse en el pasillo como si fuera una

pequeña llama en la noche. Pero al final no fue capaz, tu socio, de convencerte de que aparcaras la idea del huevo y, a fuerza de hablar por teléfono toda la noche, acabaste llevándote el gato al agua tú. De modo que, cuando llegaron los periodistas, fuiste tú quien los recibiste, distribuyendo a cada uno carpetitas y apretones de manos. Él caminaba a tu lado y estrechaba la mano después de que pasaras tú, se le veía que estaba un poco incómodo en esa posición gregaria. Yo caminaba al otro lado, y no sabía qué hacer conmigo, si dar la mano yo también, si distribuir sonrisas, si quitarme de encima la mochila con los libros de texto y dejarla tirada en algún sitio. Y al final me limité a mirarte, a ir detrás de ti, a seguir tus pasos.

Tan pronto como pediste silencio, todos se dieron la vuelta. A un lado estaban ellos, al otro estabais tu socio y tú, y en medio por un momento me quedé solamente yo, con la mochila a la espalda. Dijiste Gracias por venir, para nosotros hoy es como desvelar un secreto. Después hiciste señas a todos para que te siguieran. Así que arrancamos en caravana y, uno tras otro, nos metimos por los pasillos de la empresa, con los empleados asomados desde sus despachos y nosotros desfilando como atletas de una carrera ciclista. De las oficinas pasamos a los almacenes, de los almacenes al patio y el patio lo cruzamos casi a la carrera, los últimos se distrajeron y al final tuvieron que alcanzar a los demás con un acelerón. ¿Estamos todos?, preguntaste delante de una puerta blanca que conducía directamente a la explanada.

Dentro había una señora con una bata blanca que saludó a todos con un único saludo. Tú te acercaste a ella, le apoyaste una mano en el hombro y dijiste Aquí lo tienen, señalando el huevo de adelgazamiento que estaba a su lado. Lo que vamos a hacer es una demostración comparativa. Dos modelos seleccionadas especialmente para la ocasión, nos explicaste, se someterán a dos tratamientos diferentes: la primera va a utilizar un aparato tradicional; la segunda el huevo de adelgazamiento. De manera que aparecieron las dos modelos, dos chicas regordetas en albornoz, una se sentó en un banco, a la otra la hicisteis tumbarse en una camilla. La señora con la bata cubrió a la modelo regordeta con cintas elásticas azules y cables eléctricos. Hasta ayer, dijiste tú a la prensa, este estaba considerado como un tratamiento de vanguardia. La doctora bajó una palanca y todos los músculos del cuerpo de la modelo regordeta empezaron a agitarse con pequeñas y violentas sacudidas nerviosas. La modelo permaneció presa de convulsiones durante diez minutos, tú te alejaste para hablar por teléfono y los periodistas permanecieron sentados cerca de la camilla. Al final del tratamiento, la señora con la bata liberó a la modelo de los cables eléctricos y le midió el vientre y los muslos, tal como había hecho antes de bajar la palanca. Tres centímetros menos en el vientre, dos menos en los muslos, dijo satisfecha mientras la modelo se ponía el albornoz e iba a sentarse en el banco.

Y aún no han visto ustedes nada, dijiste, mientras la otra modelo se introducía dócilmente dentro del huevo. Es como una segunda gestación, como venir al mundo

una segunda vez. Después pulsó una tecla y la tapa del huevo descendió lentamente. Engulló el cuerpo y la sonrisa de perplejidad de la modelo con sobrepeso. Tú los miraste a todos sonriente y anunciaste unos minutos de pausa para los fumadores, pues, total, la máquina debía completar su proceso. Abriste la puerta y salieron todos, yo el último, pues ya me sentía parte del grupo, y tú me pusiste una mano en la cabeza, y me preguntaste ¿Te gusta? Así acabamos en la explanada, casi todos se encendieron el cigarrillo incluso antes de llegar allí realmente. Yo me detuve en los escalones, con la cara pegada al cristal mirando hacia dentro. No quedaba nadie, solo el huevo con la modelo encarcelada; la habíamos dejado allí como si fuera una máquina de hacer pan. La chica encerrada en la máquina ni siquiera sabía que la habíamos abandonado y nos habíamos ido a fumar. Ella estaba ahí dentro fumando por su cuenta, sudando y adelgazando con la esperanza de volver a ver la luz tarde o temprano.

Cuando el huevo dejó de centrifugar y tú pulsaste el botón de apagado, se levantó la tapa. La modelo regordeta seguía allí más intimidada que cuando entró, con los rostros de todos los periodistas encima, que la miraban como si acabara de regresar del espacio. Tú le dirigiste una sonrisa tranquilizadora, y mientras tanto hacías gestos a los demás para que se apartaran del huevo y la dejaran salir. De modo que ella salió, se puso las zapatillas y fue a tumbarse en la camilla, como un rollo de carne hervida que saltara de la olla y fuera a reclinarsse sobre la tabla de picar. La señora con la bata le midió el vientre, los muslos y la cintura y dijo que los centímetros que había perdido eran muchos más que los que había perdido la otra modelo. Incomparable, dijiste tú, apretando con las yemas de los dedos sobre su estómago. Es por efecto de la ionización eléctrica del oxígeno. El oxígeno ionizado, precisó, es un gas muy reactivo que actúa sobre el metabolismo. Quema la grasa y ayuda a redistribuirla, concluíste. La redistribución de la grasa es una fase fundamental en el proceso de adelgazamiento. Ante esas palabras, todos nos volvimos hacia la modelo, para ver si en la redistribución se le habían hinchado las pantorrillas, los codos, los nudillos o los dedos de los pies.

Tu socio venía a menudo a cenar a casa, los martes por la noche. Ibais juntos al curso de inglés, y cuando llegabais a casa eran ya casi las diez. Yo te esperaba en el sofá en pijama, con el volumen del televisor bajo para oírte aparcar. Llegabais siempre con dos coches, los colocabais uno detrás del otro delante de la ventana y poco después oía la llave en la cerradura. Después del curso hablabais en inglés durante un rato, entre vosotros os llamabais Darling y decíais Great continuamente. Tu socio apenas me saludaba, cuando entraba, decía Hi baby. Colgaba el abrigo en el vestíbulo, sacaba una cerveza de la nevera y luego venía a sentarse conmigo en el sofá. Se dejaba caer a peso muerto, hacía que volara hacia arriba como si estuviéramos sentados en un columpio. Después me daba una palmada en el muslo, decía Great guiñándome un ojo, a continuación cogía el mando a distancia y empezaba a cambiar un canal tras otro.

El martes por la noche papá nunca estaba, estaba fuera de la ciudad por trabajo. Cenábamos temprano, él y yo, y luego se daba una ducha, me ponía el pijama y alrededor de las nueve se marchaba. Antes de salir te preparaba siempre la mesa en la cocina, un plato, un vaso, cubiertos, y en el hornillo una olla con una tapa para que te la calentaras. Al rato llegabais vosotros, tú añadías un plato, un vaso y dos cubiertos, y sacabas de una bolsa unos paquetes comprados en la sección de gastronomía. Después encendías el horno y ahí los metías todos juntos, con la olla que se quedaba allí hasta el día siguiente. Cuando estaba listo, te acercabas a llamarnos; a él le dabas un golpecito en el hombro, a mí me estrechabas en tus brazos, me dabas un beso en el pelo. Aunque ya hubiera comido, tenía que haceros compañía. Me ponías un plato y un vaso, os veía decir Great constantemente. Hablabais casi siempre de trabajo; tú estabas muy sonriente y tenías las piernas cruzadas, él te servía vino en el vaso.

La primera vez que te vi fumar fue uno de esos martes por la noche, tu socio te ofrecía los cigarrillos, te acercaba el encendedor y tú te inclinabas sobre él, con los labios hacia fuera. Te veía fumar solo los martes por la noche, el resto de los días no fumabas nunca. Una noche me dejasteis probar a mí también, me mirabais toser, mientras él me decía Así es como uno crece, baby, y tú que le contestabas Pero si no es más que un cachorro. Tu socio me miraba y no dejaba de reírse, tú me decías Vete a ver la televisión. Después, invariablemente, el teléfono sonaba alrededor de medianoche; era papá que quería saber de ti. Tú te levantabas de la mesa, te encerrabas en tu dormitorio y salías al cabo de un rato. Te sentabas a mi lado en el sofá, me decías Papá ya ha llegado al hotel, me dabas un beso y decías Este es de su parte, me dabas otro, y ese era el tuyo. Luego volvías a la mesa con él y os oía reiros y hablar entre las voces de la televisión.

A veces hasta bailabais después de cenar. Os quitabais los zapatos y os balanceabais hacia adelante y hacia atrás sin salir nunca de la alfombra. Yo os miraba tumbado en el sofá, dando cabezadas a causa del sueño. Vamos a enseñarle a este caballero cómo

se baila con una mujer, me decías de vez en cuando arrancándome del sofá. Él se dejaba caer delante del televisor y nosotros íbamos siguiendo el ritmo, yo, en pijama y con los calcetines sueltos, apenas te llegaba por encima de la cintura. Sigue mis pasos, decías, y me aplastabas contra ti; yo apoyaba la frente en tu vientre y miraba hacia abajo para ver si mis pies estaban cumpliendo con su deber o no. Tu perfume, mezclado con el olor a tabaco, a alcohol y a loción de afeitado de tu socio eran el olor del martes por la noche. Al final acababa siempre por quedarme dormido; cuando me despertaba era ya por la mañana y estaba en mi cama. Tú me esperabas en la cocina, y su coche ya no estaba fuera de la ventana.

Algunos martes por la tarde se iba temprano y los dos nos quedábamos despiertos hasta bien entrada la noche. A veces nos íbamos a dar una vuelta en coche. Salíamos de la casa como clandestinos, yo con el pantalón del pijama que me salía por debajo del anorak y pantuflas en los pies. Te parecía volver a años atrás, decías, cuando yo era más pequeño. Era el último remedio contra mi insomnio. Ponías música y cantabas, y nos íbamos juntos colina abajo, colina arriba, el único coche en aquella cintita de asfalto extendida sobre los campos. A veces bastaba con poco, otras veces viajábamos durante horas. Pero siempre acababa funcionando, y la casa, en el camino de vuelta, yo no llegaba a verla nunca.

Cuando volvías de tus viajes siempre traías *souvenirs*. Entrabas en casa con tu socio, dejabas maletas y zapatos justo al entrar en el vestíbulo y después ibas a buscarme. A veces estabas fuera solo unos cuantos días, a veces semanas. Mientras yo hundía la cara y las manos dentro de la bolsa de regalos, tú le hacías un café, él se lo bebía de un trago y cerraba la puerta al salir sin decir adiós. Tú entonces te reunías conmigo en la alfombra y me explicabas de dónde venían esos regalos y para lo que servían. Sacabas el gorro ruso de piel, te lo ponías en la cabeza y empezabas a hablar en ruso, o en cualquier otro idioma que yo desconocía. Nos quedábamos en la alfombra durante horas, jugábamos a pelearnos, yo trataba de huir a cuatro patas y tú me cogías de los tobillos y me arrastrabas hacia atrás, ¿Dónde te crees que vas, muchachito? De tus regresos a casa recuerdo el contacto físico, ese choque que terminaba siempre con los dos sudando y mirándonos jadeantes, tus ojos llenos de diversión y los míos de rabia. Porque aquello era un juego, pero era también mi manera de decirte que no habías estado allí.

Antes de quedarte definitivamente en Rumanía, recorrías el mundo para presentar tu huevo adelgazante. Montabas en los aviones, bajabas al otro lado del planeta y demostrabas a todo el mundo lo conveniente que era comprar un huevo enorme para hacer que las personas sudaran dentro de él. En el aeropuerto había un chófer que iba a recogerte, te abría la puerta y te llevaba a tu destino. Tú llegabas, dabas una conferencia de pie al lado del huevo, las fotos, un almuerzo por cuenta de la empresa y luego volvías al aeropuerto. Montabas en otro avión, te marchabas a otra parte del planeta, cambiabas de idioma y hablabas de la ionización del oxígeno. Cuando pasabas fuera mucho tiempo me enviabas las páginas de los periódicos en las que se hablaba de ti; siempre aparecías tú dando la mano a alguien y ambos estabais mirando a la cámara. Otras veces te retrataban en pie detrás del huevo con algunas de las modelos regordetas que te prestaban, y todos juntos sonreíais como un equipo de *bobsleigh*. Papá y yo recortábamos todos los artículos y los catalogábamos en un archivador. Encima yo había escrito Mamá? con un signo de interrogación, porque no sabía qué otra cosa añadir.

Cuando volvías a casa decías siempre Cuánto sufrimiento hay en esos sitios. Pero era precisamente allí adonde había que ir para aportar serenidad, para eliminar el malestar, el desaliento y los kilos de más. De modo que ibas a Ghana, Líbano, Bangladés, Colombia, Perú, China, Zaire, Nicaragua, Rumanía, Polonia, Serbia y otros muchos sitios. Te habías concentrado en las zonas más pobres del mundo; decías que allí tenían mucha energía, un sentido de la vida más desarrollado que el nuestro. Decías que hacer llegar aparatos como el tuyo a lugares así era en cierto modo como llevar la luz, el agua o el teléfono. En las fotos que me enseñabas había centros estéticos con muchas personas que estaban fuera mirando a los pocos que entraban dentro. Esos, decías, son los que tienen dinero. No son muchos, pero sí muy

aguerridos y quieren lo mejor que haya. Esos otros, decías señalando con el dedo a las personas que se aglomeraban fuera del centro, son los que no tienen dinero. Son muchos y sufren mucho, pobre gente. Pero ahora tienen un estímulo más por el que esforzarse. Si pudieran, decías, se arrojarían todos dentro del huevo. Incluso los que están delgados.

Y así era como pasábamos tus regresos, completando el catálogo de lo que habías visto. En las fotografías aparecía él también de vez en cuando, pero la mayoría de las veces estabas sola, y sonreías con un carmín brillante que te enmarcaba los dientes. De las fotos más bonitas me sacabas copias, y yo las colgaba con una pinza de ropa en una red de pesca que me habías traído de quién sabe dónde. Papá la había colgado del techo de mi habitación y llegaba hasta el suelo. Había prendido también una foto en la que estábamos los tres juntos en el balcón, mirando perplejos al objetivo. Cerca de la cama, en la habitación, yo había exigido además la silueta de cartón de tu huevo adelgazante. Cada vez que volvías de un viaje, después de haber repasado la lista de regalos, desenvolverlos y probármelos, los recogía entre los brazos y me los llevaba a la habitación, tratando de no perder piezas en el trayecto. Tú entonces te metías bajo la ducha, decías que uno no vuelve de verdad a casa hasta después de la primera ducha. Yo me paraba justo antes del baño, que era un juego divertido que solo nosotros sabíamos. Desde el interior del cuarto de baño, mientras te desvestías, lanzabas tus prendas al pasillo una después de otra, como si hubieras cargado un cañón de ropa.

Luego me iba a mi habitación y depositaba mi botín en la alfombra. Era cada vez más difícil encontrar sitios libres en los que colocar los *souvenirs* que me habías traído sin tapar algún otro. Los había de todos los países, de cada rincón del planeta, con mi habitación que, viaje tras viaje, iba convirtiéndose en el mapamundi de tu ausencia cotidiana.

Christian insistió en llevarme el equipaje hasta la habitación. Lo dejó delante de la cama y luego volvió a bajar. Antes, sin embargo, quiso enseñarme desde el balcón que la ventana de enfrente era tu casa, solo un piso por debajo del mío. Había una calle de por medio, unos pocos metros en línea recta; solo habría hecho falta una cuerda tendida y un poco de valor. Me preguntó si quería verte una última vez, antes de que cerraran el ataúd y te metieran bajo tierra. Después de tanto tiempo me sentí incapaz de decir que sí. Había tratado de reconstruir tu cara todos los años el día de Navidad, midiendo tu voz en aquella única llamada telefónica, como un ciego que palpa con las manos la cara de las personas. Con el paso de los años empezó incluso a consumirse la imagen que tenía de ti y, cada vez que comparaba una foto tuya con la voz que me hablaba por teléfono, tenía la impresión de que me hubieran desviado por otra línea. Aquella voz cada vez más ronca y recargada la verdad era que no sabía dónde colocarla, pegada a tu persona. Así que miré por la ventana y me senté en la cama. No me sentía capaz de bajar las escaleras, cruzar la calle, mirarte a la cara, reconocerte solo por la posición de los muertos, y no poder olvidarte ya.

Y, sin embargo, no dejaba de salir al balcón y de intentar verte dentro de la casa. Detrás de las cortinas echadas no se veía a nadie, yo me quedé mirando una ventana, pero en realidad quién sabe si te habrían colocado realmente detrás de esa. A mi alrededor estaba Bucarest, edificios de hormigón armado yuxtapuestos siguiendo las orillas del paseo, y un ruido de fondo que yo desconocía, como si incluso el tráfico hablara una lengua distinta a la mía. En tu casa había algunas luces encendidas; traté de adivinar la habitación desde la que me telefoneabas, la habitación en la que dormías. La miraba, con los codos apoyados en el balcón, y no quería imaginarla como una cámara mortuoria instalada en el séptimo piso de un feo edificio de viviendas en el centro de Bucarest. Cerré la ventana y me di una larga ducha, sentado en el suelo con las piernas abrazadas contra el pecho, la frente contra las rodillas. Hasta después de la primera ducha uno no ha llegado a casa. Al otro lado todo seguía igual, las cortinas medio echadas, las luces encendidas y tú oculta en algún sitio, tumbada con los ojos hacia arriba.

Después se abrió una cortina, e instintivamente di un paso atrás. Apareció Christian, que me vio en el balcón y no dijo nada. Lo veía pasar de una habitación a otra como si la casa estuviera vacía, como si se hubiera olvidado de algo, pero no pudiese recordar dónde. Así comprendí dónde estabas tú, porque frente a la última ventana se detuvo y se volvió hacia mí. Ninguna señal, tan solo una mirada apenas, él delante de ti y yo en albornoz en un balcón. Luego se giró y se sentó, dejé de verlo. Solo una voluta de humo que se deslizó por la ventana y fue subiendo, hacia el octavo, deshaciéndose en el aire. Era una bonita manera de estar cerca de ti, eso que hizo Christian, fumar a tu lado sentado en una silla. Con los años habías adquirido el hábito de fumar con insistencia, casi brutalmente. Empezó como una cosa de los

martes por la noche y luego se convirtió en la más asidua de tus costumbres. Nunca salías si no llevabas tres paquetes de cigarrillos en el bolso, te hacía sentir segura meter las manos para buscar algo y encontrarlos allí, agazapados entre las cosas. Y por teléfono, las pocas veces que nos llamábamos, el tiempo venía marcado por el resuello del encendedor y de tus caladas. Después tosías tanto que ya no podíamos hablar.

Cuando bajé, Christian estaba en el vestíbulo esperándome sentado en el sofá. Se puso en pie para ir a mi encuentro, pero le hice un gesto de que se quedara allí. Y así nos quedamos un rato, sin decir nada, sin decir que nos habíamos visto un momento antes. Me senté más próximo a él de lo que habría querido, de modo que estábamos aplastados en el lado derecho del sofá sin que ninguno de los dos hiciera nada para desbloquear aquella situación tan poco natural. El camarero se acercó para preguntarnos si queríamos algo; no tomamos nada. A continuación, Christian dijo Se dice que los muertos van al cielo, y lanzó una mirada de perplejidad hacia el techo, sin añadir nada más, con la frase que se había quedado a medias. Miraba al techo y más allá del techo miraba hacia tu casa, que era como decir que habías logrado morir solo a medias, que al subir te habías detenido en el séptimo piso.

Christian recibía llamadas telefónicas continuamente, para arreglar los últimos detalles de tu traslado al cementerio. Y no debía de ser asunto fácil, a juzgar por lo mucho que se enojaba. Se apartaba el teléfono de la oreja, se lo acercaba a la boca y empezaba a gritarle, inclinado sobre el aparato. Era algo que había visto hacer a tu socio unas horas antes, era como ladrarle de cerca, abrirle de par en par en plena cara dientes, lengua y paladar y no querer oír réplicas. En medio de esas peroratas, Christian deslizaba algunas palabras de italiano para aclarar en nombre de quién estaba llamando. Al final de cada llamada me miraba y me decía desconsolado Los rumanos no saben trabajar. Se habían equivocado de iglesia, me dio a entender. En la que te habían asignado estaban haciendo obras en el interior; ni pensar siquiera en organizar un funeral. Christian me miraba de abajo arriba, sentado al borde del sofá, con los codos apoyados en las rodillas y las manos debajo de la barbilla. Me miraba como si fuera culpa suya. Y su mirada era eso precisamente lo que quería decir, que también se contaba él entre los rumanos que no sabían trabajar. Le apoyé una mano en la espalda, y fue el primer contacto físico con Christian después del apretón de manos en el aeropuerto. Era una espalda grande, que no me esperaba, los hombres conocen casi únicamente las espaldas de las mujeres, o la de su padre.

No podíamos hacer nada, le dije, solo podíamos esperar y ver cuándo podría celebrarse el entierro. Me miró desde una desesperación toda suya, que no me incluía. Luego su teléfono volvió a sonar, se levantó para contestar, caminaba nervioso yendo y viniendo por las alfombras. Me di cuenta de que era tu socio por la forma en la que miraba hacia el suelo con el cuello hincado entre los hombros. Intentaba decir algunas palabras entrecortadas de vez en cuando, pero se veía que él no lo dejaba hablar, que le estaba gritando dentro del móvil. Cada vez que Christian pasaba junto a las puertas correderas, las puertas se abrían delante de él y por un momento el hotel se hinchaba de ruido. Christian se percataba y se echaba hacia atrás, pero luego se olvidaba, pasaba otra vez por delante, las puertas volvían a abrirse y el vestíbulo se hinchaba de nuevo. Después lo vi salir, las puertas se abrieron de par en par y él ya estaba al otro lado, por detrás de los cristales. Lo veía pasarme por delante en la acera, tan inmerso en la llamada telefónica que probablemente ni siquiera se había dado cuenta de haber salido. Habría podido caminar largo rato y llegar quién sabe adónde, como los sonámbulos que se descubren sentados en la cocina a las cuatro de la madrugada. Volvió al cabo de media hora, me dijo Mañana, el entierro. Le pregunté ¿Se cambia de iglesia? No, me respondió. No se cambia de iglesia. Aplastó el cigarrillo en el cenicero, sacó otro del paquete. Se volvió y se me quedó mirando a los ojos. Tiempo muerto, dijo poniendo una mano en horizontal encima de la otra. Tiempo muerto, repitió dejándose caer contra el respaldo del sofá. Los obreros suspenderían las obras de reforma durante una hora o poco más. Justo el tiempo necesario para mandarte en paz al otro mundo.

Hay una hora de la mañana en la que las luces de la ciudad se apagan todas a la vez, en un único instante. Como si fuera una sola habitación, como si hubiera alguien que se levantase, se acercara hasta el interruptor, apagase y volviera a sentarse. Nunca se sabe exactamente cuándo sucede, decías. Es necesario quedarse quietos delante de la ventana, observando, no distraerse, no enredarse en pensamientos, que los pensamientos son como las manos de alguien que te llega por detrás y te tapa los ojos, no te deja ver ya. Lo hicimos juntos una vez; me había levantado para ir al baño y te encontré en la cocina porque no podías dormir. Veías la televisión sin volumen, en plena noche. Estabas sentada en el taburete y mirabas cómo las imágenes te pasaban por delante; a veces te quedabas dormida con la cabeza entre los brazos; por la mañana te encontrábamos así, y parecía que estuvieras llorando. Yo me había acercado a la cocina porque había visto la luz; estabas descalza y en bata y te reías. Estabas tan absorta en la película que no te planteaste qué estaba haciendo yo, en la cocina, en plena noche. Sin apartar los ojos del televisor, me indicaste otro taburete y me senté a tu lado. Cuando acabó la película, te volviste y me preguntaste ¿Y tú qué haces levantado?

Después te pusiste en pie, apagaste el televisor y me dijiste en voz baja Vamos al desván, pero mañana no se lo digas a papá. Nos pusimos los zapatos y subimos a ver las luces que se apagaban por la claraboya. Nos quedamos ante la noche un buen rato, sentados bajo una sola manta ante el cuadrado del ventanuco. Veíamos las luces temblando como tizones; parecía que era el viento lo que daba esos escalofríos a las brasas. Luego llegó por fin el alba y tú me dijiste Ahora estate muy atento, no parpadees. Así que intenté mantener los ojos abiertos lo máximo posible, como cuando te tienen que sacar una foto y no quieres salir con los ojos cerrados. La cosa se prolongó bastante tiempo, no se decidían a apagar las luces. Yo mantenía los ojos todo lo abiertos que podía, usando todos los músculos de la cara, tú que me seguías repitiendo No parpadees, y todo continuaba exactamente como antes. Después, por fin ocurrió, y yo me lo había perdido. Me preguntaste ¿Te ha gustado? Y yo te contesté No lo he visto. Por un momento te quedaste en silencio, luego me dijiste Lo he visto yo por ti.

Ahora era también de noche, y el octavo piso del hotel estaba más alto que la vieja mansarda, y la ventana más ancha que la buhardilla. Solo que fuera estaba Bucarest y tú te hallabas al otro lado de la calle. Salí al balcón porque no conseguía quedarme dormido, me apoyé en la barandilla. En tu ventana había luz; debían de habértela dejado encendida a propósito, igual que se hace con los niños para ahuyentar el miedo a la oscuridad. Christian me trajo de vuelta al hotel pasada la medianoche; tuve que llamar, el portero tardó un poco en aparecer. Tu socio se empeñó en llevarme a cenar fuera, quería compensar el percance del entierro. El restaurante estaba en la terraza de un hotel de lujo en el centro de Bucarest, engastado entre los edificios

como un diente de oro en medio una boca descuidada. Cuando Christian y yo llegamos, él ya estaba allí, sentado en la mesa con otras personas. Se levantó y vino a mi encuentro, quiso que me sentara junto a él. Siento mucho, dijo, lo que ha ocurrido, pero ya lo he resuelto, mañana por la tarde misma iglesia. Con el dinero se resuelve siempre todo, agregó, a los rumanos les vuelve locos el dinero. A nuestro alrededor, en la terraza, mesas idénticas a la nuestra, italianos, franceses, alemanes, todos en torno a mesas formadas únicamente por empresarios, pioneros, cazadores. Los únicos rumanos que había allí eran los que servían las mesas, muchachas que corrían de una mesa a otra para atender los pedidos. Anselmi se empeñaba en hablar en italiano con la camarera Soy italiano y hablo en italiano. Total, sé que estás fingiendo que no me entiendes. Ella le contestaba en inglés. Ahora se creen internacionales, me dijo cuando se marchó. Hablaba sin interrupción, como si tuviera que desenrollar todo el carrete de palabras que tuviese en la boca. Yo no decía nada; durante toda la cena estuve mirando a Christian, implorándole con los ojos Larguémonos de aquí.

Nos encontramos en el coche cuando ya era casi medianoche, otra vez él delante y yo detrás. Me había limitado a decir Me voy a acostar, y Christian se levantó también; no tuve que dar explicaciones. Tu socio no intentó oponer resistencia, tal vez ni siquiera se diese cuenta de que ya no estábamos allí. Me despedí en general, aunque no había hablado con nadie. Próximo al coche, en la acera, había un anciano con una báscula a sus pies y, al lado, un cuenco con algunas monedas. Estaba allí a la espera de que alguien sintiera la necesidad de verificar su peso. Abrí la puerta del coche, y después la cerré, me volví hacia el señor de la báscula. Le pedí permiso para pesarme, me contestó con un gesto desganado de asentimiento, me subí a la báscula. Después le di las gracias, dejé unas cuantas monedas en el cuenquito y monté en el coche.

Pasé la noche en el hotel dejando que se consumiera, sin dormir y sin hacer nada más. Después llegó la aurora cuando yo estaba en el balcón, tu habitación al otro lado la calle y a nuestro alrededor las brasas de las luces de Bucarest. Hay una hora de la mañana en la que las luces se apagan todas a la vez, pensé mirando tu ventana iluminada delante de mí. El cielo se aclaraba poco a poco y yo tenía los ojos muy abiertos para no dejar que se me escapara esta vez. No hay que parpadear. Y así, por fin, lo vi. Se apagaron todas a la vez, como si alguien se hubiera levantado, se hubiera acercado al interruptor y luego hubiera vuelto a sentarse. Una vez apagadas las luces, la ciudad empezó a volver en sí, a salir de la oscuridad. La luz de tu ventana, sin embargo, se quedó encendida por más que ya no hiciera falta.

Christian me llevó a ver el palacio de Ceausescu. Fui yo quien le pidió que se inventara algo que nos hiciera llegar rápidamente a la tarde. Buscaba un puente entre el despertar en el hotel y el entierro. Christian me estaba esperando en el vestíbulo de la planta baja, otra vez en el mismo sofá, otra vez sentado en la esquina. Él también parecía haberse quedado dormido con la ropa puesta. Solo la chaqueta se había salvado, debía de habérsela quitado dejándola en otro sitio. Nos miramos sin decirnos nada. Yo arrastraba mi maleta con ruedas, que, en realidad, no había llegado a deshacer. Había sacado una camisa limpia, y había metido dentro la sucia, sin doblarla, limitándome a apretujarla como un papel que se ha de tirar. Quería marcharme de allí tan pronto como fuera posible, encargarme de tu sepultura y montar después en el primer avión.

Cuando vio que había cogido la maleta, Christian me miró con gesto de interrogación, yo alargué los brazos y le dije Ya ves. Después me senté en el sofá y nos tomamos un café, como siempre sin intercambiar una sola palabra, sentados el uno junto al otro. Me ofreció un cigarrillo y me lo fumé con él, que fumar juntos era el único lugar en el que convergía aquella silenciosa forma de complicidad. Después le dije Christian, y era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Christian, le dije volviéndome hacia él, vayamos a algún sitio. Él apagó el cigarrillo y asintió. Vamos a ver, le dije, ¿qué cosas bonitas hay que ver en Bucarest? Se levantó, se puso las gafas de sol y me respondió Nada. Luego se corrigió y dijo Ceausescu.

Así fue como terminamos delante del Palacio del Pueblo, después de haber recorrido a pie todo el bulevar Unirii, el largo paseo triunfal repleto de fuentes, piscinas y parterres de flores. El palacio de Ceausescu estaba al final, inmenso, como si el mundo se acabara aquí. Christian me repetía continuamente ¿Lo ves?, como si fuera posible mirar hacia otra parte. Un chico nos abordó con un montón de cabezales de ducha en la mano, empezó a caminar a nuestro lado, quería venderme uno. Los agitaba hacia mí como si fueran serpientes, con la maraña de tubos que bajaba hasta el suelo. Cada vez que el chico se acercaba, Christian lo echaba con rabia. Disculpa, dijo Christian cuando al final el chico se alejaba con su manojo de serpientes. Se disculpaba mucho, con esas disculpas a las que no puedes replicar de ninguna manera, a las que no puedes responder No te preocupes o Pues deberías ver donde yo vivo. Cuanto más se disculpaba él, más fijamente miraba yo hacia adelante, hacia el palacio de Ceausescu. Al final sí que compré un cabezal de ducha. Acaba llegando siempre, me dije, el día en que el tubo empieza a salpicar a mitad del recorrido. Puse en las manos del chico un billete de banco y él se alejó encaminándose hacia una pareja de señores al otro lado de la calle.

Enfrente del Palacio del Pueblo había una gran aglomeración de turistas, semicírculos de personas prestando atención a un señor o una señora con un cartel en la mano. Los guías nombraban a Ceausescu cada pocos segundos, y cada vez que pronunciaban su

nombre señalaban el palacio principesco. Christian me dijo ¿Lo ves?, y me señalaba los corrillos de turistas, en su mayoría con gafas de sol y sombreros en la cabeza. Ceausescu, dijo, como queriendo decir Vienen aquí todos por él. Los guías hablaban y los turistas los seguían con comprensión, con una mirada entre indignada y adolorada. Los guías decían Dictador megalómano y sanguinario, decían Miedo, decían Comunista, decían Miles de muertos, decían Terror, y cuanto más aumentaba el cociente de atrocidades más cargaban los turistas sus cámaras, enfocaban y fotografiaban. Christian se quitó la chaqueta, se la colgó del brazo y se quedó con su camisa blanca arrugada. Observaba el palacio de Ceausescu y al mismo tiempo se notaba que estaba inmerso dentro de otra cosa, con los ojos que veían lo que estaba pensando y no lo que tenía delante.

Nos sentamos en el borde de la acera, los pantalones levemente recogidos con los calcetines a la vista. De vez en cuando pasaba un perro callejero, luego se retiraba a tumbarse en un trozo de sombra. Uno se nos acercó, nos miró sin expresión, luego estiró el hocico hacia Christian. Christian lo apartó con el pie, casi alcanzándolo en el hocico. Le gritó Asqueroso, después me dijo Están por todas partes. Antes aquí había sobre todo casas bajas, me explicó, casas con pequeños jardines. Más tarde, Ceausescu lo tiró todo abajo para construir sus monstruos de cemento y los perros se quedaron sin hogar. No sé si las cosas ocurrieron exactamente de esa manera, agregó, pero es la versión que yo conozco. El perro que Christian había espantado se alejó unos metros, se quedó observándonos con sus ojos vacíos, y luego se acercó de nuevo. Parecen los perros del diablo, dijo Christian espantándolo con otra patada. Sus zapatos eran grandes y deformes. Aparté la vista, los zapatos usados durante mucho tiempo tienen algo demasiado íntimo. Nos quedamos fumando un rato, en medio de los guías que decían Criminal, que decían Tragedia, que decían Violencia, y todos los demás sacando fotos. ¿No haces una foto tú?, me preguntó después, desilusionado. Así que saqué la cámara de mi bolsillo, me levanté y la dirigí contra el edificio. Era tan grande que no cabía, quién sabe lo que fotografían los demás. Christian se levantó y me dijo No y, a continuación, Vete allí. Me quitó la cámara de las manos y me señaló un punto. Luego se alejó, para que cupiera todo el edificio.

Y esa es la primera foto del viaje que hice para ir adonde vivías. Aparece el palacio de Ceausescu, todo entero, y también un pedacito de cielo, por encima del palacio. Más pequeño, en una esquina, estoy yo. Se entiende que soy yo solamente porque lo sé yo: se ve a uno con unas gafas oscuras y un cabezal de ducha que le cuelga de las manos.

Cuando estuviste por primera vez en Rumanía, dijiste al volver Pobre gente, les han dejado en una situación realmente mala. En realidad, ya habías estado antes otra vez. Pero habías ido en avión, te habías quedado dos días, y los regordetes rumanos te habían parecido iguales a todos los demás regordetes del mundo. Decías que era una forma de democracia, la de tu artefacto adelgazante, que cuando estaban en ropa interior los regordetes eran todos idénticos, rumanos, búlgaros, libaneses, congoleños, rusos, azerbaiyanos, sudaneses, chinos, polacos, mongoles, indios, chilenos, colombianos. En las fotos que me enseñabas, en efecto, no se notaba diferencia alguna. Ante el huevo adelgazante eran todos iguales. Solo las fotos de los chinos se distinguían de las otras. Siempre había, detrás de los regordetes chinos, un chino delgado con un cartel en la mano. Se veía que habías tratado de que no apareciera, pero que él volvía una y otra vez a presentarse. En una de las fotos incluso se lo estaban llevando, a él y a su cartel de protesta en el que estaba escrito con un rotulador rojo Cuando los gordos adelgazan, los flacos mueren. Antiguo proverbio chino. Te pregunté incluso quién era ese hombre flaco con el cartel. Me contestaste Nadie.

Aparte de unas cuantas personas con sobrepeso, por lo tanto, de Rumanía no viste nada aquella primera vez. Aterrizaste en Bucarest, estuviste encerrada durante dos días en un centro de belleza rumano, y te fuiste volando de nuevo para ir a hacer demostraciones a otros lugares del planeta. Cuando volviste allí, algunos años más tarde, fuiste con tu socio y un viejo amigo que se trasladaba con todo a Rumanía; fuisteis en coche. Os marchasteis una mañana muy temprano, dos camiones con toda la maquinaria que había que llevar hasta allí. Tus amigos iban a Rumanía para construir salones. Antes los construían aquí, salones como es debido, en una enorme nave poco más allá de la vía férrea. Después, un día se despertaron muy pronto, lo cargaron todo en camiones y se fueron a Rumanía. La nave de tus amigos, mientras tanto, permaneció donde siempre había estado, más allá de la vía férrea; la veía cada mañana al ir al colegio. La única diferencia es que ahora había un cartel colgado que decía Se alquila y un número de teléfono de contacto.

Cuando volviste de ese viaje dijiste Llevan más de cincuenta años de retraso; los han mantenido anclados en el pasado. El viaje, decías, resultó interminable; Rumanía no estaba tan cerca como parecía desde el avión. En la frontera os tuvieron esperando durante mucho tiempo. Había una larga columna de camiones, kilométrica. Italianos, franceses, alemanes, todos con la misma idea que se os había ocurrido al mismo tiempo. En la dirección opuesta, en la frontera, os encontrasteis con una larga columna idéntica a la vuestra, rumanos que se marchaban de Rumanía, lanzados como proyectiles al otro lado del mundo. Y así os visteis encarados en la línea de la frontera, dos largas filas de convoyes en busca de fortuna: vosotros con los camiones atestados de maquinarias; ellos con sus maletas atadas al techo de automóviles y furgonetas. Vienen a nuestros países, decías, en busca del Occidente; bien se ve que

Ceausescu los tuvo encerrados en una jaula.

De Rumanía hablabas con miedo y fascinación. Imagínatelo, igualito que el Lejano Oeste, me decías. Y entonces yo podía verla, esa columna de camiones detenida en la frontera. Te veía a ti también, en el coche, que dominabas la carretera. Y después os veía moveros uno detrás del otro, lentamente pero sin deteneros jamás, y desfilar durante centenares y centenares de kilómetros levantando nubes de polvo a vuestro paso, con el sol en el parabrisas y los cristales opacos de tierra. Os veía perfectamente, imponentes en la majestuosidad de los camiones, cruzando al atardecer la campiña como en triunfo, con los campesinos a vuestro alrededor levantando la espalda de los campos, quitándose los sombreros y saludando al paso de la caravana. Y os veía también de noche, perforando la oscuridad absoluta de la campiña con los faros, cortando la noche en dos. Y además los veía a ellos, a los rumanos, que para mí eran como los indios, hombres con plumas en la cabeza, rostros inexpresivos y una lengua incomprensible. Los tenía delante de mis ojos, a esos indios de Rumanía, con una ceja recelosa y la otra feliz, a lomos de sus caballos, con hachas en la mano y la cara toda pintada. Me imaginaba a alguno más hostil, que daba la vuelta a su caballo, llevándose consigo a un pelotón de fieles irreductibles, y amenazaba venganza gritando con las manos en la boca y desapareciendo en el horizonte. Serían capaces de venderlo todo, decías tú de estos extraños indios de Rumanía. Y entonces yo los veía, bajando del caballo y tratando de vender los collares que llevaban puestos, la ropa, los caballos mismos, ofreciendo a sus mujeres a cambio de un poco de benevolencia y protección. Y, por último, veía los fuegos de la noche, los campos con los fuegos encendidos, las cenas, la música, los bailes, y los indios de Rumanía fuera, espionando detrás de los arbustos.

Esa era la impresión que tenía de aquella tierra de la que me habías hablado al retorno de dicho primer viaje. Y te brillaban tanto los ojos que por un momento temí que quisieras marcharte tú también, como todos los demás, que quisieras emprender viaje hacia el Lejano Oeste. De modo que dejé de ver indios, fuegos encendidos y nubes de polvo en la carretera, y solo te veía a ti. Y te lo pregunté, si tú también te irías para siempre. Y tú me dijiste No, y no tuviste siquiera un instante de vacilación. Al menos de momento, añadiste. Pero fue solo para hacerme enfadar un poco.

Antes habías tenido otra vida, la vida de una familia rica y prestigiosa. Mientras hablábamos, de vez en cuando sacabas a colación retazos de aquello, que afloraban en medio de las palabras como si quien las pronunciara fuera otra persona. Yo te miraba con las orejas tensas, pero tú seguías por tu camino. Así que acababa olvidándolo yo también, hasta que volvían a asomar en las conversaciones. Vivías en un austero edificio en el centro histórico, en tu vida de antes. Cientos de metros cuadrados para la familia de un notario importante. En el telefonillo seguía estando tu apellido, junto a un portal imponente. Cada vez que pasábamos por ahí, nos acercábamos, me lo enseñabas, como si fuera una extraña coincidencia, tu apellido en el telefonillo. Pero no decías nada, con la mano en el aire, señalándolo con el dedo, y yo que siempre quería pararme allí. Durante unos instantes me dejabas verlo, nos quedábamos quietos allá abajo, pero tú volvías la cabeza, nerviosa, hacia todos lados. Después, al cabo de un rato, me sacabas de ahí arrastrándome del brazo, yo que tiraba hacia el otro lado aferrado a tu mano.

Eras la hija disoluta de una familia de oropel; tus padres decían entre risas a sus amigos que habías salido con un defecto de fábrica. Abrían los brazos, enarcaban las cejas y decían Cada mil piezas de vez en cuando sale alguna que no funciona. A pesar de todo, te exhibían en cualquier clase de acto social, cantar una canción, recitar un poema, tocar el piano contra la pared y tu madre que te pasaba las hojas de la partitura. Los amigos de tus padres te miraban con ternura y compasión. Una vez te encaramaste a los brazos de uno de ellos y tu padre había dicho Espero que la disculpéis. Tú no decías nada que no estuviera estrictamente establecido, porque era entonces cuando salía a relucir ese famoso defecto de fabricación. Cuando no te exhibías te quedabas sentada en una silla al lado de tu madre; en una foto tienes los pies colgando, los brazos cruzados sobre una blusa de encaje, y una florida composición de lazos rematándote la cabeza. Lo importante era que no dijeras una sola palabra.

De hablar, aunque fuera con moderación, ya se encargaban tus hermanos, mayores que tú, dos y cuatro años respectivamente, pero dispuestos por la casa como si fueran gemelos. Esas dos piezas les habían salido bien, decía tu padre. Iban siempre el uno detrás del otro, un pelotón de dos soldados con chaleco que se desplazaba del dormitorio a la cocina, de la cocina al salón, del salón al baño, y si uno estaba sentado en el váter, el otro se lavaba los dientes. Tú los veías transitar, la raya a un lado y una expresión clavada a la de tu padre. Con el tiempo acabaron haciendo lo mismo que hacía él, sus pies que calzaban como un guante en el interior de sus hormas. Había empezado a llevárselos al despacho cuando aún eran pequeños, ya se veía que eran productos en serie, a pesar de que todavía tuvieran pequeños excesos infantiles. Cuando volvían a casa del estudio, se quitaban los zapatos y colgaban en la entrada sus tres abrigos, uno grande y dos más pequeñitos, los tres iguales, hasta el último

botón del bolsillo interior.

Tú decías que estaban teledirigidos; tu padre decidía sus movimientos, incluso a distancia. Una tarde, mientras estabas viendo la televisión y yo hacía los deberes en la cocina, te oí gritar Ahí están mis hermanos. Al principio no te hice caso; luego lo repetiste, me llamaste. Yo corrí hacia donde estabas, porque de tus hermanos nunca se hablaba, no sabía nada de ellos. Tú te habías incorporado en el sofá. Te presento a tus tíos. En la televisión había dos robots de colores que trataban de bajar por unas escaleras, bajaban el primer escalón, bajaban el segundo y en el tercero caían rodando. Luego volvían a intentarlo, bajaban el primer escalón, bajaban el segundo, llegaban al tercer escalón, y se caían rodando. Después de numerosos intentos de descender lo conseguían, bajaban también el cuarto, luego rodaban hacia abajo. Al cabo de una serie de caídas llegaban al quinto, al sexto y así sucesivamente, hasta que eran capaces de llegar hasta el final. Era un reportaje sobre los robots inteligentes, que al principio pecan de cierta intemperancia tecnológica, pero luego son capaces de aprender las cosas y al final, con el oportuno adiestramiento, funcionan a la perfección. Tú mirabas la televisión y te reías muchísimo, los llamabas por su nombre, pero se veía que había rabia entre tus risas. Hasta llegaste a lanzar un almohadón contra el televisor y me dijiste Hazles una pedorreta. Yo saqué la lengua sin necesidad de que me lo repitieras.

Hasta estuviste casada, en tu vida anterior, con un tipo que les gustaba a tus padres, así como a los suyos les gustabas tú y tu familia. Tu madre y tu padre pusieron cara de satisfacción cuando os arrodillasteis en la iglesia para juraros fidelidad eterna. También tus hermanos teledirigidos, situados en primera fila a la derecha de tu padre, tenían una expresión de alelada saciedad. Una vez que aquel tipo te puso el anillo en el dedo, fue diciéndose de banco en banco, tu defecto de fabricación ya casi no se veía. Mirándote desde atrás, con la cola que sobrepasaba la banqueta y se desparramaba por el mármol de la iglesia, parecías una más de la familia, el tercero de los robots. La ceremonia se evaporó de esa manera, con un beso dado a propósito para las fotos que se colocarían sobre las cómodas de ambas familias. Después, el órgano abultó vuestra salida a la anteiglesia y, como correspondía, todo terminó con vuestros familiares que os lanzaban puñados de arroz y vosotros dos que os entrelazabais en un abrazo defensivo.

De aquel periodo, sin embargo, no había quedado mucho, un par de fotografías tiradas de cualquier manera en una caja en medio de otros cascotes del pasado. En una de ellas están vuestras dos familias dispuestas en tres filas de escalones delante de la iglesia, los hombres detrás, las mujeres más abajo con los brazos extendidos para sujetar sus bolsitos. En la base de la escalera estáis vosotros dos, los recién casados, tú con los pies descalzos, los zapatos en la mano y cara de quien la está liando. Él, en cambio, se pavoneaba a tu lado en la posición del flamante esposo. En la otra fotografía que se ha salvado están los dos padres de familia que sonrían mirando al objetivo. Más que un matrimonio parece una fusión empresarial, el apretón de manos entre dos consejeros delegados. Eso es todo lo que queda de esa unión y de aquel pedazo de tu vida, y durante años permaneció hacinado en una caja entre agendas escolares, paquetes de cartas recibidas y agrupadas después por destinatario, y alguna cartera casi nueva dejada de usar quién sabe por qué.

Todo se derrumbó en unos cuantos meses, con un hombre con el que tu marido te encontró en la cama una tarde, y una carta de tu padre con el membrete de su despacho, en la que te decía que eras una deshonra, que para él ya no formabas parte de la familia. Todo sucedió deprisa y corriendo, al cabo de unos cuantos días te viste fuera de dos casas, de la que habías montado junto a tu marido y de esa otra en la que habías nacido y crecido junto con tus hermanos teledirigidos. Y así te estacionaste durante cierto tiempo en un alojamiento que tu padre te había dejado para una transición de unos meses, solo para que los demás no te vieran vagabundear.

Además te quedaste embarazada de aquel hombre con el que tu marido te había encontrado en la cama y que después había desaparecido en una nube de polvo. Lo llamaste solamente para contarle lo del embarazo, pero lo tranquilizaste, le dijiste que de él no te esperabas un padre. A tu gente no les dijiste nada, solo te las apañaste para abandonar ese alojamiento que te habían prestado antes de que tu vientre fuera tan

obvio como para convertirse en un argumento. Él se presentó en el hospital cuando todo estaba hecho ya, tú tumbada de costado y el recién nacido morado que gritaba y rechinaba manos y pies a tu lado. Te miró abochornado, no sabía qué hacer, qué decir ni cómo decirlo. Te había llevado flores, las dejó sobre la mesita de noche. Daba vueltas alrededor de la cama con las manos detrás de la espalda, demasiado joven para no sentir curiosidad por un niño que acaba de nacer y demasiado asustado para arriesgarse a cogerlo en brazos. Así que al cabo de un rato se marchó para no volver a dejarse ver. Antes de irse, sin embargo, te preguntó si querías su apellido, para tu hijo, tú le dijiste sonriendo Haz lo que creas que debes hacer; sentías ganas de tranquilizarlo. Lo dejó allí con una firma, ese apellido, como un lagarto que pierde la cola y se va a otra parte para que vuelva a crecerle.

Así fue como acabó tu vida anterior, con una cola aplastada, unas cuantas fotos y muchas cosas metidas dentro de cajas amontonadas. Lo que quedó, al final, fue tu apellido en el telefonillo que veíamos al pasar por delante. Y además estaba yo, que cuando aparecí ya había ocurrido todo. Que me quedé mirando a mi alrededor y cogí el apellido que había encontrado.

Cuando papá llegó yo tenía tres años. Tú estabas sentada a un lado, él al otro, y yo en el medio no sabía a quién mirar. Me puso una mano en la cabeza, me dijo Hola, Lorenzo, y me volví hacia ti. Tú me sonreíste y me dijiste Este es tu papá, como para animarme. Yo lo miré primero a él y luego a ti fijamente de nuevo, y sin apartar los ojos de tu cara dije muy despacio Hola, papá. Cuando llegué al final me dijiste Muy bien, os echasteis a reír, y me reí yo también. Así fue como papá se convirtió en mi padre de repente, sin que yo lo hubiera solicitado y sin que tú me hubieras anunciado o prometido su llegada. Hasta entonces nadie me había preguntado por mi padre ni yo te lo había preguntado a ti. Y el apellido que llevaba encima lo tomaba como una cuestión de escasa importancia, como el color del pelo, la forma de los ojos o el tamaño de las manos.

Papá entró en la casa gradualmente, al principio venía una vez cada cierto tiempo y luego empezó poco a poco a quedarse más; al final colgó su ropa en tu habitación. En verano, lo esperábamos fuera, frente al portal, con un par de bolsas en el suelo y yo sentado en la acera. Él llegaba, bajaba del coche, cargaba las bolsas y luego nos íbamos a la playa. Cada vez que lo veía salir de aquel coche minúsculo me preguntaba cómo podía caber dentro, con lo grande que era. Salía de allí como si hubiera estado doblado hasta ese momento y se hinchase por entero de pronto. Papá tuvo el pelo blanco desde el primer día que lo vi, y también una barba suave y larga. Su imagen reunía a la vez la de los padres y la de los abuelos, yo que no había tenido ni uno ni otro me los encontré en casa a ambos. Hablaba poco, pero se quedaba escuchándote mucho, sentado en el sofá sin cambiar nunca de posición y tú que te levantabas constantemente y deambulabas por la habitación. Con su calma nos amuebló toda la casa; cuando estaba él nos movíamos con más lentitud, como astronautas en la luna. De vez en cuando le veía ponerte una mano sobre tu cabeza, tal como había hecho conmigo el primer día. Era algo que nunca llegué a entender, pero sentaba bien, esa mano grande que me contenía por entero. Además, discutíais también, y en las discusiones siempre eras tú la que le gritabas en la cara, él te miraba en silencio y se quedaba quieto mientras tú lo golpeabas con los puños en el pecho.

Por la noche veíamos la televisión todos juntos, tú y yo en el sofá, papá en el sillón. Tú de vez en cuando lo observabas estar allí, controlabas que siguiera allí, su inmovilidad. En la televisión, sin embargo, nunca llegabas a concentrarte, te distraías constantemente con cuanto había a tu alrededor. Por encima de todo, te distraías conmigo. Me acercabas la cabeza a tu cabeza y después me hablabas en voz baja al oído, y yo sentía más las cosquillas que lo que me decías. Me entraban enseguida ganas de reír, me tapaba la boca con las manos. Todo lo que pasaba en la televisión me lo comentabas, y al final resultaba siempre que ni tú ni yo la veíamos. A veces nos quedábamos dormidos a la vez, yo acurrucado contra ti. Papá esperaba a que terminara la película y luego nos metía a cada uno en su cama, recogía lo que tú y yo

habíamos hecho saltar por los aires y después se acostaba a tu lado. Otras veces, en cambio, nos quedábamos jugando hasta tarde, cuando papá ya se había subido a dormir y nos había dejado allí con un beso en la frente a los dos. Incluso cuando se había ido, durante un rato quedaba algo de su calma dentro de la habitación, como la tibieza en el sillón cuando del cuerpo queda únicamente la forma arrugada.

A papá solo se le oía por la noche. Yo me quedaba dormido y luego me despertaba cuando lo oía roncar contra la pared. Roncaba y ni siquiera parecía él, pues aquel ruido que hacía no tenía nada que ver con su rostro. Al oírlo roncar, estaba convencido de que allí dormía otra persona que luego, por la mañana, se marchaba. Una vez me acerqué incluso a comprobarlo, me deslicé en su habitación. Y en la cama estaba efectivamente él y, junto a él, estabas tú con los ojos abiertos, que me habías visto entrar, y luego te llevaste el dedo índice a la boca para que me quedara callado. Di la vuelta a la cama y me puse junto a papá, de puntillas, para observarlo de cerca. Aquel ruido suyo era tan diferente a su voz que, incluso teniéndolo delante, no podía creer que fuera él quien lo soltara. Luego me acerqué a tu lado, tú que me hiciste un gesto con los ojos también para que hablara en voz baja. Papá se dio la vuelta, y yo, de modo instintivo, me agaché para que no me viera. Pero él no se despertó, solo empezó otra vez a roncar hacia arriba, en vez de hacia un lado. Te miré con cara de incredulidad, tú levantaste la vista hacia el cielo. Después nos echamos a reír quedamente, y cuanto más me reía yo más te reías tú y me hacías gestos para que me callara.

Una vez me dijiste Venga, vamos a conocer a tus abuelos. De que yo había nacido se habían enterado porque alguien te había visto empujando mi cochecito. Yo tenía muy pocos meses, tu madre te mandó un telegrama para decirte que lo sabía, que te felicitaba y stop, y luego firmaba con su nombre de pila. Durante muchos años ese telegrama permaneció doblado en un bolsillo lateral del cochecito, nos íbamos de paseo juntos, tú que me empujabas a lo largo y a lo ancho como una aspiradora. Lo saqué de allí años más tarde, con el cochecito jubilado en el garaje y yo que en el garaje estaba buscando cualquier otra cosa. Pero el papel ya no se leía apenas, solo la parte de las felicitaciones y aquel stop final con el nombre de pila. Cuando decidiste que fuéramos a ver a los abuelos, nos vestimos como para ir a una ceremonia de gran pompa. Me diste un baño, me planchaste la camisa y me pusiste una melaza pegajosa en el pelo que me lo dejó de punta, duro como alfileres. Frente al espejo, te echaste a reír al verme con el pelo en posición de firmes, a mí no me hizo gracia, y despeinarme fue mi manera de demostrar todo mi malestar.

Estabas segura de que te recibirían de nuevo, aunque solo fuera durante una hora, si llegabas con un niño de la mano, que hay rencores que al final se extinguen con el tiempo. No me habían visto nunca la cara; de mí sabían únicamente, y de forma indirecta, que había venido al mundo. Yo solo sabía que tus padres te habían retirado el saludo, que mi abuela había escrito una carta cuando nací, eso me habías dicho, y que tenía dos tíos teledirigidos que intentaban bajar por las escaleras, pero después de unos escalones rodaban hacia abajo como sacos de patatas. No tenía ninguna noticia de mi abuelo, pensaba incluso que estaba muerto. Me dijiste Venga, vamos a darles una sorpresa. Verás lo contentos que se ponen de ver lo mayor que estás.

Contentos la verdad es que no se pusieron mucho. Llegamos ante el portal cuando era casi la hora de comer. Nos alejamos un par de metros del balcón, miramos hacia arriba y me dijiste Están en casa, las ventanas están abiertas, nos llegaba incluso la música. Me dijiste El último piso, y yo que echaba la cabeza tan hacia atrás que me mareaba, los dos mirando hacia lo alto como si viéramos el cielo por primera vez. El abuelo, me dijiste, escucha siempre música. No oye muy bien, la pone a un volumen tal que llega hasta la otra punta de la ciudad. De modo que allá arriba estaba también el abuelo, y sus ventanas que soplaban música hacia fuera, hasta la otra punta de la ciudad. Cuando subamos, me dijiste, saluda como te he enseñado. Tienes que decir: Hola, abuelo; hola, abuela, ¿qué tal? Lo decías y te temblaba un poco la voz; de los dos la más nerviosa eras tú; te retorcías las manos. Repítelo, me dijiste, y yo dije Hola, abuelo; hola, abuela, ¿qué tal?

Yo estaba listo, llamamos. Contestaron al cabo de un rato, la voz arenosa de los telefonillos, la música del abuelo que por las ventanas se acallaba de repente. Tú dijiste tu nombre y apellido, especificaste que eras la hija de los señores, que estabas allí con tu hijo que quería saludar a sus abuelos. Te pidieron que esperaras un

momento, me dijiste nerviosa Es la asistenta, la misma que tenían cuando yo vivía aquí. Entonces me miraste y me dijiste en voz baja No hace falta que te diga nada, y yo en voz baja te dije Hola, abuelo; hola, abuela, ¿qué tal? Sonó en el telefonillo una voz distinta a la de antes, que dijo Hola, Lula, ¿qué tal?, mientras la música volvía a la ventana. Tú te inclinaste hacia mí, y después dijiste Bien, bien, pues nada, que pasábamos por aquí. La abuela se quedó en silencio un momento, la música se atenuó de nuevo por unos instantes, luego volvió a gritar hasta la otra punta de la ciudad. Mira, Lula, dijo, no sabes cuánto lo sentimos, pero estamos esperando a unos invitados. Aunque estamos encantados, agregó al cabo de un momento. Tú dijiste Claro, claro, solo quería que conocierais a mi hijo, que quería saludaros. Después me dijiste Saluda a tu abuela y yo te dije Hola, abuela, ¿qué tal? mirando a lo alto hacia los orificios del telefonillo y poniéndome colorado. Tu madre me contestó Hola, pequeñín, y lo dijo incluso con cierto tono de afecto. ¿Cómo te llamas? Le dije Lorenzo. Me dijo Qué nombre más bonito que tienes. Debes de ser un niño muy guapo. Tú le dijiste Claro, es un niño muy guapo, si nos dejas subir te lo presento, será un minuto y luego nos iremos porque también nosotros vamos con prisas.

Pero no nos dejó subir, a causa de esas personas que estaban a punto de llegar. Tal vez en otro momento, lo mejor es que nos hagas antes una llamadita. Te dijo también No has cambiado. Después añadió que tu padre se habría acercado con mucho gusto a hablar por el telefonillo, solo que no podía, estaba muy ocupado con los preparativos. Tú contestaste No importa, tal vez en otra ocasión. Me susurraste Saluda a tu abuela y yo le dije Adiós, otra vez con la cara hacia arriba, hacia los orificios del telefonillo. Ella me contestó Adiós, Lorenzo, pues entonces nos veremos pronto. Échale un ojo a mamá, por favor, te lo pido. Después se despidió de ti también, un saludo apresurado, para cerrar la conversación, como si os hubierais visto hacía poco.

Esta era tu abuela, me dijiste tomándome de la mano. Le pregunté ¿Cómo es? Me dijiste No lo sé. Luego nos alejamos, y no volvimos a mirar hacia las ventanas.

Qué funeral más espantoso te organizaron, en esa iglesia con andamios en el interior, el olor acre de la pintura y los escombros. La poca gente que había estaba en parte en pie y en parte sentada en las cuatro filas de bancos que nos habían dejado. Los albañiles estaban colocados al fondo de la nave, apoyados en las vigas con las gorras en la mano y la mirada gacha de quien preferiría no estar allí, pero está obligado por contrato.

Te mandaron con una furgoneta, después de que te clavaran el ataúd dentro de casa y te dejaran en manos de la laboriosa y nervuda burocracia de las pompas fúnebres. Los muertos tienen cadáveres estancos, porque hay sastres que se afanan por ponerles parches en todos los agujeros. Ahí es donde realmente se muere, cuando ni siquiera el cuerpo cuenta ya con aperturas. Te ponen tapones para no hacerte supurar, para que el cuerpo deje de lanzar hacia fuera sus propios humores. Después te eliminan también los olores, tus señales de humo, y te insonorizan con un almizcle ya generosamente póstumo. El féretro te lo cierran cuando casi no has acabado de entrar, cuando por fin el último orificio está relleno con quién sabe qué condimento. Dentro de poco serás un ataúd con otro ataúd dentro, una hermosa matrioska lista para el más allá. Pero ahora, tan envuelta en celofán, ya no eres un ser humano. Gracias al cielo hay alguien que tras tu muerte se afana en convertirme en una Nancy, que no suda, no sangra y tiene la buena costumbre de no dejar que le salga la caca por el trasero. Ahora que te has convertido en una muñeca, pueden vestirme como les apetezca. Te meten los brazos en las mangas y te cortan las uñas de los pies antes de vendarlos con las medias que resulten más apropiadas para la contingencia de la muerte. Alguien te levanta la cabeza y te tira hacia atrás el pelo con el cepillo, como una niña con su Barbie. Por fin estás desconectada del mundo exterior y lista para saltar a la furgoneta e ir a dejar que te recen en la iglesia y que te quemem luego para la eternidad. Ahora estás lista, y encerrada en el ataúd te has convertido en la caja negra de ti misma.

Hasta te lo sacaron mal, el ataúd de la furgoneta. En el antetemplo maniobraron expeditivamente el camión hasta que casi se lo traga, de espaldas, la boca de la iglesia. Después saltaron llenos de energía y te descargaron como un armario nuevo. Al final pidieron incluso un par de firmas, como es lógico que haga un mensajero en una entrega. Que a nadie se le ocurra decirnos, hágannos el favor, que había abolladuras en la mercancía. Cuando te escupieron de la furgoneta yo estaba allí delante para verte salir del ataúd nuevo en el que te habían envasado. Los demás se quedaron más atrás; a un lado, tu socio, Monica y otras personas a las que nunca había visto antes; al otro lado, Christian. Me dejaron que me adelantara, fui a tu encuentro, cuando durante años no había hecho otra cosa que esperar a que volvieras. Ellos permanecían allí, tu socio en una aflicción de gafas de sol y los otros que no sabían qué hacer con las manos, qué cara poner cuando se tropezaban con la mía. El antetemplo estaba blanquecino de sol, ni aire ni viento, solo el crujido de la grava

bajo los pies apresurados de los mozos. Todos te miraban como si fueras asunto de otros, como si fuera yo el único destinatario legítimo de aquella caja de madera, como si ellos estuvieran allí a la espera de otras entregas, de otras prácticas que cerrar. Después te cargaron sobre una camilla de metal, para meterte en la iglesia de muerta como se mete a un paciente en el hospital. Te empujaron y yo te seguí; a los demás los oí encaminarse poco después.

Te dejaron ahí en medio durante un rato, con los obreros que daban los últimos golpes a las paredes, el cura que se arreglaba los paramentos, y los demás que tomaban asiento. Me senté yo también sobre la lona de nailon que recubría los bancos para que no les cayera encima la pintura. Me senté al lado de un hombre a quien no había visto nunca, que estaba allí por ti. Su piel sudorosa y el aroma fuerte de su loción de afeitar eran toda nuestra extrañeza. Te observaba allí en mitad de aquel trajín, como si se tratara de un ensayo general. Tomar parte en un funeral sin saber siquiera cómo había muerto el muerto no me había ocurrido nunca, me sucedía precisamente contigo. Me parecía estar enterrando a alguien cuyo cuerpo se hubiera perdido, con un ataúd vacío izado en el medio de la iglesia para hacer las veces del cadáver.

Para mandarte al otro mundo, te buscaron un sacerdote que supiera un poco de italiano. Cuando terminó de acomodar el altar, hizo un gesto para decir que estaba listo. Los obreros se detuvieron, y poco a poco llegó también el silencio. Era incapaz de pronunciar tu nombre propio correctamente y, cada vez que tropezaba en él, se daba un golpecito en la cadera para desencallarse. Después sonó un móvil, todos se volvieron hacia uno de los albañiles que hablaba en voz baja con la mano delante del teléfono, el cura permaneció en silencio hasta que el obrero colgó. Luego reanudó sus lecturas, le oí decir Si en cuenta tomas las culpas, pero no fue capaz de continuar, sacudido por un repentino ataque de tos. Si en cuenta tomas las culpas, repitió con la cara completamente roja, como si fuera precisamente esa frase la que le impedía hablar. Si en cuenta tomas las culpas, dijo por fin, luchando contra la ronquera, Si en cuenta tomas las culpas, oh Señor, Señor, ¿quién resistirá? Pero yo no conseguía escucharlo, el olor a loción de afeitado y a pintura que me impregnaba la cabeza, tu nombre equivocado, y esas gafas de sol incluso en la iglesia.

Después de que el sacerdote nos mandara a todos ir en paz, te cargaron rápidamente en tu camilla, para volver a meterte en el vientre de la furgoneta y luego en el horno donde habías pedido acabar. Pero hasta allí no te seguí, dejé que fueran tu socio y los demás. Estreché algunas manos, repartí algunos besos y me encaminé hacia afuera. Uno tras otro los vi desfilar a mi lado, primero la furgoneta, luego la procesión de sus todoterrenos. Al cabo de un momento Christian se detuvo a mi lado, dejó que la ventanilla se deslizara hacia abajo y no dijo nada, siguió mirando hacia adelante. Di la vuelta al coche, abrí la puerta y me senté junto a él.

Cuando el teléfono me despertó era mediodía, la chica de la recepción me dijo que era tu socio. Míster Anselmi, dijo, y después dentro del teléfono estaba su voz ya a la mitad de la alocución, no se había dado cuenta de que no lo estaba escuchando. Era algo que hacías tú también, eso de empezar a hablar en cuanto alguien decía Diga, arrancabas como los perros después del disparo. Le dije que estaba durmiendo, no me había dado cuenta de la hora, me había quedado viendo la televisión hasta tarde. En efecto, la televisión se había quedado encendida, con el reflejo del sol no se veía nada, solo un vocerío ininterrumpido a los pies de la cama. Anselmi estaba en el coche, con el móvil apoyado quién sabe dónde, mientras me contaba lo que estaba haciendo y adónde se dirigía. Podía escuchar la música que arañaba por debajo y su voz que gritaba desde lejos. Se detuvo incluso, en un momento dado, me dijo Un segundo que saludo a una persona. Oí la puerta del coche que se abría, que volvía a cerrarse, me quedé solo en el coche oyendo los ruidos que hacía. Luego regresó y dijo Aquí estoy, y añadió Solo quería decirte que Monica está yendo a recogerte.

Cuando bajé la vi al otro lado de la calle, sentada dentro del todoterreno de Anselmi. Me hizo un gesto con la mano desde detrás de la ventana, crucé y monté. Al funeral había ido vestida de señora, tacones, gafas oscuras, un bolso colgando del brazo y la mano metida bajo del codo de Anselmi. Ahora que llevaba unos pantalones vaqueros, una camiseta y zapatillas de deporte, había recuperado sus veinticinco años. Me sonrió, me preguntó ¿Has dormido algo? Le dije No mucho, la verdad. Luego nos fuimos, un poco a trompicones al principio, ella tratando de domeñar aquel coche enorme como si fuera una mula indisciplinada, yo poniéndome el cinturón. Conducía con una cara dividida por la mitad entre la preocupación y el orgullo, el miedo a las abolladuras y la satisfacción de ir montada en un coche como ese. Por teléfono, Anselmi me había dicho Fíjate en ella mientras conduce mi coche, verás cómo se siente una reina. Monica conducía nerviosa, se veía que cada gesto que hacía era controlado. Cuando alguien desaceleraba bruscamente delante, se agarraba al claxon enfurecida, ella que tan apacible me había parecido. Despotricaba, gritaba Capullo, que eres un capullo, por la ventanilla. Yo la veía morderse los labios por el rencor, hasta que se le ponían blancos de la rabia. Pero después, cuando por la radio sonaba una canción que le gustaba, empezaba de pronto a cantar con una voz muy fina, se olvidaba de todo, del coche, de mí que estaba sentado a su lado, del tráfico que había en el centro de Bucarest. Se olvidaba incluso de Anselmi. Le salía una voz sin grumos, una mirada amplia.

Debemos ir a casa de Anselmi, me dijo. Tengo que darte las llaves de tu mamá, y era extraño que en medio de aquel italiano tan violado, tan afeado por la vulgaridad de Anselmi, se hubiera salvado aquel retazo de ternura, Tu mamá. Le dije Gracias, casi más por eso que por custodiar las llaves. En el centro de Bucarest no había quien se moviera, en los semáforos todo se enredaba, con nosotros que estábamos más altos

que nadie, en el todoterreno. Me dijo Estaba muy sola tu mamá. Yo no la miré, cambié de emisora, estuve un buen rato buscando en medio del revoloteo de las secuencias, subí el volumen. Se veía que quería hablar, que estaba buscando un resquicio para introducirse. Anselmi, trató de decir, pero yo volví a subirlo aún más. Monica levantó las manos en alto, Ya te entiendo, gritó. Hemos pasado por delante del palacio de Ceausescu, me dijo, ¿Lo has visto? Deberías sacar una foto. Le dije que ya la había hecho, esa foto, que en la foto estaba yo también, me la había hecho Christian. Entonces le sonó el teléfono; era Anselmi, quería saber si ya habíamos llegado a casa, si había recogido las llaves, si me gustaba su casa, qué quería hacer durante el día. Cuando colgó el teléfono, me miró y resopló, abriendo mucho los ojos. Dijo A veces resulta pesado, la verdad. Después fue ella la que subió el volumen, había una canción que le gustaba. Dijo Es rumana, pero es famosa, ¿la conoces? Y la bailaba contoneándose en el asiento, repiqueteando el ritmo con las manos en el volante.

Aparcamos el coche en la acera, las dos ruedas de la derecha encima, las dos de la izquierda en la calzada. Pues ya estamos aquí, dijo. Nos acercamos al portal y Monica levantó la vista para que yo también la levantara, Es el último piso. Se ve toda la ciudad. Y yo miré hacia arriba, hasta la punta. Era tan alto, el edificio, que para llegar allí tenías que echar el cuello hacia atrás; me parecía que me iba a caer de espaldas. La altura da más miedo desde abajo, me dijo ella echándose a reír. Delante del portal había un perro tumbado, de pelo sucio, aire melancólico. Monica lo alejó con la punta del pie, el perro se desplazó un poco más allá, volvió a tumbarse para dormir. Monica tecleó el código en el telefonillo, oímos el chasquido de la cerradura, nos dejamos el portal a nuestras espaldas. Mientras esperábamos que llegara el ascensor, sacó del buzón sobres y octavillas publicitarias. En el buzón había dos apellidos, uno era Anselmi. El otro, borrado con una línea de rotulador, era el tuyo.

¿Te gusta Bucarest?, me preguntó Monica en la terraza. Le respondí No, pegado a la pared, con el vértigo que me imantaba al muro. Ella me miraba y se reía, Tienes la cara blanca de miedo. Estaba apoyada contra la barandilla de espaldas, con una sonrisa. Quien no tiene miedo a las caídas no tiene la idea constante de que la barandilla podría desprenderse. Más alto que nosotros, me dijo, no hay nada más que eso, y me señaló el Hotel Intercontinental como si fuera una montaña. Me acerqué con pasos circunspectos hacia el parapeto. Ven, me dijo Monica tendiéndome su mano. ¿Te hago gracia?, le pregunté tomándola de la mano, me contestó Un poco. Me detuve a un metro de la barandilla, siempre tengo miedo de que si me acerco demasiado las piernas acaben tomando la iniciativa y saltando hacia abajo. Esa es la plaza donde ocurrió la revolución, dijo, señalando una hendidura entre los edificios. Ceausescu huyó en helicóptero, agregó con una luz en sus ojos, como si Ceausescu fuera un superhéroe. Dan asco, dijo después, señalando el desfile de caserones dispersos por todo el paisaje. No sabía si buscaba mi asentimiento o mi denegación, parecía haber hecho esa pregunta para convencerse de que eran feos de verdad. Sí, son feos, le respondí, y al decirlo me pareció que la tranquilizaba.

Apoyando los codos en la barandilla me dijo Es el comunismo, y parecía como si también allí hubiera un punto interrogativo. Antes esos bloques no estaban allí, después él lo echó todo abajo, dijo segando el aire con el brazo.

La casa de Anselmi era interminable, muchas habitaciones pequeñas y un pasillo lleno de luz. En el comedor había un mirador que ocupaba toda una pared. De frente solo estaba el cielo; había que acercarse para darse cuenta de que por debajo había una ciudad. El teléfono empezó a sonar cuando aún no habíamos entrado en la casa; lo oíamos al otro lado de la puerta, Monica afanándose con la cerradura. Era Anselmi, que quería saber lo que pensaba de la casa, Monica le dijo que acabábamos de entrar. De modo que, después de estar un rato en la terraza, Monica lo llamó, le dijo Le ha gustado mucho, y luego le preguntó dónde estaban las llaves porque no las encontraba. Cuando colgó, abrió un cajón, sacó un juego de llaves y me las dio. Las llaves de tu mamá, me dijo. Se sentó en el brazo de un sillón y luego, abriendo los brazos, me dijo Ningún rumano tiene una casa así. ¿Te gusta? A Anselmi ya le había dicho que me gustaba, ahora quería escucharlo de mi boca. Sí, dije, muy bonita. Gracias, me contestó sonriendo, y luego se dejó caer en el sillón con un gesto de abandono, como un paracaidista que se tira del avión. Al lado del mirador estaban colocados verticalmente, uno encima del otro, casi hasta el suelo, unos marcos con fotografías dentro. En casi todas estabas tú también. Creo que era la inauguración de la planta, y tú eras como yo te recordaba, un toque ligero de carmín, la falda apenas por debajo de la rodilla y esa expresión seductora a medias entre el estupor y la sutil tomadura de pelo. Todas las fotografías se habían hecho a la entrada de la planta, con las banderas ya amainadas, los campos alrededor y un grupo de curiosos mirando desde lejos, alguien que os señalaba a vosotros dos. Además estaba Christian, con

una sonrisa que desde mi llegada nunca le había visto en la cara. Había dos fotos en las que tu socio estaba solo, tú no aparecías. Debían de haber pasado algunos años, Anselmi tenía la cara más hinchada y el pelo más ralo. Le estaba estrechando la mano a alguien que tenía toda la pinta de ser un embajador. Un poco más allá estaba Monica, vestida de señora.

De repente, se levantó de un salto del sillón, gritó Coño, la lavadora, Anselmi me mata. Perdona, añadió después para redimensionar aquel ataque de pánico. Poco después pasó a mi lado con un cesto de la ropa, me dijo Vente conmigo, salimos a la terraza. Sus ropas estaban embarulladas dentro de la cesta, entrelazadas las unas con las otras en una maraña de camisas, calcetines y pantalones. Monica empezó a tenderlo todo precipitadamente, decía Es tardísimo. Dentro, el teléfono no dejaba de sonar, cada vez que lo oía Monica resoplaba, corría hacia dentro y volvía poco después; era Anselmi una y otra vez. La última ocasión que oyó el timbre me miró suplicante, miró hacia adentro, y me dijo ¿Terminas tú? Así me encontré solo en la terraza, con las manos metidas en el cesto para sacar su ropa interior, sus camisetas. Cogía las pinzas de una bolsa de nailon colgada del tendedero y tendía los bóxeres de Anselmi, los sostenes de Monica, y los sujetaba en mis manos con las yemas de los dedos, con una sensación de violación de una intimidad que, sin embargo, era la mía, no la suya. Los calcetines desinflados con las puntas ligeramente embolsadas, los calzoncillos arrugados, las camisas de Anselmi que yo desplegaba y parecían conservar algo de su cuerpo, los jerséis de colores de Monica, tan pequeños que parecían los de una niña, y luego, sin embargo, sus tangas, que de niña no tenían nada. Tendía su ropa y pensaba en esas fotos en las que ya no estabas. Y además por el cristal veía a Monica al teléfono, acucillada delante de una mesita, con el auricular encajado entre el hombro y el oído, un lápiz en la boca, de vez en cuando escribía algo. Metí una mano en el bolsillo, allí estaban tus llaves. Siempre me sorprende el peso y el volumen de las llaves que no son mías. Llevaban un letrerito, estaba escrito solamente Bulevardul Carol I n.º 23. Cuando me di la vuelta Monica estaba de nuevo a mi lado. Gracias, dijo, por la ropa. Luego, señalando las llaves que yo tenía en la mano me preguntó ¿Quieres que vayamos? Le dije No, pero quería marcharme de allí.

Me hablabas a menudo de Viarengo, pero cuando hablabas de él nunca te habrías imaginado que sería precisamente él quien se preocupara de que tuvieras una digna sepultura. Decías Lleva toda la vida encargándose de los muertos, y al verlo nunca lo dirías. Cuando Monica me dejó en la carretera, Viarengo estaba ya al otro lado, esperando. Levantó el brazo en señal de saludo, Monica respondió con la mano, después levantó una nube de polvo y se marchó. Y allí nos quedamos, Viarengo a un lado, yo al otro, el campo y el sol a nuestro alrededor. La carretera llegaba hasta nosotros y luego se alejaba tal como había llegado, Viarengo y yo quietos, los únicos además de los postes de la luz interrumpiendo la planicie. Permanecimos así durante un rato, como si esperáramos una barca para cruzar. Viarengo me sonreía, con una mano en el bolsillo y con la otra protegiéndose del sol. Me dijo Bienvenido, después fue a mi encuentro en el mismo momento en el que yo también me decidí a cruzar. Nos estrechamos la mano en la carretera, después él me envolvió en un abrazo. Me dejé llevar, por una deuda de gratitud. Desde dentro del abrazo yo miraba la carretera para asegurarme de que no viniera nadie. Me dijo Hoy eres el primero que pasa por aquí.

Así fue como conocí por fin a Viarengo. Nos habíamos visto ya en el entierro, pero él se había mantenido al margen; se acercó únicamente cuando llegaste, cuando te sacaron de la furgoneta. Pasó a mi lado sin decir una palabra, fue a ayudar a los hombres que te estaban descargando. Uno de ellos había soltado el agarre, se le había escapado de la mano, y Viarengo puso debajo su hombro. Después te depositaron en la camilla de metal y él pasó instintivamente la mano por el ataúd acariciando un trozo, hacia arriba y hacia abajo. Luego se alejó y yo no volví a verlo. Ahora lo tenía delante, solo nosotros dos, la campiña abrasada por todos lados y cuatro edificios detrás de sus hombros. Me tomó del brazo y nos encaminamos por una pista de grava blanca a causa de la luz. Viarengo tenía la piel quemada por el sol y una gorra de béisbol de través en la cabeza, como si los ataúdes que producía fueran animales de granja y no cajas destinadas a la oscuridad, a servir de alimento a los gusanos. Me señalaba las construcciones, la maquinaria y los campos; aquello era su rancho. Abría los brazos como si a su alrededor todo fuera suyo, no solo esas cuatro construcciones, no solo esos camiones estacionados, no solo los obreros que entraban y salían de las naves con carretillas elevadoras, sino como si fuera suyo todo lo que se veía, hasta el final, hasta donde la última línea de los campos se desvaía en la bruma. Mientras caminábamos, Viarengo, de vez en cuando, se acercaba a alguno de los obreros, le decía algo, le daba una palmadita en la nuca y luego regresaba. La verdad es que podrían ser buenos chicos, me decía al volver.

No ha sido fácil, ¿sabes?, me dijo, y yo creía que estaba hablando de ti. De modo que asentí como ante una frase dictada por las circunstancias, que acaba por imponer las circunstancias también a la respuesta. Tuve que enseñárselo todo a esta gente, me explicó, que casi no sabían siquiera lo que era un ataúd. Cuando llegué, prosiguió

Viarengo, menudo desastre. Pensaba yo, Virgen Santa, hay que ver en qué estado los ha dejado el comunismo. Los primeros meses se me quedaban mirando como monos en un árbol, mientras yo construía ataúdes desde el amanecer hasta que se hacía de noche, durmiendo tres horas al día. Después, cuando ya tenía féretros suficientes, los cargábamos en una camioneta e íbamos a venderlos, yo, un par de ellos y esa furgoneta que ves allí abajo. Pero después el tiempo fue pasando, dijo Viarengo, y ahora por suerte hay doscientos chicos con dominio del oficio, y toda esa fábrica que yo veía allí. Son gente bien dispuesta, en el fondo. Han acabado por entender que el trabajo hay que sudárselo. En Italia, me dijo, cosas como estas no son posibles en absoluto. Hay lugares donde se fuerza que se produzcan milagros, y otros donde se pasan la vida esperando a que sucedan. ¿Por qué crees que tu madre se vino hasta aquí?, me preguntó, deteniéndose de repente y mirándome fijamente a los ojos. Le contesté No lo sé.

Mira, me dijo doblando la esquina de la última construcción, y dime qué te parece. Frente a nosotros había un prado y sobre la hierba una ristra de ataúdes, todos pastando en perfecto orden. Cientos de ataúdes puestos al sol unos junto a otros; parecía el regreso de un batallón de soldados muertos en quién sabe qué rincón del mundo. Son todos de excelente calidad, me dijo. El que he hecho para tu madre, agregó, era como estos. Luego se sentó en la hierba y me dijo Venía aquí a menudo; era un lugar que le gustaba. En el fondo, son cajas como cualesquier otras, que sirven para poner orden, para meter dentro cosas y luego almacenarlas en alguna parte. Solo que lo que se mete dentro son los cuerpos de las personas que ya no son capaces de ponerse en orden por sí mismas. Sabes, me dijo después, levantándose bruscamente, a tu madre le gustaba mucho hacer una cosa. Me hizo un gesto para que me levantara y me llevó a la entrada de la nave, donde había cinco chicos alrededor de un ataúd vacío. Uno de ellos se había metido dentro, mientras los otros le tomaban el pelo. Hacen eso para probar las asas, me dijo, aunque en realidad no hay ninguna necesidad. Pero así se divierten, son buenos chicos. Después colocaron la tapa en el ataúd y levantaron el féretro, con el otro chico dentro. A tu madre le gustaba hacer eso precisamente, me dijo cuando el chico salió de allí. Cada vez que venía me decía Vamos a ver cómo es eso de morirse, y luego se reía muchísimo. Se metía con falda, tacones y carmín, y los chicos la balanceaban un rato.

Entré como si entrara en una bañera, me senté y después me tumbé. Me entraron ganas de reír a mí también, porque me parecía que otra vez, después de tanto tiempo, estaba jugando contigo. Bajaron la tapa sobre mí, cerré los ojos, que la oscuridad quería construirmela yo solo. Después ya no oí nada, ningún ruido, ninguna voz. Abrí los ojos y todo estaba tan oscuro como antes; solo el fuerte olor a madera, como si me hubieran encerrado dentro de un árbol. Durante unos instantes todo permaneció en silencio, pensé que se habían olvidado de mí. No quería moverme, que nunca se ha

visto a un muerto que se moviese dentro del ataúd. Si tengo que hacerme el muerto, me decía, lo hago bien. Así que me quedé quieto y rígido, tan rígido que me dolían tanto las piernas como los brazos y apretaba los dientes contra los dientes lo más fuerte que podía. Entonces sentí una sacudida, y me di cuenta de que me estaban levantando. Y, cuando empezaron a balancearme, me eché a reír y no podía parar. Que a los muertos, me pregunté, quién sabe si les entran ganas de reírse a ellos también.

Me gustaría que te quedaras a cenar, me dijo Viarengo al final de la tarde. Uno a uno los obreros se habían ido marchando, unos en coche, alguno en bicicleta, algún otro que se alejaba andando. Viarengo los saludaba por su nombre con una sonrisa en su rostro en la que se reunían un poco de ternura y una mueca a causa del sol. El último coche se detuvo junto a Viarengo; se quedaron hablando un rato. Cuando incluso el último coche se lanzó a la carretera, lo observamos alejarse hasta donde alcanzaba la vista, trazar una larga línea en medio de la llanura. Ese de ahí se irá mañana al amanecer, me dijo Viarengo, señalando el camión que quedaba al fondo, aparcado de través. Habían estado toda la tarde cargando ataúdes en él, recogéndolos de entre los expuestos al sol y pasándoselos de abajo arriba, sin detenerse nunca, como si no fueran ataúdes distintos, sino una única caja larguísima. Van a Alemania, dijo mirando el camión. Van a Alemania, repitió después acercándose al murete en el que estaba sentado yo.

Venías todos los domingos. Viarengo hablaba lentamente, enhebraba un segmento de palabras y luego hacía una pausa, como si tomara aire. El sol, entretanto, se había ido debilitando, había teñido de color la campiña; el aire se había echado a descansar. Yo a tu madre la sentía llegar, añadió Viarengo, antes incluso de verla aparecer por allí. Y para él allí era el punto en el que poco antes habíamos visto abismarse el automóvil, el punto de la carretera en el que, de repente, las cosas dejaban de verse, el mismo punto donde empezaban a verse, emergiendo como submarinos. Por aquí pasan tan pocos coches, agregó, que cuando viene alguno te das cuenta enseguida, sobre todo el domingo. Los domingos reina un silencio como este, dijo abriendo los brazos y girando sobre sí mismo. Tu madre venía con Anselmi, en los primeros tiempos. Ya sabes, dijo, encendiendo un cigarrillo con una cerilla, tenemos mucho trato, entre nosotros. Tu madre y Anselmi hacía poco que habían llegado, intentaban entender cómo funciona este sitio. Viarengo hablaba con los codos apoyados en las rodillas, inclinado hacia adelante y con la mirada repartida entre sus pensamientos y la campiña, como si no debiera perder de vista en ningún caso el horizonte. Tenía una mirada clara, que fruncía a cada bocanada de cigarrillo. Empujaba los ojos tan lejos que parecía estar hablando de una época que ya no conseguía hallar. Con lo feliz que era al principio con Anselmi, dijo al cabo de un rato. Es una lástima que las cosas acabaran como acabaron, añadió tirando el cigarrillo. Después se levantó y se quedó así, con las manos en las caderas. Mirábamos los dos a lo lejos, yo que no quería preguntarle lo que te había sucedido, y él que se había levantado para que no se le quedara entre las rodillas esa pregunta sin detonar.

Entró en la nave, y luego salió con dos latas de cerveza. Mira allí, dijo señalando hacia el sol; dentro de poco acabará bajo tierra él también. Me abrió la lata y me la pasó. Durante un rato no nos dijimos nada, sentados sobre el murete en una esquina de la nave, mientras el sol nos estiraba las sombras y las cigarras iban apareciendo.

Qué silencio, dijo Viarengo, y lo dijo como si el silencio fuera suyo también. Fumas como tu madre, me dijo después, riéndose solo por la nariz. Yo lo miré serio porque no quería reírme, pero luego él estalló en carcajadas de repente y entonces me eché a reír yo también, después de haber opuesto resistencia en los labios unos momentos. Habrá que ir pensando en la cena; tendrás hambre, me dijo casi en un susurro. Me encogí de hombros para decir que no había prisa; Viarengo añadió Si quieres puedes quedarte a dormir porque hay sitio. Y así fue cayendo la noche y nosotros seguíamos sentados en el murete, de espaldas a la nave con las latas en fila una detrás de la otra a nuestros pies. Viarengo hablaba cada vez en voz más baja. A nuestro alrededor, los campos habían ido desapareciendo y, junto con los campos, la oscuridad había devorado también el resto. Viarengo se aclaró la voz y me dijo De todos modos, Monica me parece una buena chica. Y se entendía que esa frase la tenía lista desde hacía un rato, que era la única respuesta que tenía a la pregunta que yo no le había hecho.

Me quedé dormido con los zapatos puestos, vestido y con tus fotografías encima; me despertó al alba el camión que se marchaba. Cuando dirigió sus faros contra el edificio, la habitación en la que estaba durmiendo se me abrió de par en par a la cara. Necesité esos momentos de maniobra para juntar las cosas, la cama plegable en la que me hallaba, los objetos amontonados en desorden, una vieja motocicleta apoyada contra la pared. A continuación, el camión se movió, y la luz giró con él cortando en dos la habitación, un sablazo seco sobre mi cabeza. Me acerqué a la ventana, Viarengo estaba fuera, gritándole al conductor, haciendo grandes gestos con un volante imaginario, giraba primero a la derecha y luego a la izquierda, después gritaba Muy bien. Solo cuando salí me di cuenta de que me había metido a dormir en un barracón; visto desde allí parecía un garaje y, a juzgar por lo que había dentro, tal vez lo fuera de verdad. Pero yo había bebido demasiado la noche anterior para darme cuenta de lo que estaba ocurriendo. Recordaba únicamente a Viarengo haciendo oscilar la bombilla que colgaba encima de la mesa, y esas fotografías que había sacado en algún momento durante la cena.

Así que habías muerto sola, como una perra enferma que ha dejado incluso de lamerse el pelo, y a la que los demás perros ya no tienen ganas de olfatearle el culo. Cuando Viarengo me lo dijo, durante la cena de la noche anterior, lo hizo para prepararme para las fotos que estaba a punto de enseñarme; me repetía ¿Estás seguro de que quieres verlas? Pero luego se demoró mucho, antes de sacarlas. Iba y venía por una puerta que de puerta solo tenía el marco; el resto era una tela de nailon manchada de tierra y de pintura. Te dejaste pudrir, me explicó Viarengo sosteniendo en la mano la caja que contenía esas fotografías; te trataste mal, alcohol y quién sabe qué más. Presionaba el brazo contra la tapa, como si en su interior estuviera encerrado el viento, como dándome tiempo para que me sujetara. Entonces te vi, y me eché a reír; no era posible que esa fueras tú. Viarengo me cortó la risa con una mirada dura. En esas fotos eras un cuerpo reventado, deforme, de pelo gris pegado a la cabeza, siempre con un cigarrillo entre los dedos. Caminabas dentro de una capa que te hacía parecer aún más enorme, todo tu cuerpo iba a meterse en esos pies que se te habían quedado pequeños, como tratando de encajar un colchón en una funda de almohada. En todas las fotos estaba también Christian, que acababa dentro sin la menor intención de fotografiarlo. Viarengo había salido a fumar, pues se veía que no quería estar allí en medio, en ese encuentro entre tú y yo. Cuanto más te veía en esas fotos, más bebía. Después te vi en primer plano, con pelusa bajo la barbilla, tú que te pasabas horas delante de un espejo para arrancar hasta el último retazo rebelde de las cejas. ¿Quién ha hecho estas fotos?, le pregunté a Viarengo cuando regresó. Yo, dijo sin expresión, que a esas alturas ya no había más caras que poner. Aquí delante, añadió señalando hacia fuera. Yo era uno de los pocos ante los que aún se dejaba ver. Las agrupé en un solo bloque y luego volví a empezar a hojearlas una tras otra. Cuando volviste a pasarme por delante con la pelusa bajo la barbilla, eché a correr

hacia fuera. Apenas tuve tiempo de cruzar la puerta, apoyarme contra el muro y vomitar.

De lo que sucedió luego no guardo memoria, me desperté con las luces del camión que iba a llevar los féretros a los muertos de Alemania, tus fotografías aún encima de mí, sirviéndome de manta. Cuando me vio salir, Viarengo me sonrió, me gritó Buenos días, Lorenzo. Levanté el brazo en señal de saludo, me senté en el murete y miré hacia el fondo de la campiña, los prados que poco a poco iban descubriéndose. Me dolía la cabeza a causa de la cerveza y de las escasas horas de sueño, y Viarengo no paraba de gritar instrucciones al camión, con el conductor que tocaba el claxon presionándolo por error con el brazo. Recogí las pocas cosas que me había traído conmigo, las metí en la mochila junto con las fotografías. Al mirarlo ahora, era a todos los efectos un garaje, aquel barracón. La moto apoyada contra la pared tenía el asiento polvoriento y las ruedas desinfladas. Había un armario metálico, junto a la motocicleta, con cajas de tornillos, pernos y abrazaderas. También había una vieja plancha, en uno de los estantes, y una estufa eléctrica, de esas desaparecidas hace ya tiempo de la circulación. Oí cómo se alejaba el camión, las marchas que entraban despacio y luego el ruido dispersarse poco a poco. Me voy, le dije a Viarengo, cuando volví a salir. ¿Adónde vas?, me dijo, si no tienes coche. Nos tomamos un café y luego te llevo. Así que nos sentamos en la mesa donde habíamos cenado y que seguía teniendo todos los restos. Tampoco es que fuera muy diferente al barracón, el pavimento costroso, herramientas abandonadas por doquier. Tengo unas cajas de tu madre, me dijo, a lo mejor quieres llevártelas. Viarengo ya se había puesto la gorra de béisbol en la cabeza, a pesar de que fueran las cinco de la mañana. ¿No te la quitas nunca? Me sonrió como si llevara un rato esperando esa pregunta. El día empieza cuando te pones el sombrero, me contestó, y termina cuando te lo quitas.

Un día me dejaste probar incluso el huevo que hace bajar de peso a las personas que tienen demasiado. Me llevaste a la fábrica un domingo por la mañana, fuera estaba lloviendo y a papá le dijimos que íbamos solamente a dar un paseo por el centro. Entramos en la empresa como unos ladrones, a pesar de que la empresa fuera tuya. Mientras metías la llave en la puerta mirabas a tu alrededor, y a mí me latía el corazón bajo el jersey mojado. Cerramos la puerta a nuestras espaldas y corrimos por el interior, yo aferrado a tu mano y tú con los tacones que marcaban los tiempos de nuestra irrupción. Me habías prometido el huevo, y esa promesa se me había hinchado tanto dentro que tenía miedo incluso a pedirte cuentas. Entramos, la empresa vacía, las oficinas vacías, los percheros cerca de la entrada como esqueletos al acecho. Y además aquel silencio en un sitio donde por lo general había que gritar. Más que silencio era un vacío en el que costaba respirar, como si alguien hubiera aspirado el ruido y con el ruido todo el aire.

Cuando llegamos ante la sala de los huevos, tú la abriste apenas unos centímetros, y metiste la cabeza dentro. Yo me quedé un poco más atrás. Visto desde allí el huevo parecía una ballena varada. Después abriste del todo y entramos. Dentro de la habitación, solo el huevo, tú y yo. Empezaste a pulsar los botones, a subir y a bajar las palancas, y el huevo comenzó a emitir sonidos agudos, a encender y apagar una corona de luces de colores, hasta que se apaciguó en una sustanciosa inactividad. Te acercaste, me dijiste Quítate la ropa y luego métete aquí dentro. Te miré aterrorizado como la primera vez en la piscina. Verás que divertido es, me dijiste; todos los que lo hacen acaban la mar de contentos. Me dejé caer los pantalones hasta los tobillos y salí de ellos dando un paso adelante. El jersey me lo quitaste tú, tirando desde arriba, yo con los brazos en alto y los ojos cerrados y, a continuación, después del jersey, el niqui y luego la camiseta. Me hiciste subir un escalón y me dijiste Por lo general, aquí se mete gente gorda; tú eres una excepción. Así que me tumbé en el interior; había mucho espacio, un acolchado cómodo y un reposacabezas muy suave. Me dijiste adiós antes de cerrar el huevo, y en ese instante me entró miedo, traté de decir Espera, pero la tapa ya había bajado, se había comido la palabra. Dentro había una luz tenue, y por encima un espejo en el que me veía; me preguntaba si los muertos tendrían también un espejo, en el féretro. Estuve muy quieto y no sentía nada, ni dentro ni fuera, solo el calor y la sensación de evaporar, de exhalar.

Cuando el huevo se abrió, fuera estabas tú y estaba también tu socio, riéndoos ambos por la cara que ponía. A tu socio no me lo esperaba, verlo allí riéndose contigo, yo en calzoncillos, con el rostro sudoroso y el pelo aplastado en la frente. Te miré y no dije nada, pero te odiaba con tanta violencia que te habría arrancado los ojos y el cabello de no haber estado en ropa interior y encerrado dentro de un huevo. Te acercaste a sacarme de allí y me dijiste No lo sabía, no había necesidad de añadir que estabas hablando de él. Lo dijiste con expresión en parte divertida y en parte avergonzada. Tu

socio se burlaba de mí, de los calzoncillos que llevaba, del pelo que tenía, de lo nenaza que era. Tú me ayudabas a vestirme y mientras tanto te reías por lo que él estaba diciendo, pero luego te girabas y le decías Vamos, ya está bien, ¿es que no ves que le estás ofendiendo? Tu socio decía Claro, claro, e inmediatamente después seguía justo por donde se había interrumpido unos momentos antes.

Después me llevaste al bar, yo esperaba haberme librado de él y, en cambio, cuando entramos, ya estaba sentado en la mesa. No era el primero, esos encuentros de domingo de los que tú siempre fingías sorprenderte. No lo sabías nunca, me decías, y con el pasar de los años, en cambio, era yo el que lo sabía, adónde íbamos cuando nos poníamos muy elegantes los domingos por la mañana. Tú que te quedabas frente al espejo mirándote, pasándote las manos por las caderas para vigilar las adherencias. En el bar bebíais vino tinto, fumabais mucho. Él tenía una voz grave, y abría mucho la boca cuando se reía, te metía la mano entre las piernas haciendo como que estaba de broma, me preguntaba, ¿No estarás celoso, verdad? Tú fingías rechazar sus acometidas, Estate quieto, le decías. Ese domingo tu socio me preguntó si me gustaban las niñas, y sonrió. Tú le diste una bofetada, más cómplice que severa. Basta, le dije casi gritándoselo a la cara, pero él ya te había puesto la mano en la entrepierna y había apretado hasta hacerse daño. Después, entre risas, os besasteis también, después de tres vasos de vino, tú que no querías y le decías Déjame ya, y él que al final te sujetó la cabeza, lengua contra lengua en la boca.

En el coche yo no te hablaba, y tú tratabas de conseguir que me riera; hasta que no lo conseguías, no volvíamos a casa. Y, cuando al final me reía, me dabas un beso, y ni siquiera te hacía falta decirme que no le dijera nada a papá.

Al principio, llamabas a menudo desde Rumanía, después, cada vez menos. Eran los primeros tiempos de tu estancia allí, ibas y venías en el plazo de dos semanas a lo sumo. El teléfono sonaba siempre tarde, casi de noche, yo ya en la cama y papá en el sillón viendo la televisión. Cuando me llevaba a la cama, yo buscaba una excusa para prolongar unos instantes aún la espera. Empezaba a soltar peroratas largas y articuladas, encadenando palabras rápidamente, unas asociadas a las otras, pronunciadas tan rápido que se me atascaban entre los dientes. Hablaba tan exaltado que mientras lo hacía me notaba el sudor en el pijama y el pelo. Cada palabra que decía me parecía un baluarte levantado contra el sueño, y algunos metros conquistados en dirección a tu llamada. Entonces papá se levantaba de la silla para decir que se había terminado el momento de las negociaciones. Venía hacia mí y encajaba en silencio todo mi desprecio, yo que con los ojos le decía Tú no tienes nada que ver en esto, él que se dejaba golpear como cuando tú descargabas una ristra de puños contra su pecho y él se limitaba a esperar a que terminaras. Algunas veces acababa cargándome a hombros, como se hace con los moribundos o con los sacos de semillas, y me llevaba a mi habitación así. Era una manera de tratar de jugar conmigo, y al mismo tiempo era una estratagema para no mirarme a la cara. Pero colgado de allá arriba a mí me parecía solo un secuestro perpetrado por el más alto de los bandidos.

El teléfono sonaba siempre mucho más tarde. Nada más cerrar papá la puerta me incorporaba y me quedaba sentado, con la espalda contra el cabecero, las rodillas en el pecho para no dejarme vencer por el sueño. Cuando oía el teléfono saltaba de la cama, salía al pasillo y bajaba corriendo las escaleras. A papá me lo encontraba en el sillón hablándote en voz baja, acaso para no despertarme, tal vez solo porque era de noche y al otro lado tú también hablabas en voz baja. Te limitabas siempre a hacerme preguntas, me preguntabas por la escuela, por los deberes, por papá, y las respuestas eran siempre las mismas, porque era yo quien se había quedado en casa para llevar la misma vida que antes, y eras tú la que se había ido, la que lo había cambiado todo. A mis preguntas contestabas simplemente No te preocupes, cachorrito, que todo va bien. De modo que cada vez que las llamadas telefónicas acababan, yo seguía sin saber nada de ti, pero me sentía feliz de todos modos, pues decirte cosas me bastaba. Le pasaba el teléfono a papá, que siempre decía Lula, pero tú ya habías colgado. Más adelante, en cambio, empezaste a estar lejos cada vez más tiempo y a llamar cada vez menos, yo que me quedaba dormido contra el cabecero y papá en el sillón de la sala con el televisor encendido. A veces lo oía entrar en la habitación, ya bien entrada la noche, sacarme de esa posición acuclillada, y meterme despacio bajo las sábanas. Luego cerraba la puerta y oía su cama dar un golpe contra la pared cuando se metía en ella. Dormíamos los dos como si fuera una noche cualquiera, idéntica a cualquier otra noche.

Por la mañana no nos mirábamos a la cara, papá decía Ya sabes, no es fácil conseguir

línea. Estábamos los dos subidos a lo alto de unos taburetes, y en medio la repisa de la cocina, las tazas y la caja metálica de galletas. De la misma manera transcurría la comida, y tras la comida la cena, los dos sin decirnos nada, como si el silencio fuera el único lenguaje que compartiésemos. El sábado por la tarde salíamos en bicicleta, él delante para cortar el viento y yo detrás siguiéndolo sin decir nada ni preguntar ni gritar. Cuando volvíamos a casa hacía lo que habrías hecho tú, me preparaba un bocadillo con chocolate y me sentaba en el sofá con la manta y la televisión. Se sentaba a mi lado, donde por lo general te sentabas tú. Y se veía su desmaña, la ternura y la vergüenza al mismo tiempo. Y, sin embargo, tu regreso nosotros nunca dejábamos de esperarlo; tú lo aplazabas continuamente. Esperarlo, para los dos, era la única condición que justificaba el hecho de estar juntos en la misma casa.

Yo te dejaba notitas en la mesilla, cuando estabas ausente. No sabía cuándo ibas a volver; si llegabas cuando yo no estaba en casa quería que te encontraras con mi bienvenida. Así que entraba en tu habitación, cuando papá no me veía, y te dejaba una nota. La metía debajo del despertador, que sabíamos que era nuestro lugar secreto, allí debajo. Escribía Hola, mamá, o simplemente cosas que habían ocurrido, y que no me gustaba decirte por teléfono. Una vez que se escapó el perro de los vecinos, por ejemplo, te lo escribí en una hoja y luego la puse debajo del despertador. Escribí Bienvenida, mamá, estoy muy contento de que hayas vuelto a casa. Hace tres días se escapó el perro de los vecinos. Están todos muy nerviosos. Luego regresaba a casa y tú no habías vuelto. A la mañana siguiente cogía otra hoja y cambiaba el número de días desde la fuga del perro de los vecinos. Bienvenida, mamá, estoy muy contento de que hayas vuelto a casa. Hace cuatro días se escapó el perro de los vecinos. Están todos muy nerviosos. Bienvenida, mamá, estoy muy contento de que hayas vuelto a casa. Hace cinco días se escapó el perro de los vecinos. Están todos muy nerviosos. Bienvenida, mamá, estoy muy contento de que hayas vuelto a casa. Hace treinta y cuatro días se escapó el perro de los vecinos. Están todos muy nerviosos. Cuando volviste de verdad los días que habían pasado eran setenta y seis, a esas alturas había líneas sobre los números y números corregidos escritos por encima. Y el perro de los vecinos ya había vuelto a casa.

A Christian me lo encontré debajo de tu casa, estaba sentado en los escalones, con la mirada entre los pies. Viarengo y yo nos paramos delante con el coche, él levantó la cabeza y se incorporó de un salto, como si lo hubiéramos sorprendido durmiendo mientras estaba de centinela. Le dije Ya te llamaba yo, me contestó Estaba aquí, como si llevara allí desde siempre. Viarengo fue al encuentro de Christian ya con el abrazo preparado, los brazos abiertos y el pecho hacia fuera. A Christian no le quedó otra que terminar dentro. Viarengo le dio palmadas en la espalda varias veces, como si estuviera sorprendido de encontrarlo sano y salvo. Después le sujetó la cara entre las manos y le gritó Hola riéndose, y por primera vez vi pegado a Christian el sonrojo y la edad. Se echó a reír también, los dientes desordenados en la boca, y se apartó de aquel abrazo que lo avergonzaba. No te dejas caer nunca por allí, le dijo Viarengo, pero de todas formas te quiero. No sois mala gente, vosotros los rumanos. No son mala gente, dijo señalando a Christian.

Una tras otra, fuimos sacando las cajas del coche, llevándolas hasta el ascensor como si fueran una remesa de cosas sobre las que no había que preguntar nada, no hacer preguntas, no hacérmolas siquiera. Con una de las cajas mantuvimos abierto el portal para dejar el paso libre. Cuando lo descargamos todo, Viarengo dijo Ahora me voy que se me ha hecho tarde. Así que nos apoyamos en el capó del coche, fumamos todos juntos, Viarengo colocándose continuamente el sombrero en la cabeza. A fuerza de estar en medio del campo, dijo, se me hace rara la ciudad. Hace diez años que estoy aquí, añadió, y Bucarest se ha vuelto tan fea como nosotros. Christian me miró, dijo Eso no es verdad. Dijo Hace quince años esto era la Edad Media. Te me viniste a la cabeza tú, que quince años atrás me dijiste Allí está el futuro, y el futuro, evidentemente, estaba allí, plantado justo en plena Edad Media. Subo yo también, dijo después Viarengo apartándose del coche con un golpe de riñón. Que esta casa solo la he visto una vez, antes de que tu madre viniera a vivir aquí.

Cargamos las cajas en el ascensor, no quedaba ya sitio para nosotros. Viarengo me dijo Encógete todo lo que puedas y monta encima, de modo que me encaramé, me senté en una caja con las piernas colgando. Así me parecía estar llevando las cosas en una carroza, yo sentado en el pescante y todo el cargamento detrás. Dije Cuando llegue, mando de vuelta el ascensor. Recorrí las siete plantas respirando lentamente, en cada nivel la cabina raspaba contra las paredes. Después se detuvo de repente, las puertas se abrieron y delante de la cara tenía tu puerta. Yo sentado en el pescante, y tú al otro lado, a no más de un metro de donde yo estaba. Bajé de un salto, y una tras otra empecé a sacar las cajas, apilándolas cerca de la puerta. Luego mandé el ascensor hacia abajo y me senté en el felpudo, con la espalda contra la puerta. De vez en cuando lo hacía, contigo. Te decía Me voy, después salía y me sentaba en el felpudo. Tú lo sabías y al cabo de un rato me gritabas desde dentro Venga, vamos a hacer las paces, entonces yo me levantaba, me agarraba al picaporte y volvía a entrar

en casa. Te encontraba tal como te había dejado, y tú apenas alzabas la mirada para ver cómo me contoneaba al entrar.

La puerta de casa la abrió Christian, nos hizo un gesto de que esperáramos, desactivó la alarma y luego nos dijo Adelante, por favor, como si se tratara de un agente inmobiliario. Christian y Viarengo se echaron a un lado. Y a mí solo se me ocurrió asentir, dije Así que es esta, al unísono me dijeron Pues sí. Y lo único que pensaba, frente a esa casa tan corriente, era que yo esa casa, tu casa, no la conocía. Que ese olor que me había saltado a las narices era un olor que no me atañía, y que era el olor que desprendías tú. Me moví por allí, un salón desnudo, las paredes que blancas ya no eran, las estanterías con unos pocos libros encima. Christian y Viarengo se habían quedado atrás, yo que tocaba todas las cosas que veía, las superficies de las mesas, cogía en mis manos los adornos. Me acerqué a la ventana, aparté las cortinas y busqué al otro lado la ventana de mi hotel. Christian se me acercó y, estirando el brazo, dijo Es esa de allí. Luego abrió la ventana y el ruido de Bucarest entró como el viento dentro de la casa, junto con las campanas de una iglesia. Le di las gracias, pues me sentía como si estuviera al vacío. Al lado de la ventana había una foto mía, y la fecha era de hacía muchos años. Estás igual, me dijo Christian. Se veía que se esforzaba por no hablar en voz baja. Después me cogió y me llevó a tu habitación, solo una cama de una plaza y media y la mesita de noche a un lado. Nos quedamos allí en silencio durante un rato, mirando la cama como si en la cama aún estuvieras tú. Entró también Viarengo, se me acercó, me puso una mano en el hombro. Después se dedicó a mirar él también la cama como si tú estuvieras aún allí, y se quitó la gorra de la cabeza.

Los vimos desfilar uno tras otro, los hocicos de sus automóviles. Christian y yo estábamos sentados en la plaza, una cerveza para cada uno y la mesita en el medio. Pasaron a nuestro lado todos iguales, primero el capó del todoterreno; a continuación, el codo en la ventanilla; por último, las gafas de sol encima de la nariz. Todos nos miraban al pasar, aminoraban la marcha, esbozaban una sonrisa y luego proseguían unos metros más. Daban la vuelta a la plaza, y al final se acercaban a sentarse en las mesitas. De vez en cuando Christian saludaba a alguien, levantaba un brazo o una ceja. Italianos, me dijo señalando el cordón de coches. Y, en efecto, de una de esas ventanillas, en un momento dado, se asomó el codo de Anselmi. Se detuvo junto a nosotros, se levantó las gafas de sol solo para guiñarme un ojo, después las dejó caer de nuevo sobre la nariz y prosiguió en su convoy. Christian lo saludó levantando someramente la barbilla, no lo miró a la cara, se volvió de nuevo hacia el centro de la plaza.

Poco después, Anselmi se sentó junto a nosotros con otros cinco señores, y todos al sentarse me dijeron Hola. Ocupábamos un par de mesas en aquella terraza que iba abarrotándose cada vez más, con la gente que llegaba a oleadas, casi exclusivamente chicas y hombres con un aspecto idéntico al de Anselmi. ¿Has decidido quedarte?, me preguntó aludiendo con un enésimo guiño a las chicas. Unos días, contesté, pero él ya no me estaba escuchando, mandaba saludos en todas direcciones. Haces bien, me dijo luego, cuando la respuesta le llegó al cerebro. Después me presentó a sus amigos, nos dimos la mano simulando el gesto de levantarnos, pero limitándonos en realidad a estirar el brazo. Todos somos pioneros, dijo Anselmi, echando la cuenta de aquellos apretones de manos. A la salud de los pioneros, dijo luego, levantando su cerveza e invitando a los demás a levantar las suyas. Los demás le respondieron simplemente elevando sus vasos, y yo y Christian los secundamos casi sin darnos cuenta. Uno fabrica salones, me explicó Christian hablándome en voz baja e inclinándose sobre mi hombro. De los demás, uno una empresa de seguros, uno zapatos y de los otros dos no lo sabía.

Así que qué, ¿las has visto?, dijo Anselmi metiéndome el codo en el vientre y señalando a las chicas sentadas en las mesas de alrededor. ¿Has visto cómo nos miran? Hablaba, y mientras tanto saludaba a un grupo de chicas que nos decían hola con la mano también. Se dan cuenta de inmediato de que aquí hay dinero, dijo. Míralos a ellos, me dijo en voz baja aludiendo a los cinco amigos con los que había venido. ¿No ves lo feos que son? Y, sin embargo, aquí han rehecho sus vidas. En Italia no valían ya una mierda. ¿Y ahora? Pues ahora, se contestó a sí mismo con un pequeño chillido, aquí están. La última frase la había dicho como si sus amigos acabaran de salir intactos de una caja cortada en dos por una espada. Al verlos así, después de las palabras de Anselmi, parecían aún más poca cosa, lo único que se me ocurría mirarles era la papada, el vello nasal, la calva sudorosa, las yemas de los

dedos como salchichas. Y, sin embargo, les veía además la intensidad de la mirada también, la intensidad de quienes han empezado de nuevo con algo. Christian no decía una sola palabra. De vez en cuando llegaban otros italianos, se quedaban un rato, y luego se iban. Casi sin que yo me diera cuenta, las tres chicas que estaban en la mesa de al lado estaban sentadas junto a nosotros. Anselmi las invitó a beber algo, los demás les ofrecían cigarrillos, las chicas bebían, fumaban y se reían mucho. Anselmi me las presentó, no se acordaba de sus nombres, me decía continuamente ¿Te gustan?, y a ellas les decía riéndose Es el más guapo, es el más joven. A gente como él, en cambio, dijo señalando a Christian, la conocéis ya, ¿verdad? A mí me parecen todos iguales los rumanos, y lo digo con afecto, por supuesto. Este, además, trabaja conmigo, concluyó dando una palmada en la pierna de Christian. Las chicas se rieron, intercambiaron con Christian algunas palabras en rumano, y fue como decirle Tú eres inofensivo.

Los dejamos en la mesa con un saludo general con la mano. Antes de marcharnos Anselmi me dijo Tenemos que hablar, le contesté Eso creo yo también. Lo vi sentarse y quedarse quieto un momento, pensativo, para volver luego a hacer gestos a su alrededor. Christian se encendió un cigarrillo y me dijo Qué mierda de hombre. Lo dijo sin ninguna inflexión rumana, límpido, como si lo hubiera estado incubando durante días, como si lo hubiera ensayado un poco y solo ahora se sintiera preparado para sacarlo a la luz y decírmelo de esa manera. Pues sí, le contesté, y comprendí que por fin se fiaba de mí. ¿Sabes lo que te digo?, le dije pasando junto al coche de Anselmi. Saqué las llaves del bolsillo, me puse una entre el dedo índice y el pulgar y caminando rozando un costado la presioné contra la chapa desde la cola hasta el final del capó. Christian sacó un manojito de llaves él también, y pasando por el otro lado, hizo lo mismo. Luego nos miramos y, sin necesidad de decírnoslo, echamos a correr.

Christian dijo Se ve incluso desde la luna, señalando con la cabeza el palacio de Ceausescu. Nos lo encontramos delante de repente, estallando entre dos edificios. Christian parecía no perderlo de vista, lo avistaba continuamente, yendo y viniendo por la ciudad. Él extendía el brazo, yo recorría su brazo con la mirada y al final del dedo estaba siempre el palacio de Ceausescu, que nunca se veía todo entero. Yo asentía, él bajaba el brazo y luego seguíamos hasta el siguiente avistamiento. Se ve incluso desde la luna, repitió deteniéndose, y miró al aire, como buscando en medio del cielo el punto exacto desde el que alguien de vez en cuando mira hacia abajo. De modo que miré al aire yo también, y nos quedamos con los ojos clavados arriba, hacia un punto que ni él ni yo sabíamos adivinar. Desde la luna no se ve todo, dijo, y tenía en la cara una expresión en la que estaba el orgullo por la visibilidad del palacio de Ceausescu, pero también una desilusión mucho más privada. Parecía querer decir que desde la luna a nosotros dos no se nos podía ver, era inútil agitar los brazos, gritar en voz alta o hacer gestos de saludo.

Se detuvo, verificó la hora en el móvil y me miró con el rabillo del ojo, el ojo de quien ha pensado en saltarse alguna regla. De modo que me dijo ¿Quieres verlo?, y estaba claro que era él el primero en querer entrar. ¿Se puede?, le pregunté. El palacio, desde fuera parecía no acabar nunca, lo recorrimos por tres lados para encontrar la entrada, y cada vez parecía como si no nos hubiéramos movido, cada lado era exactamente igual al precedente. Había una larga cola de personas; Christian, que iba delante de mí pidiendo información, parecía mi guardaespaldas. Compramos el billete, nos dijeron que tendríamos que esperar, la visita guiada no empezaría hasta dentro de media hora. De manera que fuimos a sumarnos a todos los demás, amontonados en el vestíbulo, con las cámaras al cuello, en bermudas, el mapa de Bucarest y unos cuantos vampiros con los dientes hundidos en sus mochilas y camisetas. Somos los únicos italianos, dijo Christian. A nuestro lado había casi exclusivamente grupos de ingleses y alemanes, todos nombrando a Ceausescu, mirando a su alrededor como si fuera a aparecer de un momento a otro.

Durante toda la visita, Christian fue pisándole los talones al guía, quería que yo escuchara cada palabra que decía, aunque él no entendiera demasiado el inglés. Así que todos juntos nos movíamos a la par cada vez que el guía decía Follow me, please. Cada vez que decía Follow me todos reemprendían sus murmullos, salíamos uno por uno del silencio desde el que lo habíamos oído hablar. Después echábamos a andar poco a poco, el guía delante, yo y Christian detrás y en fila todos los demás. Y así pasamos por inmensas salas, suntuosos pasillos, el guía que detallaba con aritmética abundancia de detalles las toneladas del mármol, la calidad de los cristales, su tamaño y uso actual. Luego, cuando había terminado con su catálogo de materiales y medidas decía Follow me, please, y se volvía hacia la sala que venía a continuación, igualmente suntuosa, igualmente inmensa y con toneladas de mármol y cristales de

calidad comparables a los de la sala anterior. No había pasado siquiera media hora y ya estábamos fuera, delante de la entrada, todos con la misma decepción encrespada en la cara. El guía nos había dejado visitar una planta únicamente, y luego nos había obligado a salir. Pero, sobre todo, no había nombrado nunca a Ceausescu. Ni una sola vez. Estábamos allí para saber de él, de lo que había sido capaz, y en cambio él era el vacío en torno al cual el guía había edificado su perorata de toneladas, de metros y de números. Como si entre el dolor y el orgullo se hubiera colocado en medio el pudor, como si el mal pudiera exhibirse, a condición de no nombrarlo ni una sola vez.

Y así fue como nos marchamos, Christian con los hombros caídos y la cara mirando al suelo. Lo siento, me dijo. Le puse una mano sobre la nuca, le dije que no se preocupara. Me miró y sacudió un poco la cabeza, para darme a entender que no le había sentado tan mal, al fin y al cabo. También dejó aflorar un poco de rabia, en los ojos, una rabia cargada y lista para saltar. Me dijo Lo que pasa es que se avergüenzan. Le pregunté ¿De qué? Se detuvo en el medio de la calle. Me miró a mí y luego al palacio. Luego dijo Se avergüenzan de estar orgullosos.

Me tomaron incluso por un ladrón, tus vecinos de casa. Salieron todos juntos, alguno bajó a la carrera desde el octavo, otro se asomó por la barandilla, en la única puerta del descansillo que no se abrió de par en par había alguien observando por la mirilla. Y allí estaba yo, con tu puerta abierta, mi bolsa en la mano y la alarma que vociferaba escaleras abajo y arriba. Durante unos instantes nos miramos sin decir nada, todos ellos confluyendo en mi cara, yo pasándoles revista uno a uno. Una señora pequeña y anciana se separó del grupo, se me acercó, me apartó bruscamente empujándome con un brazo, entró en casa, tecleó los números en el cuadro y la alarma dejó de vociferar. Después volvió a colocarse en medio de todos los demás, agolpados en el descansillo, y junto a los demás volvió a mirarme. Yo rompí el silencio con una palabra, dije solo Fiu, dándome una palmada en el pecho. Era una de las pocas palabras rumanas que sabía decir, se lo había preguntado a Christian. De modo que dije Fiu, Hijo, y hubo como un suspiro generalizado, y uno tras otro todos se dispersaron. Antes de irse la señora que había desactivado la alarma se me acercó con un trozo de papel. En él estaban escritos unos números, los números de la alarma; yo los había copiado mal. Solo entonces me di cuenta de que era el día de mi nacimiento.

Y así, una vez cerrada la puerta nos quedamos tú y yo. Con ese silencio me parecía como si tuviera que ir en tu busca. Me movía despacio, casi como para que no se me oyera. En otros tiempos lo hacíamos, jugábamos a eso en casa, yo me escondía siempre debajo de la cama, tú siempre dentro de la bañera. Y cuando me encontrabas me agarrabas de los pies, me sacabas de allí como si fuera un cajón. Una por una, probé todas las sillas, me senté, miré la habitación. En cada silla depositaba mi peso poco a poco, no quería que hiciera demasiado ruido, que chirriara descompuesta. Y después de las sillas, el sofá, el sillón, luego abrí los cajones, saqué los cubiertos, preguntándome cómo podías comer con ellos, tan pesados, tan oxidados, tan fríos al tacto. Me puse la mesa, no había manteles, solo dos mantelitos individuales, cogí un plato puesto a secar en el fregadero y el vaso caído a su lado, el círculo blanco que deja el agua en el acero. Me desplazé, y luego me senté en todos los lados de la mesa, tratando de imaginar el tuyo. Era otro de los juegos a los que jugábamos, yo me daba la vuelta, tú te sentabas en una silla y yo tenía que adivinarla. Me sentaba pensativo, me decía que tenía que cerrar los ojos y percibir la temperatura, sentir tu forma. Lo conseguía casi siempre, abría los ojos, te miraba y decía Estabas aquí, y tú me contestabas eres el mejor mago que conozco. En tu casa, en la séptima planta, hacía lo mismo ahora, te buscaba en las sillas de la cocina, intentaba adivinarte. Pero ya no sabía qué buscar, después de tanto tiempo, en pos de qué calor salir de caza, en qué forma te habías convertido entretanto. Y así, una tras otra, me senté en todas, y luego, después de la primera vuelta, una segunda y una tercera y una cuarta, y la única temperatura que hallaba era la mía, la única forma era la mía, mis piernas, mi trasero en la silla.

Apareció la noche dentro de la casa casi sin que me diera cuenta, sentado en la cocina delante del plato vacío. Fui al baño, me desnudé, me introduje en la ducha, solo después de la primera ducha uno ha vuelto a casa. Me lavé con tu pastilla de jabón a medias, me sequé con tu albornoz, me lavé los dientes con tu cepillo, que se había quedado en el lavabo como una bandera raída sobre una fortaleza abandonada. Me lo restregué contra los dientes, escarbé en la boca entre la lengua y el paladar, y luego lo puse de nuevo allí en posición vertical, con las cerdas rebeldes. El espejo era más bajo que yo, me cortaba la cabeza, y pensar que hubo un tiempo en que tenía que auparme para que pudieras verme la cara. Salí del baño casi sin secarme, con las gotas detrás que marcaban el camino. Apagué todas las luces excepto la de la mesilla de noche. Después saqué de la maleta el pijama, me lo puse y me acerqué a tu cama. Me dejé caer encima, derrumbado en busca de un rebote; luego me metí dentro. Me parecía notar tus huesos, allí dentro, como si estuviera acostado entre el esqueleto y los músculos, y no debiera moverme para no hacerte daño.

Nos encontramos el uno al lado del otro, con la toalla en los hombros, el cuello echado hacia atrás, y una señorita lista para sujetarnos la cabeza. Cuando Anselmi me llamó eran las ocho, el teléfono de tu casa empezó a sonar y yo lo miré con acritud, como si no tuviera derecho a sonar, ahora que tú ya no estabas. Pero me quedé quieto en la mesa, dejé que se consumiera la llamada hasta que se apagó, y después en la cocina se hizo de nuevo el silencio. Terminé de beber el café mirando hacia fuera; en el tarro del café habías dejado un resto que valía para un desayuno o tal vez dos. Después volvió a sonar el teléfono, yo giré la cabeza para mirarlo de nuevo y lo dejé morir. Lavé la tacita y la puse a escurrir en el fregadero, junto a tu plato y tu vaso. Entonces me acerqué al teléfono y lo levanté con la mano, había vuelto a empezar a sonar. Acerqué el auricular al oído y durante unos instantes no dije nada. Luego dije Diga, y pensé en la extrañeza de la primera vez en la que al teléfono me contestaste Alo, en rumano, y yo colgué, pensando que había ido a parar en casa ajena. Así que dije Alo, justo después de Diga, y Anselmi, desde el otro lado gritó ¿Te has convertido en rumano? Luego me dijo Veámonos donde el barbero y colgó.

Anselmi maullaba de placer antes incluso de comenzar, yo notaba a la chica detrás de mí buscando la temperatura del agua con las manos, probándola en la piel antes de mojarme, una atención que no me esperaba de una extraña. Después acabamos con la cabeza bajo el agua los dos, el champú, el masaje y los dedos que pasaban por detrás de las orejas en parte para limpiar, en parte para trazar los límites, para no mojar nada más que el cabello. Anselmi se comportaba como si allí dentro todo fuera suyo, el lavabo, el champú, la toalla y el personal al completo. La chica que estaba detrás de él lo trataba casi con cariño, quizá debido a la posición, con él que no podía hacer otra cosa que quedarse quieto donde estaba con el cuello encajado en la ranura y la mirada en el techo. ¿Cómo te encuentras en esa casa?, me preguntó. Bien, gracias, dije mirando yo también hacia el techo, como si la pregunta y la respuesta pudieran converger allá arriba. Es una casa silenciosa, agregó. Después me preguntó cuánto tiempo tenía intención de quedarme, le dije Aún no lo sé, y él me dijo Claro, claro, no faltaba más, casi con una especie de pudor. Después las chicas acabaron con el champú, nos envolvieron la cabeza en la toalla y nos incorporaron. Y así nos miramos a la cara cada uno debajo de su turbante, y Anselmi dijo Pues aquí estamos, como si las palabras que se habían quedado en el techo no pudieran volver a bajar.

Hacednos el mismo corte, dijo Anselmi a las dos chicas; ellas asintieron y nos elevaron con todo el sillón presionando sobre el pedal como si estuvieran hinchando un bote. Cuando la chica empezó a peinarme le dije En realidad, yo lo quiero muy corto; me contestó Con mucho gusto. Entonces, mirándose directamente a la cara en el espejo, Anselmi me dijo Quería hablarte de tu madre, y yo, mirándome a los ojos, le contesté Me lo imaginaba. Ya sabes cómo son ciertas cosas, arrancó, pero yo lo interrumpí enseguida diciendo solamente No. Tu madre era una mujer excepcional, que se recuperó intentando otro camino. Se quedó en silencio durante un rato, y se

veía que ya no buscaba más pensamientos, que no estaba midiendo sus palabras sino tan solo ajustando en el rostro una expresión no demasiado aburrida. No sabes qué decirme, le dije volviéndome hacia él, rompiendo la mediación de los espejos. No, me contestó después de haber estado en silencio y de haber alejado con un gesto nervioso la mano y las tijeras de la chica que tenía detrás. No, la verdad es que no. Me lo imaginaba, le dije incorporándome. Las chicas enmudecieron en una laboriosidad algo intimidada. Poco a poco veía los mechones de pelo caerme sobre la toalla blanca como hojas húmedas en la nieve. De vez en cuando la chica me preguntaba si debía pararse y yo le decía Siga por favor, y ella decía Con mucho gusto. Después de aquel No, Anselmi no volvió a decir nada ni a mí ni a la chica que le estaba terminando su corte de cabello habitual.

¿Cómo murió?, le pregunté cuando salimos. Anselmi se encendió un cigarrillo y comenzó a caminar. ¿Que cómo murió? Como mueren todos, dijo. Y añadió Pum, como si tú hubieras saltado por los aires. El corazón. Se detuvo, se volvió hacia mí, dijo Se dejó morir. Me miró como si fuera un desafío, esa verdad, como si quisiera arrojarme encima tu cadáver. No entiendo, le dije sujetándolo del brazo. No hay mucho que entender, respondió liberándose de mi mano. Se fue pudriendo ella sola, destruyéndose día a día. Pero ¿sabes cuánto apestaba?, me preguntó asqueado, ¿sabes que ya no se lavaba? Pero ¿sabes lo mucho que bebía? ¿Sabes lo repugnante que puede llegar a ser una mujer que se pudre? No, dije. Y tampoco sabes lo que se siente al encontrársela delante, muerta desde hace días, hinchada, cuando te llaman los vecinos. Eso es, no lo sabes, muchacho, porque no eres más que un crío. Nos miramos a la cara mientras la gente pasaba a nuestro lado, alguno se volvía hacia nosotros para mirar después otra vez hacia la calle. ¿Y tú dónde estabas?, le grité a la cara. Miró al suelo y luego alzó los ojos hacia mí y me dijo ¿Y tú?, dándome golpecitos con un dedo en el pecho.

Me quedé inmóvil, Anselmi se había ido, me había dejado allí con esa pregunta, aún podía sentir la presión de su dedo. Lo vi alejarse, caminando como quien sabe que lo están mirando, poniendo intención en todos sus movimientos. Así que conseguiste por fin asustarlo, encontrarte allí, los vecinos que notaban tu olor pasando por debajo de la puerta, extendiéndose por toda la planta, bajando las escaleras. Se habrán estado mirando durante días, sin saber qué hacer, habrán llamado a la puerta, habrán tocado el timbre. Luego, por fin, alguien habrá hecho una llamada telefónica, Anselmi habrá llegado con sus gafas de sol, habrá abierto con las llaves y se habrá llevado las manos a la nariz, y se habrá dado la vuelta, habrá mirado a los vecinos asomados a la puerta.

En ocasiones intentabas hacer un pavo, y todas las veces acababa quemado en el horno. Volvías de tus periplos, decías Esta noche te voy a hacer un pavo gigante, luego mirabas a papá e inmediatamente te corregías, Os voy a hacer un pavo gigante. Cuanto más largas eran tus ausencias, con más ganas volvías de ponerte ante los fogones. Decías Fuera de mi reino, dejadme trabajar. Pero después no sabías dónde estaban las cosas, te oía abrir y cerrar puertas y cajones, maldecir toda la creación, dejar caer las cosas al suelo. Hasta que papá aparecía, entraba en la cocina siempre justo un momento antes de que lo llamaras, como si estuviera allí por casualidad. Cuando salía todo estaba más silencioso, tú empezabas a cantar, a abrir los grifos y a encender el gas. Papá me pasaba por delante y me guiñaba un ojo, que era la complicidad de hacerte feliz. Salías de la cocina todo el rato, deambulabas por la casa con el delantal en la cintura solo para dejarte ver. Luego volvías a la cocina y trasteabas con ollas y cubiertos de madera, en parte era como jugar a las cocinitas, en parte jugabas a hacer el papel de esposa y de madre.

El pavo, al principio, era para ocasiones especiales, después se volvió típico de tus regresos cada vez más raros. Íbamos a comprarlo juntos, tú que decías Deme un buen pavo y el carnicero que te respondía Mire qué preciosidad, levantándolo como un bebé. Después nos lo envolvía y lo llevábamos a casa encerrado en la bolsa, yo lo intuía desde fuera acurrucado en la oscuridad, escondido como un clandestino en el remolque de un camión. En casa lo sacabas de la bolsa y lo desenvolvías, lo golpeabas desnudo contra la superficie de mármol de la mesa y después le sacabas las entrañas con una cara de disgusto que miraba hacia otro lado. Las tripas me la enseñabas en la mano, me decías Mira lo que somos por dentro, yo te contestaba No soy un pavo, y después echaba a correr a la otra habitación. Una y otra vez decías Es la última vez que hago pavo, te costaba demasiado esfuerzo, asco y violencia. Pero después volvías a marcharte y estabas fuera mucho tiempo, y entonces el pavo regresaba para dejarse torturar en nuestra mesa de la cocina.

Las noches en las que preparabas pavo, me decías Estate atento para que no se escape. Decías No te puedes fiar de un animal así. Me encendías la luz del horno, yo veía desde detrás del cristal que estaba inmóvil, sin ningún deseo de huir, mirándolo desde fuera. Me acuclillaba allí delante, con los brazos cruzados sobre las rodillas y el trasero entre las piernas casi apoyado en el suelo. Allí estábamos quietos, enfrentándonos, apoltronados cada uno en su función, la de centinela yo, la de víctima sacrificial el pavo. Tú, de vez en cuando, pasabas a mi lado, me apoyabas una mano sobre la cabeza y decías ¿Cómo está nuestro pavo? Me volvía hacia ti, girando la cabeza dentro de tu mano, y contestaba Está durmiendo, pero suda. Lo que era seguro, en cualquier caso, era que no tenía ninguna intención de poner los pies en polvorosa. Luego te ibas y yo me quedaba allí, con el calor que se desbordaba del horno, y que me parecía la forma que tenía el pavo de ponerse en contacto conmigo.

Viéndolo, no parecía tener mucho que decir, pero luego estaba el calor que desprendía, el lenguaje que el pavo utiliza cuando está encerrado dentro de un horno.

Entonces ocurrían esas cosas que hacían que se quemara. Yo, al cabo de un rato, me hartaba de verlo sudar tanto. Empezaba a sudar yo también, primero me quitaba el jersey, después el niqui y luego ya no podía más. Así que me iba a mi habitación a jugar, tú no te preocupabas de vigilar el pavo en el horno, y en el horno el pavo se cocinaba mucho más de lo previsto. Desde mi habitación te oía gritar, al principio casi divertida, después cada vez más enfadada, furiosa al final. Entonces comprendía que había ocurrido de nuevo, el pavo se había quemado. En los últimos tiempos, cuando sucedía, tirabas las cosas al suelo, dabas golpes con los puños en la nevera, a veces incluso te echabas a llorar. Al principio, papá acudía en tu auxilio cuando llorabas; más tarde, cuando estaba claro que si volvías a casa era solo para prepararte para irte de nuevo, no volvió a dejar que lloraras entre sus brazos. Se quedaba quieto en el salón, delante de la ventana, y yo en parte lo miraba; en parte no sabía lo que hacer. Una vez corrí a la cocina, te encontré sentada en el suelo, con la espalda contra de la puerta de la nevera, y me señalaste el pavo carbonizado, el horno abierto de par en par, y todo el calor que salía. Cocido o quemado, en todo caso, acababas sacando siempre el pavo a la mesa. Y cuanto más quemado estaba más parecía un reto. Nos lo ponías en el plato tal como estaba, con rabia. Y nos lo comíamos inclinados sobre él sin quitarle siquiera la piel, ennegrecida, sin mirarnos ninguno de los tres a la cara.

Papá dejó de acompañarte al aeropuerto un lunes en el que fuera estaba lloviendo. Hasta entonces, el momento en el que te ibas era cosa de los tres, papá que ponía en marcha el coche en el sendero y lo dejaba allí para que fuera calentándose y nos esperaba. Cargaba las maletas, limpiaba las ventanas, quitaba los papeles de los asientos. Tú y yo llegábamos siempre mucho después, tú con tus olvidos en el umbral y yo detrás de ti como para repasar el rastro que dejabas. Papá estaba esperando al lado del coche, que entretanto seguía hirviendo por su cuenta. Cuando por fin aparecíamos, tú y yo, era siempre a la carrera y, a fuerza de olvidos, el adelanto con el que queríamos salir se transformaba siempre en retraso. Así que papá nos abría la puerta, tú gritabas Dios mío, que pierdo el avión, y yo me quedaba agachado en el asiento de atrás para evitar el roce. Al aeropuerto, al final, por pura casualidad llegábamos a tiempo, tú y yo bajamos delante de las salidas, papá se iba a aparcar. El equipaje lo facturábamos siempre juntos, yo con una de tus maletas, como si fuera a marcharme contigo. Siempre hacíamos la broma del peso, la señorita pesaba primero tus maletas, y tú que decías Y aquí está el resto del equipaje. Todas las señoritas se echaban a reír cuando decías eso, y me hacías montar en la báscula y me decían lo que pesaba, como equipaje. Después me decías Baja, si no quieres acabar dentro de las tripas del avión, y yo daba un brinco enseguida mientras las otras maletas se las llevaba la cinta transportadora. Lo último que veía de ti era la inspección que te hacían en la zona de embarque, siempre te pitaba algo y los policías se apartaban contigo. Yo al principio miraba a papá, cuando el policía se acercaba a ti, pero él me ponía una mano cálida en la cabeza. Mientras hablabas con el policía me mirabas a mí, al otro lado, y te entraba la risa, me entraba la risa a mí también.

Después papá dejó de acompañarte al aeropuerto. La noche anterior se había presentado tu socio; cuando llamó a la puerta ya era tarde, hacía poco que yo estaba encerrado en mi habitación. Me senté con los juguetes cerca de la puerta, para oír lo que teníais que deciros a esas horas de la noche. Pero fuera estaba lloviendo a cántaros, la lluvia golpeaba contra las ventanas y los truenos se comían la conversación. Así que no fui capaz de entender mucho, los que hablabais erais casi únicamente tu socio y tú, y papá, de vez en cuando, hacía preguntas que sonaban tajantes. Por las voces os imaginaba sentados en la mesa, y vuestros tonos no eran de los que pueden mantenerse entre el sofá y el sillón. Después, por primera vez oí gritar a papá, su voz había ido creciendo lentamente, como si estuviera inflando el salón, resoplido a resoplido, con un odio que no había visto nunca en él. Crecía y parecía que nunca iba a detenerse, lo sentía sofocando el aire, presionando las paredes y después la puerta de la habitación. Yo estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la puerta, y tenía la sensación de que debía empujar para contrarrestar esa furia, para evitar que de repente en la casa se abriera todo de par en par, y el odio y la tormenta se mezclaran en un solo viento. Te oía repetir el nombre de papá en voz baja, pero casi sin convicción, como si estuvieras esperando esa ira desde hacía

tiempo. Tu socio parecía como si ya no estuviese allí, tal vez la voz de papá lo hubiera echado de un soplo por debajo de la puerta. Pero después todo aquel odio desapareció, el viento se detuvo de golpe, y paredes y puertas volvieron a caer como velas en bonanza. De ese modo, la lluvia reanudó su repiqueteo en las ventanas, y la puerta de casa se cerró, llevándose lejos a tu socio.

El lunes por la mañana debías marcharte. Cuando llegué a la cocina vi a papá sentado, desayunando, tú que corrías detrás de tus olvidos, las últimas cosas aplastadas a fuerza de puños en la maleta. A pesar de la tormenta de la noche anterior, el salón estaba en orden. Me lo había imaginado patas arriba, los libros por el suelo, las cortinas corridas contra los muebles pero, en cambio, estaba tal como lo había dejado antes de que llegara tu socio. Tú me cogiste de la mano, abriste la puerta de mi habitación, encendiste la luz y me empujaste dentro. Miré a papá y comprendí que esa mañana no iríamos a acompañarte al aeropuerto. En días normales papá ya estaría fuera, en pie junto al coche con el motor en marcha esperando a que llegáramos. Ahora estaba allí y miraba hacia otro lado. Me dijiste ¿Me acompañas tú en taxi?, y yo te dije Claro que sí, antes incluso de que terminaras la frase. Así que nos vimos en un taxi, los dos sentados detrás, el conductor que entraba en casa para recoger las maletas. Me preguntaste si había oído algo durante la noche, y yo te contesté con una cara a medias, lista para decir que sí o para decir que no, dependiendo de si querías hablar de ello o no. Me dijiste Ya sé que lo oíste, y yo inmediatamente asentí reclinando la cabeza sobre el pecho. Yo a papá ya no lo quiero, me dijiste soltando el aire de una sola vez como si tuvieras miedo de decirlo, y cuando se te acabó el aire comprendí que no ibas a decirme nada de tu socio. ¿Y papá?, te pregunté, y tú me contestaste Papá ahora ya lo sabe. Después te pregunté ¿Y yo?, y tú me dijiste Y tú estás aquí conmigo. Luego, en un momento llegó el aeropuerto, el taxi se detuvo en salidas, el conductor bajó y te dejó las maletas en la acera. Nos quedamos unos instantes en el taxi solos tú y yo, y antes de bajarte me dijiste Venga, no pongas esa cara. Después cerraste la puerta, le diste el dinero al conductor, y le dijiste Llévelo de vuelta. Te acercaste a mi ventanilla y tamborileaste en ella un saludo, me lanzaste un beso y te metiste por la puerta giratoria del aeropuerto. El taxista se subió al coche, se volvió hacia mí y dijo Muy bien, jovencito, ¿adónde vamos? Pero yo sabía que no era necesario que le contestara.

Estábamos cada uno a un lado de la calle, los dos mirando a nuestro alrededor para no mirarnos a la cara. Monica me había dejado una nota por debajo de la puerta, un sobre y una hoja de papel en la que estaba escrito únicamente Procura encontrarte en el Intercontinental a las seis. Lo había escrito con ese tono perentorio, con la dentadura arrogante de Anselmi. Y sin embargo, llevaba su escritura redonda y adolescente, con globitos suspendidos por encima de la i y esa firma, Mony, redonda también y enfatizada al pie de la hoja. Y de ese modo estábamos ahora yo a un lado de la calle y ella al otro, los semáforos de Bucarest que contaban al revés, desgranando los números hacia atrás, como si estuviera siempre a punto de comenzar algo. Cuando el semáforo llegó al cero, Monica me hizo un gesto para que me acercara a ella, señaló un coche que parpadeaba a su lado. Me dijo Perdóname, mirando al Dacia, después añadió Es de mi padre. Monté, y cuando arrancamos me recordó al primer coche que tuviste tú, en el que había que gritar para conseguir que te oyeran. Es simpático, le dije mientras lo hacía toser al arrancar en un semáforo. Es un asco, me dijo ella dando un tirón de la palanca de cambio, como si fuera un palo que hubiera que quitarle de la boca a un perro. A mí me parece simpático, repetí, me recuerda al primer coche que tenía mi madre. ¿En Rumanía?, me preguntó mientras proseguía con su particular pugna con el cambio. No, en Italia. En Italia no hay coches tan asquerosos, replicó ella mirando hacia la calle.

Al cabo de un rato estábamos fuera de Bucarest, y yo casi no me había dado cuenta. Nada más salir de la ciudad, Monica me dijo Conduce tú entonces, si te cae tan simpático. De modo que me puse al volante del que para mí había sido tu primer coche y no el automóvil del padre de Monica. Las marchas, en efecto, solo podían cambiarse a base de tirones de la palanca, como si fuera un palo que hubiera que quitarle de la boca a un perro. Monica me miraba y se reía. ¿Te sigue cayendo tan simpático?, me preguntó cuando el Dacia se detuvo en medio de la carretera. Bastante simpático, respondí por despecho, mientras el motor rebuznaba y yo me esforzaba en vano por ponerlo en marcha. Poco después, dos señores nos empujaron para librarnos del motor ahogado, con la expresión cohibida de quien quiere que el esfuerzo dure lo menos posible. El coche se puso por fin en movimiento, a los señores los vi por el espejo retrovisor, refrenaron la carrera y se detuvieron después mientras nosotros nos alejamos, con los brazos fuera en señal de agradecimiento. Simpático, ¿no?, le pregunté acabada la emergencia. Ella me dijo Me haces gracia, pero la verdad es que sí. Pero es un asco, añadió rápidamente. Luego, tras un corto silencio dijo Con este nos íbamos de vacaciones, mi madre, mi padre y yo. Me miró para ver mi reacción, casi como si fuera un secreto el hecho de que hubiera tenido una vida antes de todo aquello, antes de que esas naves de colores desfilaran a nuestro lado, antes de Anselmi. Como si fuera un secreto que había sido niña. ¿Cuándo?, le pregunté. Hace mucho tiempo contestó, como si hubiera pasado un siglo, como si estuviera en plena vejez y no en el medio de sus veinte años. Yo también iba en él de vacaciones, dije

pensando de nuevo en ese Dacia como en tu primer coche. Y durante unos instantes fuimos niños juntos, Monica y yo, los dos sentados detrás oyendo desde lejos las voces de los demás, a remojo en el estruendo del motor.

Monica empezó a rebuscar en la guantera del coche, sacó viejos llaveros, tarjetas postales y otras cosas que no podía ver con las manos en el volante. A cada objeto que sacaba gritaba ¡No! y se reía después. A continuación, arrebatada por ese furor, se deslizó entre nuestros dos asientos, y de un salto acabó detrás, con el coche que se tambaleó, y yo que, riéndome, le decía Despacio, que vamos a volcar. Mira que incluso las cosas simpáticas, sobre todo si están un poco escacharradas, pueden volcar. Y así se quedó atrás, tumbada en el asiento, hablándome de las vacaciones con sus padres, en las montañas o en el mar Negro, de su pueblo que estaba en el campo y donde tal vez ya no quedara nadie. Por el retrovisor no podía verla, solo las piernas cuando las levantaba y apoyaba los pies contra el techo. Yo seguía yendo en la misma dirección, a veces le preguntaba por el camino y ella decía Todo recto, todo recto. Me hablaba de ese pequeño pueblo reclinado sobre los prados, del aburrimiento dichoso de aquellos días de verano. Después empezó a cantar, oía su voz llegarme desde atrás en medio del estruendo. Y no le decía nada, dejé que cantara y levantara los pies para demostrarme que aún seguía allí. Se interrumpió un momento, se incorporó, se me acercó a la nuca y me dijo Ya no me acordaba de esas canciones. Se sacaba las palabras de la boca con una expresión sorprendida y radiante, como dinero olvidado en los bolsillos. De repente, gritó un ¡No! aún más sorprendido que todos los que había gritado hasta entonces. ¡Mi manta!, gritó riendo y dándole palmadas. Nos parábamos en los prados, añadió, y nos tumbábamos allí, sobre la manta. Entonces me dijo ¿Nos paramos? Yo la miré, sonreí, le pregunté ¿Dónde? Aquí, dijo señalando un lugar cualquiera en medio de los miles de prados que nos perseguían a cada lado. De manera que dejamos el coche y corrimos cuesta abajo. Y luego nos tumbamos, en la noche, que ya estaba casi allí a pesar de que el cielo siguiera encendido. ¿Para qué querías verme?, le pregunté. Monica apoyó la cabeza en mis brazos abiertos detrás de la nuca. Porque quería decirte unas cosas que se me han olvidado, contestó riendo.

La vi entrar en el hotel, y parecía que no iba a salir nunca. Cuando Anselmi nos despertó ya era por la mañana, Monica y yo estábamos sobre la manta en medio de un prado entrelazados como los dedos de dos manos. Noté el teléfono de Monica que vibraba en la pierna, se lo había metido en el bolsillo y estaba abrazada a mí para no sentir frío. Abrió los ojos y, luego, ante el sol, volvió a cerrarlos. Cuando contestaba al teléfono, decía Digo, y no Diga; hasta entonces no me había dado cuenta. Al otro lado estaba Anselmi, que como era habitual gritaba hasta tal punto que yo también lo oía, a pesar de los coches en la carretera, de los tractores en los campos y de algún avión que nos pasaba por encima de la cabeza. Monica volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y se incorporó, me dijo Buenos días, como si estuviéramos en la intimidad de una habitación y no en un prado con camiones que corrían unos metros más allá. Le di los buenos días, me incorporé yo también, miré a mi alrededor y le pregunté ¿Dónde estamos? Ella me dijo No lo sé, pero tenemos que irnos, dijo apoyándose con una mano en el suelo y poniéndose en pie. ¿Ha ocurrido algo?, le pregunté mientras la veía arreglarse el pelo y quitarse los hierbajos del jersey. Tengo que limpiar una mierda, respondió de nuevo con la lengua manchada de Anselmi, y luego, sin embargo, me sonrió con todos los globitos sobre las íes. Así que me levanté yo también, Monica recogió la manta, la dobló y se la puso debajo del brazo. Entonces, de repente me empujó hacia adelante riéndose y echó a correr hacia el coche. Yo corrí tras ella con el brazo extendido para agarrarla del jersey.

Cuando detuvo el coche, Monica dijo Espera aquí. Luego se bajó, se introdujo por la puerta del hotel y la vi hablando en la recepción con los codos apoyados en el mostrador. No me había explicado nada de lo que iba a hacer, solo Limpiar una mierda y Espera aquí. Así que me quedé sentado en el interior del Dacia de su padre; solo ahora que ella no estaba allí notaba el olor que había dentro, un fuerte olor a camisas de tela escocesa y a hombres con la piel gruesa. Al cabo de un rato salí, di unas vueltas arriba y abajo por el estacionamiento, con los coches de Bucarest que pasaban, se adelantaban, tocaban el claxon en el tráfico. Monica apareció por fin en los escalones y me hizo un gesto con el brazo para que me acercara. La seguí primero al vestíbulo, luego al ascensor, luego nos paramos en el sexto piso. Me metió en la habitación tirándome de un brazo, cerró la puerta y me dijo Tienes que ayudarme. Me senté al borde de la cama. Hay que buscar un anillo de oro, me dijo. ¿Una alianza?, le pregunte. Monica asintió. Anselmi llamaba continuamente, quería saber si había aparecido el anillo, si Monica había mirado bien en cada esquina de la habitación. Es de un cliente de Anselmi, me explicó enrollando las alfombras de la habitación, después, durante un rato no volvió a decir nada. Vosotros solo venís aquí en busca de chochitos, agregó, y yo, instintivamente, desvié la mirada, no quería verle la cara cuando hablaba así. Era lo mismo que me había dicho cuando nos conocimos, pocos minutos después de que nos presentaran. Al rato estaba ayudándola a buscar la alianza del cliente de Anselmi, para conjurar con ella una situación embarazosa ante

alguna mujer que lo esperaba. De modo que deshicimos mantas, dimos la vuelta a colchones, metimos brazos en el inodoro, vaciamos los cajones vacíos de los armarios, sacamos las botellitas y los aperitivos del interior del mueble bar. Monica buscaba con vehemencia y me transmitía angustia a mí también, los dos jadeantes y en camiseta y Anselmi llamando por teléfono. Al final acabamos por el suelo sudorosos, codo a codo, frente a una habitación por la que parecía haber pasado un ladrón, o la policía. Y quienquiera que hubiese pasado de los dos se había llevado con él la alianza de aquel hombre.

Nos encontramos sentados en las escaleras fuera del hotel, Monica que trataba de justificarse con Anselmi, y yo que, a la enésima llamada telefónica, le cogí el móvil y se lo apagué. ¿Qué haces?, me preguntó alejándose de mí con la cara. Le dije Ya está bien. Es que se va a enfadar, me dijo encendiendo otra vez el teléfono. Y, en efecto, Anselmi volvió a llamar; tras la llamada Monica lanzó el teléfono contra el suelo, se deshizo en varios pedazos. Cuando me acerqué estaba llorando, tratando de reconstruir el teléfono, agachada en el suelo, y entre sollozos repetía Pero ¿por qué?, pero ya no me veía.

Christian me dejó delante de la nave. Acercó el coche al bordillo y me dijo Llámame, con el pie en el embrague y la mano en la caja de cambios. Lo hizo sin girarse, manteniendo la mirada obstinadamente contra el cristal y dejando la nave a la derecha, más allá de mi ventanilla. Luego se marchó en medio de la campiña, con una nube de polvo y coceando algunos guijarros hacia mí. Las banderas de Italia y de la Juventus seguían ondeando en lo alto, y un asno perezoso estaba acurrucado al borde de la carretera. A su alrededor solo las sombras diagonales del atardecer y la vibración del coche, que se atenuaba pero no llegaba a desaparecer. Miré tu nombre colgado como un descuido, la bandera que le daba aire cuando decidía el viento. Entonces la verja se abrió de repente, con un sonido metálico, las dos hojas empezaron a abrirse, y por el medio se coló una camioneta que se lanzó a la carretera. Así que de repente yo estaba allí delante, los trabajadores me miraban como si pasara por casualidad por el medio de los campos. Me miraban con la misma intensidad que habrían empleado si en mi lugar hubiera estado el asno que estaba acurrucado a pocos pasos de allí. Entonces, igual que se había abierto, la verja se cerró, di un paso atrás para no chocarme con ella.

En el medio de la verja se abrió una pequeña puerta, antes ni siquiera se veía, ahora allí estaba Anselmi. Me metí por ella, bajando la cabeza para no golpearme y me encontré en el patio. La puerta se cerró a mis espaldas con un golpe seco. Todo estaba igual que el día en que llegué, carretillas elevadoras que pasaban de un lado a otro y los obreros que se detenían por turnos a fumar con los guantes en los bolsillos traseros de los pantalones. Anselmi me tomó del brazo, dejamos detrás esos ruidos y entramos, con las enormes aspas del ventilador que desalojaban del techo a las moscas, al calor y al fuerte olor del sudor de tanta gente reunida. Se ha roto el aire acondicionado, dijo Anselmi. Dentro era igual que la empresa que tenías en Italia, adonde me llevabas después del colegio. El mobiliario era el mismo, las salas eran las mismas, las mismas luces, incluso la galería era la misma, idéntica a aquella en la que me balanceaba esperándote. Lo único, que fuera no estaba tu coche aparcado, no estaba nuestra casa, no estábamos nosotros. Fuera de allí había otro mundo, ese que en el dibujo se hallaba al otro lado del río, tres horas de avión, veinte de coche, treinta horas de autobús más allá. Fuera se hallaba ese lugar del que me hablabas, esa tierra en la que todo era posible. Se hallaba el Lejano Oeste. Anselmi no decía nada, me miraba orgulloso. ¿Te recuerda a algo?, me dijo luego con una sonrisa. Por supuesto, le dije apartando la mirada. Seguimos siendo los mismos, agregó con orgullo, y luego añadió Es como si fuera magia. Lo dijo con el tono que habría empleado con un niño, como si yo siguiera siendo el niño que se balanceaba en la galería de aquella empresa idéntica a esta. Y la verdad es que parecía como si la hubierais cargado en un camión, levantándola en vilo desde Italia para depositarla después aquí, en medio de la llanura rumana, con el calor, y los indios escondidos detrás de los arbustos.

La oficina del Anselmi era idéntica a esa en la que yo hacía los deberes cuando tú ibas y venías por el pasillo, con los empleados que caminaban a tu lado durante una

parte del camino, te hablaban y luego volvían sobre sus pasos. Anselmi cerró la puerta detrás de mí, rodeó la mesa, se quitó la chaqueta y se sentó en la silla. Me senté en la silla al otro lado de la mesa, con las rodillas apoyadas en el frontal del escritorio. Recogió unos cuantos papeles sueltos, los apiló en un montón a la buena de Dios y luego, mirándome, me dijo Lorenzo. Detrás de mí, oí abrirse la puerta, vi a Anselmi hacer un gesto tajante, la oí volver a cerrarse. Lorenzo, repitió, yo que lo estaba mirando en silencio. Tu madre, dijo después de un momento en el que se miró las palmas de las manos, siempre conservó su participación, nunca quiso venderla. Después me escrutó la cara en busca de una reacción. Supongo que te habrás dado cuenta de ello en estos años, dijo provocativo, aludiendo a tus transferencias bancarias mensuales. Sí, contesté, me he dado cuenta. Bueno, dijo, mirándose las manos de nuevo, me gustaría ser yo quien comprara esa cuota suya. Confío en que nos pongamos de acuerdo. Saqué las manos de debajo de las piernas y las dejé caer a lo largo del cuerpo, a medio camino entre el suelo y la silla. Anselmi siguió hablando, pero yo ya no lo oía, lo veía mover los labios, gesticular, mirarse las palmas de las manos. ¿Estamos de acuerdo?, me dijo dando la vuelta a la mesa y, apoyándome después una mano en el hombro. No lo sé, le respondí, poniéndome en pie y sacudiéndome su mano de encima. Anselmi se echó a un lado, me dijo Si no quieres venderla, siempre te queda la posibilidad de venir a trabajar aquí, ya sabes cómo son las cosas.

Salí después de haberle dado la mano. Dijo Tenme al corriente. Cerré la puerta tras de mí, y me asomé a la galería, con los codos en la barandilla. Por debajo estaba pasando Monica, que me hizo un gesto de saludo con la mano y me sonrió. Bajé al patio y vi una carretilla elevadora transportando una caja en la que estaba dibujado tu huevo para hacer adelgazar a la gente. Desde ahí salían tus artefactos e iban por todo el mundo, hacían adelgazar a los regordetes chinos, rusos, congoleños. Vi la carretilla elevadora desaparecer en el cobertizo. Después fui hasta la puerta y salí fuera. Christian estaba ahí, sentado en el coche, fumando con la ventanilla bajada. Me vio salir y arrancó el motor. El asno no se dio la vuelta.

Por la forma en que te fuiste la última vez, estaba claro que no regresarías más. Me bastó con oírte decir Volveré pronto, que era tu manera de evitar justificarte, que nos abrazáramos con fuerza, que nos dijéramos cosas. Papá se había ido a trabajar antes de lo habitual, hacía ya mucho que no te acompañaba al aeropuerto. Delante de la casa estaba tu socio, hablando por teléfono sentado en el coche, y en el coche siguió incluso cuando te vio salir con las maletas. ¿Lo he cogido todo?, te preguntaste como te preguntabas siempre en la puerta, pero aquella vez querías decir realmente todo. Te quedaste allí con la mano en el picaporte, un pie fuera y toda tu persona dentro. Después me dijiste Volveré pronto, y me mandaste un beso. Añadiste Te voy a hacer un regalo que ni siquiera puedes imaginártelo. Yo no fui hacia donde estabas, como hacía siempre cuando te ibas, no corrí hacia ti, en parte como declaración de guerra y en parte para pedirte que me llevaras contigo. Dijiste Volveré pronto, y comprendí que debía quedarme allí donde estaba. De modo que permanecí en pie al lado del sofá, viendo cómo te ibas, por la puerta abierta podía ver el coche de tu socio. Me detuve a unos metros de ti y te miraba, igual que los perros cuando comprenden que se van a quedar en casa. E, igual que los perros, miré la puerta cerrada cuando tú ya te habías ido.

Cuando papá regresó, hacía ya varias horas que te habías ido, yo estaba sentado en el sofá viendo la televisión. Entró e hizo un recorrido por las habitaciones, antes siquiera de decirme Hola. Deambulaba por la casa nervioso, tenía unos ojos que nunca le había visto en la cara, con rabia y miedo dentro. Tal vez fueran los ojos que tenía esa noche en la que su odio había inflado la casa, cuando tuve que sujetar la puerta con la espalda para que no se abriera de par en par. Daba vueltas furioso por todas las habitaciones, como para asegurarse de que no estuvieras escondida en alguna parte. Después vino a sentarse a mi lado, puso su mano sobre mi cabeza y la dejó allí, mientras yo mantenía los ojos fijos en el televisor y trataba de averiguar con la cabeza lo que pasaba en el interior de su mano. Cogió el mando a distancia y presionó el botón que quitaba el volumen. A continuación se volvió hacia mí, tomó mi pie en su mano, me lo apretó. Me preguntó ¿Qué estabas viendo?, y yo solo dije No con la cabeza, como diciendo No es esa la cuestión. ¿Te das cuenta de lo que ha pasado?, me preguntó, y yo dije Sí con la cabeza, porque la cuestión era precisamente esa. Luego se volvió hacia el televisor, aflojó la presión sobre mi pie y me dijo Tu madre se ha ido. Lo dijo desarmado, casi extenuado, ya sin rabia ni miedo, mientras su mano soltaba del todo mi pie. Repitió Tu madre se ha ido, y esta vez decir Tu madre era subrayar toda la distancia que había entre él y yo. Nos quedamos viendo la televisión, los dos apoyados contra el respaldo, gente que hablaba en el interior de la pantalla y nosotros allí fuera sin poder escucharlos. Allí estábamos, solo el uno junto al otro sin decirnos nada, cada uno con su propio apellido, y la repentina insensatez de permanecer allí sentados en el sofá como si yo fuera un hijo y él fuera de verdad mi papá.

Pasaron muchos días en los que no supe nada de ti, una vez incluso llamó tu madre por teléfono, dijo Hola, ¿está mamá?, soy la abuela, y yo creí que se habían confundido de número y colgué. Después acabaste llamando, cuando habían pasado dos semanas, me dijiste Perdona, perdona muchas veces, pero no tenías nada más que añadir. Estoy preparándote el regalo, dijiste para ir en contra de mi silencio, pero la cosa va para largo. Por detrás oía a tu socio que también estaba hablando con alguien, los dos en el coche hablando cada uno por su cuenta. Por debajo de vosotros se oía el camino, porque me habías dicho que el Lejano Oeste estaba lleno de caminos y de gente que iba a toda prisa para llegar antes que los demás. De vez en cuando me llegaba un ruido un poco más fuerte, tú me decías Ya sabes cómo son las carreteras aquí, y yo contestaba Sí. Después se cortó la línea mientras hablábamos y ya no volviste a llamar. Cuando papá volvió le dije que habías llamado por teléfono y le dije que me habías pedido que le diera recuerdos. Un día, unas semanas más tarde, preguntaste por él. Papá estaba fuera quitando las hojas de la acera y metiéndolas en un saco, de eso se encargaba él ya antes de que te marcharas. Dejé el auricular sobre la mesa y me asomé a la ventana, le hacía gestos con los brazos que él no veía, de modo que salí, me acerqué hasta él y le dije Es mamá al teléfono. Se quitó los guantes lentamente, mirando hacia la ventana como si tú estuvieras dentro de casa. Sigue tú, me dijo entregándome la escoba, y luego desapareció por la puerta. Me entraron ganas de cantar, mientras barría las hojas, como si no quisiera oír lo que teníais que decir. Fue la primera vez que dijiste Llama a Emilio, y no Llama a papá. Como de la nada se había convertido en mi padre, y como de la nada había dejado de serlo. Y cuando volvió a salir, una vez acabada la conversación, se había convertido en Emilio también para mí.

Seguiste recordándome el regalo de mes en mes, y cuando me lo hiciste habían pasado los años. El primer año se me fue con las llamadas telefónicas de los domingos por la noche, te hablaba sentado en medio de tus regalos, con el cable del teléfono que desde el pasillo pasaba por debajo de la puerta cerrada y llegaba hasta mí. Me lo acercaba a la ventana, con papá que desde fuera me gastaba bromas de vez en cuando, veía el teléfono deslizarse hacia atrás, hacia la salida. En cuanto me daba cuenta me arrojaba sobre él como un jugador de rugby. Me alegraba de que estuviera al otro lado de la puerta, de no tener que mirarlo a la cara mientras trataba de jugar conmigo, porque no se le daba bien. Para él suponía un esfuerzo eso de jugar conmigo, de representar tu papel, y yo me esforzaba por dejar que lo hiciera con la esperanza de que no durara mucho. Las llamadas telefónicas de los domingos por la noche las hacías siempre a las ocho, me decías ¿Sabes que aquí son las nueve?, yo te respondía Es imposible. Tú me decías ¿Qué hora es?, yo miraba la hora, decía Las ocho, y tú contestabas Hay que ver cómo es tu madre, que vive en el futuro. Cómo eras aprendí a saberlo con el tiempo. Llegó un momento en el que esas llamadas telefónicas de los domingos empezaste a saltártelas y luego se convirtieron en mensuales. A esas alturas ya no había necesidad de prepararlas tirando del cable desde el pasillo, pasándolo por debajo de la puerta y sentándome a esperar entre tus regalos. El teléfono sonaba, yo lo descolgaba en el pasillo o en la cocina y al otro lado a veces estabas tú o, por lo general, otro cualquiera.

Un día me dijiste por teléfono Tu regalo ya está listo. Habían pasado los años, y esa promesa la había metido en una caja junto con muchos otros de tus *souvenirs*. Cuando llamabas me seguías hablando como si tuviera la misma edad de cuando te marchaste, como si en mi lado el tiempo se hubiera detenido y en el tuyo siguiera marcando el compás del modo habitual. Era como si esa hora de huso horario que nos separaba se dilatara con el pasar de los días, hasta convertirse en una distancia de años. Ya sabes, mamá vive en el futuro. Por eso, cuando me dijiste Tu regalo ya está listo, lo dijiste como si me hubiera quedado en pie al lado del sofá durante años, mirando la puerta de casa. Me dijiste Siempre quise que mis padres me regalaran un árbol y, mientras hablabas, me imaginaba un árbol de Rumanía, que llegaba por correo, papá y yo mirándolo y el cartero que nos preguntaba Dónde lo dejo. Pero tú le dabas mucha importancia a esa historia del árbol, decías que en los pueblos, cuando nace un hijo, su padre y su madre plantan una semilla en la tierra, y esa semilla se convierte en el gemelo del niño recién nacido. Así el hijo tenía un gemelo en el jardín con el que poder hablar, aunque por suerte iba vestido de manera diferente. Después el niño crecía, y el árbol también y eso se prolongaba durante toda la vida, con el gemelo plantado en el jardín y el niño que se hacía hombre y después viejo. Me contaste todo eso, y luego me dijiste Pero yo a ti no te planté una semilla porque no teníamos jardín. Después me preguntaste ¿Estás ahí?, y yo te contesté Sí. Bien, dijiste, y luego añadiste Pero te he hecho un regalo que vale más que mil árboles

plantados en el jardín.

El regalo llegó una tarde de algún tiempo después. Yo acababa de volver del colegio, había bajado en la parada del autobús, a cincuenta metros de casa. Delante de la puerta había un sobre para mí, con tu escritura y un mosaico de sellos de otro país. Entré en casa, dije Hola, Emilio y luego lo dejé en la cocina. ¿Es de tu madre?, me preguntó papá, y yo le respondí Creo que sí. Dejé la mochila en la habitación, volví sobre mis pasos y me encontré con papá sentado en la cocina delante del sobre. ¿Lo abrimos?, me preguntó procurando que no se le notara demasiado la curiosidad. De modo que abrí el sobre, dentro había una carta tuya y otro sobre que contenía una fotografía. En la foto estabas tú de pie en un prado, el viento que te volcaba el pelo sobre la cara y a tu lado un cartel clavado en el suelo en el que estaba escrito Lorenzo. Estabas sonriendo en la foto, saludabas con la mano y detrás de ti podía verse un río. El cartel plantado en el prado te llegaba a la cintura, uno de esos en los que normalmente está escrito Prohibido pisar el césped, y en cambio allí estaba mi nombre escrito por ti. Papá miró la foto, me miró a mí y luego me dijo Tu madre se ha vuelto loca. En la carta lo explicabas todo, contabas de nuevo la historia del árbol y después me explicabas que me habías comprado un pequeño terreno. Decías que comprar un terreno en Rumanía era como hacer un regalo que cada día se vuelve más grande, porque ese terreno valía cada día más. Miré la foto de nuevo, ese campo desnudo, el cartel plantado allí en medio y el río que estaba detrás de él. Al final de la carta me mandabas un beso, ni siquiera hacías mención ya a un posible retorno. Papá y yo nos miramos, yo metí la foto y el sobre en la carta, y él me dijo Acuérdate de llamarla para darle las gracias; yo le dije ¿Tengo que hacerlo?; él me contestó Sí.

Fue así como empecé a no querer hablar por teléfono contigo, y cuando sonaba por la noche hacíamos de todo para no llegar a tiempo. Las llamadas telefónicas mensuales se convirtieron en semestrales, y al final solo para felicitarnos las Navidades. Y así papá y yo, que hasta ese momento no sabíamos qué hacer el uno con el otro, nos descubrimos cómplices de algo que tenía que ver con el desprecio hacia ti.

Tu madre se presentó en casa una tarde en la que fuera todavía lucía el sol. El coche de papá estaba parado cerca de la acera, con el capó levantado y nosotros dos metidos dentro a medias, las piernas fuera y el resto engullido por el automóvil. Hacía ya días que le costaba arrancar, y aquel domingo no había habido manera de conseguir que se moviera de allí. Así que abrimos el capó y nos pusimos a desenroscar y a enroscar, papá que me decía Este es el radiador, Ahí está el motor, y yo que hacía preguntas fuera de lugar por la mera razón de haberlas escuchado ya. Preguntaba ¿Los niveles son los correctos?, o bien ¿No será aconsejable cambiar la correa de transmisión?, y él me contestaba seriamente, como si fueran preguntas con sentido y no las fantasmadas de un adolescente. Decía Sí, acabo de comprobar los niveles, o bien En efecto, ha llegado el momento de cambiar la correa. Cuando el coche de tu madre se detuvo junto a nosotros no nos dimos cuenta, metidos como estábamos en el interior del capó. Pero luego oímos que nos llamaba, oímos Disculpen y nos asomamos, papá apoyándose la mano en la espalda y diciendo, Ay, la vejez. En la ventanilla había una señora con una confección de pelo rubio en la cabeza, repitió Disculpen las molestias y luego dijo que había venido a verte. Papá se pasó la muñeca por la frente sudorosa, me miró y dijo Señora, entre, por favor.

Así conocí también a tus hermanos teledirigidos. Entraron uno a la derecha y otro a la izquierda de tu madre, de la misma altura, ropa parecida, la misma expresión de niños criados dentro de cabezas demasiado pequeñas. En el medio estaba tu madre, apoyó una mano en mi hombro distraídamente, mirando en realidad a su alrededor. Tus hermanos nos dieron la mano, solo nos dijeron su apellido, los dos el mismo. Este debe de ser Lorenzo, dijo su madre, señalándome con sus dedos huesudos, ellos asintieron y dijeron Claro. Qué mono, añadió luego mirando las fotos en las paredes, pero sin dejar de hablar de mí. Papá dijo Por favor y así se sentaron los tres en el sofá. Papá y yo nos pusimos en el sillón, yo acuclillado en el reposabrazos. Los primeros minutos tu madre se los pasó hablando solo con tus dos hermanos, como si papá y yo estuviéramos allí por casualidad y tú estuvieras a punto de llegar. Papá les explicó que estabas en Bucarest por trabajo y tu madre dijo Cuándo vuelve, casi como si no fuera siquiera una pregunta. No sabría decirle, respondió él, y lo dijo sin rabia, más para protegerte de la intrusión de esa mujer arrugada que por lamentar tu abandono. ¿Puede advertirle de que hemos pasado por aquí?, preguntó uno de tus hermanos. Puedo darles su número de teléfono, respondió papá, pero hicieron como si no lo hubieran oído, empezaron otra vez a decirse cosas en voz baja, pasándose las palabras por el sofá. Yo estaba sentado en el brazo del sillón, con las manos aún manchadas de grasa del coche y una gorrita en la cabeza que me sujetaba el pelo, me lo estaba dejando crecer. Y miraba a tu madre, su confección de pelo y la piel de la cara, que le caía al lado del carmín. ¿Ha ocurrido algo?, preguntó papá. Tu madre miró a tus hermanos, me señaló después y dijo Su abuelo ha muerto. Lo dijo con mala idea, queriendo expresar el odio que sentía por ti, y que solo podía descargar en mí, yo que

ni siquiera sabía qué cara tenía ese a quien ella llamaba abuelo.

Te llamó papá para decírtelo, yo no tenía ganas de hablar contigo, pero me quedé sentado junto a él. Te dijo que había venido tu madre con tus hermanos, que no habían estado mucho, apenas el tiempo para decirnos que tu padre había muerto. Te dijo Lo siento mucho, Lula, lo miré a la cara y le vi el pesar en los ojos. El entierro, dijo hablando despacio, se celebra mañana, me han pedido que te lo diga. Durante un rato no dijo más, se quedó con la oreja pegada al auricular, mirando un punto de la mesa. Luego colgó el teléfono, sin despedirse siquiera. Se levantó y salió fuera, abrió la puerta y la cerró. Por la ventana lo vi acercarse al coche, levantar otra vez el capó y meterse debajo. Descolgué el teléfono instintivamente y me lo acerqué al oído, como si tú aún pudieras estar allí. Me quedé sentado en la mesa hasta el atardecer, papá que no volvió a entrar en casa y yo que me sentía incapaz de salir y reunirme con él fuera. De repente oí cómo el motor se encendía, y papá que venía a llamarme al cristal. Cuando por fin entró, cenamos, y luego estuvimos viendo la televisión. Antes de irnos a la cama, me dijo que cuando te comunicó la muerte de tu padre te quedaste en silencio, solo se te oía respirar fuerte. Luego empezaste a llorar sin poder contenerte, y al final colgaste el teléfono.

Te estuvimos buscando durante una hora, Christian que no se acordaba ya de dónde te habían puesto y yo que no había llegado a saberlo nunca. Nos encontramos en medio de una ristra de tumbas todas idénticas, Christian se volvía en ambas direcciones haciéndose visera con la mano y se limitaba a decir Qué locura. Después nos separamos, él por la derecha, yo por la izquierda. Me dijo La reconocerás por la foto. De vez en cuando nos llamábamos en medio de las tumbas, gritábamos ¿La has encontrado?, ambos decíamos No y seguíamos buscando por todos lados. Le oí gritar en la distancia ¡Aquí está!, como si fueras tú la que se había perdido y estuvieras en un rincón asustada. Le grité ¿Dónde estás? Lo vi agitar el ramo de flores que te habíamos comprado antes de entrar. Cuando llegué hasta él, ya había metido las flores dentro del jarrón de ordenanza, las viejas estaban volcadas en el suelo, marchitas, detrás de él. Allí estabas tú, dentro de tu cuadrado, una losa en medio de decenas de otras losas todas iguales, un muro de difuntos a los que la muerte había reservado democráticamente los mismos centímetros cuadrados. Christian estaba limpiando tu foto como un padre que le limpia la cara a su hijo, manteniéndole la cabeza inmóvil y pasándole la servilleta por la boca y luego por toda la cara. Esa foto yo no la había visto nunca, en ella no estabas ya tan joven como te recordaba, pero aún no eras aquella en la que acabarías convirtiéndote. Era el punto de máxima distancia entre tú y yo, tal vez incluso un momento tuyo de felicidad. En la foto te reías y llevabas gafas de sol.

Christian me preguntó si podía fumar, le dije No creo que nadie se queje. Nos miramos, echamos un vistazo a la tumba que teníamos enfrente. Tenía una tumba toda para él, el muerto que estaba encerrado allí dentro, una tumba larga, baja y elegante. La suya parecía un chalé, la tuya un edificio de apartamentos del extrarradio. Christian se sentó en ella, dijo Gracias, señor Petrescu, leyendo el nombre grabado en la piedra. Yo me senté junto a él. ¿Fumaba mucho?, le pregunté a Christian señalándote con la barbilla. En los últimos años sí, respondió, mirándose los pies, como si se avergonzara ante ti por revelarme alguna de tus verdades. Sobre todo desde que llegó Monica. De todas formas, te quería, agregó. Pero le faltaba valor para volver, dijo, para miraros a la cara. Conque tú hablabas con Christian, le decías las cosas que a mí no te atrevías a decirme, por teléfono solo me hacías preguntas, me dejabas hablar y luego colgabas. Una vez llegó a comprar el billete de regreso, prosiguió Christian. Quería volver a Italia, estaba a disgusto, se sentía traicionada. No os dijo nada, porque quería daros una sorpresa. Hasta había hecho las maletas, había puesto a la venta su casa. Christian hablaba mirando el jarrón de debajo de tu foto; de vez en cuando se volvía hacia mí. Pero al final, la noche anterior, decidió quedarse, no se sintió capaz. Así que bajó, retiró el letrero, y la casa dejó de estar a la venta. A la mañana siguiente fui a recogerla, llamé al telefonillo y me dijo No me marchó. Y no se marchó, concluyó Christian. Se puso en pie, se sacó la cartera del bolsillo, y extrajo un billete de avión. Con el tiempo se ha descolorido, la fecha casi no se lee

ya. Aquí lo tienes, me dijo, quédatelo. Lo sostuve en la mano un rato, ya no se leía siquiera el destino.

El sol, mientras tanto, iba bajando lentamente; la sombra ya se había comido tu foto, estaba descendiendo sobre las flores, no tardaría en alcanzarnos también a nosotros dos. Las gafas ya no nos hacían falta. ¿Y tu madre?, le pregunté. Está en España. Me contestó antes de que terminara la pregunta. Se marchó después de la revolución, dijo; cerraron la fábrica en la que trabajaba. Allí trabajaba también mi padre. Christian hablaba con desapego, como de una cosa lejana. Yo seguía yendo aún al colegio. Todos estaban contentos de que Ceausescu se hubiera ido, dijo, estaban agotados. Luego lo mataron, las fábricas cerraron, la gente estaba muy asustada. Ya no había trabajo. Nos dijeron que esperáramos, y esperamos. Pero las cosas no mejoraban y muchos se fueron, se marcharon fuera a trabajar. Siempre nos ha tocado esperar a nosotros los rumanos. Date cuenta de que estuvimos esperando a los estadounidenses durante cincuenta años; al final nunca llegaron. Somos unos estúpidos, dijo después de llevarse un cigarrillo a la boca y haberlo encendido. Nos lo creemos todo. Tal vez nos fiemos siempre de las personas equivocadas.

Christian se levantó. Dentro de poco habrá que irse. Y entonces yo también me levanté, me acerqué a limpiarte la cara. Cuando terminé, me volví hacia Christian; estaba contento de que lo hubiera hecho. ¿Le escribimos algo?, me preguntó después. Saqué el billete del avión que nunca llegaste a coger. Total, esto ya no sirve de nada, dije. ¿Qué le escribo? Escribe Mama me dijo, que ella entiende rumano. Así que escribí Mama, y debajo firmamos los dos.

Se veía también desde tu cocina, el palacio de Ceausescu. Más que el edificio se veía la luz que proyectaba en el cielo, iluminando un trozo. Cuando me desperté aún no eran las cuatro, me incorporé de golpe, sin preocupaciones. A cada despertar en tu habitación me llamaba la atención el olor de la manta, que era evidentemente el olor que tenías cuando vivías allí. Así que me fui a la cocina a beber, encendí la luz y de inmediato me aparecí delante, reflejado en el cristal, en calzoncillos y con los ojos entrecerrados. Tuve que abrir la ventana para poder ver Bucarest, como si antes fuera necesario que desapareciera mi imagen reflejada. Así pude ver que no es cierto que las luces se apaguen todas juntas, de noche. Tal vez me hubiera equivocado. Allí fuera estaba Bucarest ahora, y estaba apagada solo a medias, una ciudad debilitada, algunas hileras de farolas que se habían quedado encendidas y todo lo demás apagado. Tal como ocurre con los aviones al despegar de noche, que dejan encendidas solo las luces de cortesía hasta que alcanzan un punto exacto en el cielo.

Fuera el viento estaba quieto, llegaba hasta el umbral de la ventana, pero luego no entraba. En la cara tenía el aire de Bucarest, asomado al séptimo piso, y bajo las piernas sentía el de tu casa, cálido, húmedo, hinchado por mi respiración nocturna y por el tiempo. Una campana dio las cuatro, busqué con la mirada una iglesia a mi alrededor, no entendía de dónde llegaba realmente, a esas horas. Ceausescu, decía Christian, ocultaba las iglesias, las colocaba en medio de los edificios, un diente que sale donde ya hay otro, y se abre paso violando la boca. Tal vez las campanas repicaran en algún lugar de por allí en medio que yo no podía ver, dentro de cualquiera de esas aglomeraciones de edificios amontonados. Ceausescu, decía Christian, levantaba las iglesias en vilo y las echaba hacia atrás. Por eso no podía oírse de dónde llegaba el tiempo cuando daba las horas. El primer día la gente se había quedado con mirada de perplejidad, al no encontrar la iglesia, se miraba con una cara que quería decir Pues fíjate tú. Así era Ceausescu, me decía Christian cada vez que me hablaba de él, de su palacio, de las iglesias o de cualquier otra cosa que lo atañía. Después sonaron las cuatro y media, llegaron antes cuatro tañidos, después uno diferente, y otra vez no los vi llegar. Tú decías que el tiempo siempre se sabe de dónde viene, y cuando lo decías señalabas la iglesia que teníamos enfrente. No te imaginabas que alguien, de noche, pudiera desplazar el tiempo, levantarlo en vilo y llevarlo a alguna otra parte.

A Bucarest al final la dejé fuera, cerré la ventana, me senté en la cocina. En el centro de la mesa había un cenicero, dentro del cenicero estaba dibujado el Palacio del Pueblo. Abrí todos los cajones de la cocina para buscar cigarrillos, no podías no haber dejado ninguno. Por fin los encontré, entre tapones de plástico, gomas elásticas, un rollo de celo, naipes y velitas de cumpleaños sueltas, herencia probablemente de alguien que te hubiese precedido en aquella casa, una familia con niños. Saqué uno de los tres paquetes abiertos que había, dos casi enteros, uno a medias, y empecé a

fumar. Apagué el cigarrillo aplastándolo contra el palacio de Ceausescu, fuera amanecía y los coches volvían a moverse. Una hora más y ya no sería posible oír a la iglesia tañer el tiempo, habría que esperar de nuevo a la noche para que volviera a arrancar. De modo que me levanté, apagué la luz y me fui a la cama. Pero cerca de la puerta vi las cajas que había subido, las que durante años habías dejado con Viarengo. Me agaché, me quedé quieto mirándolas un rato, hacía días que pasaba por delante, las tocaba y retiraba la mano. Encima de cada caja estaba escrito tu nombre y a su lado un número, como si tuvieras tu propio criterio al abandonar las cosas. Abrí una arrancando la cinta de embalar con fuerza, pero la volví a cerrar antes de ver lo que había dentro.

Y después, una por una, las volví a meter en el ascensor, esas cajas tuyas. Lo hice todo moviéndome despacio, no quería que me viera ni que me oyera nadie. Después de meterlas todas apreté el botón desde fuera, y dejé que descendieran solas, mientras yo, con pasos sigilosos, bajé los siete pisos por las escaleras, y cuando llegué el ascensor ya estaba allí. Miré a mi alrededor, el alba se estaba acercando y alguna ventana empezaba a iluminarse. Llevé las cajas al contenedor sin respirar, con la inquietud de ser descubierto, como si me estuviera librando de tu cadáver. Después tropecé, se me cayó una caja y se abrió. Salió un pequeño globo terráqueo, no mucho más grande que una pelota de tenis. Empezó a rodar por la acera, saltó con un ruido seco. Lo tomé en mi mano y lo miré, no me había dado cuenta de que te lo habías llevado. Y tampoco recordaba esa señal que habíamos hecho en él, con un bolígrafo. Te pregunté dónde estaba Rumanía, y tú me lo dijiste. Te pregunté dónde estaba África, y tú me lo dijiste. Te pregunté dónde estaban América y el Polo. Y después te pregunté también dónde estaba Via Colombo, donde nosotros vivíamos, y tú dijiste Aquí, e hiciste una cruz en el mapa. Y se te debió de escapar la mano porque la cruz, según veía ahora, estaba en medio del mar, entre el final de Italia y el comienzo de África.

En el aeropuerto de Bucarest había unas cuantas personas con la nariz hacia arriba. Decían que un avión no conseguía aterrizar a causa del mal tiempo y estaba dando vueltas por encima de las nubes. Así que todos observaban el cielo, pero en lo alto solo se veían nubes. Lo que tardamos en aparcar el coche y el avión ya había atravesado el mal tiempo, los pasajeros estaban a salvo, y todos los demás habían vuelto a mirar hacia delante. Monica sabía adónde ir, se abrió paso entre la gente, yo fui detrás de ella, persiguiendo su espalda. Delante de la puerta de llegadas ya estaban todos colocados, los hombres con los letreros, y se empujaban contra la barrera, esperando a que la puerta se abriera y escupiera las caras que se emparejaran con el nombre que habían escrito. Después, la puerta se abrió por fin, las caras se desparramaron en el vestíbulo, y poco a poco los letreros fueron acaparando cada uno a su propio hombre. Monica saludó a algunos con una sonrisa, uno de ellos se detuvo, nos dio la mano, y luego se marchó. Todos a los que Monica saludaba eran más o menos iguales, todos más o menos iguales a Anselmi. Cincuentones entrados en carnes, con barba de un par de días, con maletas algo ajadas repletas de cosas italianas que meterían en sus casas. Los reconocías también por la mirada que tenían, lo observaban todo a su alrededor con una mezcla de arrogancia y saciedad, con la arrogancia de quien es amo por partida doble al estar en tierra extranjera.

Los más jóvenes, en cambio, caminaban a toda prisa con la mirada determinada y algo vacua, mejor vestidos, con una maleta para unos pocos días y una bolsa para el ordenador. Ellos veían Rumanía desde lo alto, descendiendo con el avión, alguno levantaba la vista cuando el tren de aterrizaje tocaba la pista, después recogían sus papeles y los metían dentro de la bolsa. Trabajaban para multinacionales importantes, cientos o miles de rumanos que se afanaban para ellos día y noche. Tenían caras que no se alteraban lo más mínimo durante todo el escaso tiempo que permanecían allí, al ser recogidos en el aeropuerto, transportados luego y encerrados en las empresas durante uno o varios días. Allí dentro enlazaban reunión tras reunión, proyectaban transparencias en las paredes, corregían gráficos circulares, verificaban las cuentas, se quedaban en camisa y se aflojaban las corbatas, echaban rapapolvos con el pelo revuelto y las manos sudorosas. Durante uno o varios días se levantaban antes del amanecer y poco después ya estaban dentro de la empresa, para salir de ella cuando se había hecho de noche y los llevaban al hotel para terminar en camiseta el trabajo con el portátil en la otra mitad de la cama matrimonial. Luego, cuando el viaje de trabajo concluía, siempre había alguien esperándolos fuera de la empresa, les abría la puerta del coche y se los llevaba al aeropuerto. Cuando el avión se desenganchaba de la pista y se elevaba, ellos estaban de nuevo inclinados sobre sus papeles y tenían las mismas caras con las que habían llegado, caras que no habían salido de Italia ni por un instante.

Tuvimos que esperar casi una hora antes de poder conseguir el billete. Monica me explicó que, al tratarse de un cambio, la agencia le había dicho que fuéramos al

aeropuerto. La chica que estaba enfrente escribió algo en un ordenador, copiándolo de la hoja que le habíamos entregado. Luego se saltó a Monica con la mirada y me preguntó en italiano cuándo quería marcharme. Monica se dio la vuelta y me preguntó ¿Cuándo? Nos miramos por un momento a los ojos, como si esa pregunta tuviera que ver de alguna manera con los dos. De modo que me salté yo también a Monica con la mirada y le dije a la chica El lunes. Monica se volvió y me preguntó ¿Estás seguro? Pero yo respondí de nuevo a la chica, le dije Pasillo, si es posible. Luego cogí el billete, la chica lo recorrió con la punta del bolígrafo recapitulándome los detalles. El vestíbulo se había quedado vacío, no había más que algunos de los hombres con letreros, tres señores que iban y venían aburridos, huérfanos de la persona cuyo nombre acarreaban. Los letreros colgaban a un lado, como espadas en reposo, conscientes de la inutilidad total de su función, al menos hasta el próximo vuelo. Cuando Monica y yo pasamos, los tres levantaron los letreros, con la esperanza de que fuéramos nosotros dos las personas que habían de recoger. Les hice gesto de que no con el dedo, los carteles volvieron a desplomarse hacia abajo y ellos empezaron otra vez a deambular cansinamente hacia atrás y hacia adelante.

Fuera no llovía, los aviones ya no se veían obligados a dar vueltas por encima de las nubes. Monica me tomó de la mano, caminamos un rato siguiendo el cercado. Después nos detuvimos, y ella metió los dedos entre los rombos de la valla, como si le hiciera falta esa sujeción para mantenerse en pie. Lo hice yo también, lo había hecho muchas veces de niño, ahora las manos ya no me entraban. Noté que algo me tocaba las piernas, agaché la mirada y vi que había un perro. Monica estiró un pie para espantarlo, pero yo la detuve, le dije Déjalo. El perro se incorporó, él también con las patas contra la valla. Hubo un momento en el que los aviones empezaron a bajar uno detrás de otro, casi como descendiendo en fila y luego se deslizaban dócilmente por la pista. Monica apoyó la cabeza en mi hombro, sin soltar las manos de la red. Me dijo Así que te marchas. Yo no le contesté. Ella añadió Lo siento. Y entonces empezó a contar los aviones que bajaban, primero dijo Uno, luego Dos y luego parecía que no iban a acabarse nunca.

Desde lejos no era fácil saber lo que era, aquella maraña de personas en movimiento. Después me di cuenta de que estaban zarandeando a alguien, eran cuatro y un chico en el medio. Se enzarzaban en silencio, sin desgarrones, desplazándose todos juntos primero a la derecha y luego a la izquierda. Aparqué antes de llegar a la nave, apagué el motor, y me quedé mirándolos. Había paquetes vacíos de cigarrillos en todos los rincones del coche de Christian, en el salpicadero el globo terráqueo que yo le había regalado, con la cruz entre África e Italia. Yo estaba completamente hundido en el asiento, deformado por la espalda de Christian, que nunca me había parecido tan grande como ahora que estaba metido dentro. De repente todos empezaron a gritar, el chico consiguió librarse de los brazos de los otros, y echó a correr a toda velocidad, los demás lo persiguieron durante unos cuantos metros, después se detuvieron. Pasó a mi lado corriendo, quince o dieciséis años y una cara medio asustada y la otra media riéndose de ellos con burla y desprecio. Salí del coche y fui al encuentro de los hombres de Anselmi, me saludaron con un gesto de la cabeza. Uno de ellos dijo Gilipollas, señalando al chico al fondo de la calle. Los cuatro llevaban ropa de trabajo, se hablaban en italiano para no excluirme de la conversación. Entonces uno de ellos me dijo Ven a ver, y me tomó por el brazo. Pasamos por debajo de las banderas, dimos la vuelta a la nave. En la hojalata azul había unas letras blancas, Traiasca Ceausescu, y la pintura que se escurría por debajo de las letras. Lo miré, y él me dijo Significa Viva Ceausescu. A los pies de aquella pintada había una lata tumbada, con la pintura que se salía.

Cuando Anselmi se reunió con nosotros, del nombre de Ceausescu solo quedaba Ceau, y uno de sus obreros estaba borrando la pintada, mientras los otros, sentados en la hierba, fumaban y le tomaban el pelo. Ha sido un crío, dijo el que mejor sabía italiano. Lo dijo con tono afable, como diciendo Los chicos hacen cosas como estas. Después se echó a reír. Tenía una manera muy divertida de reírse, se notaba que se reía solo por su expresión, se le fruncían los ojos, pero el resto no se movía. Añadió Ese ni siquiera sabe quién era Ceausescu, aún no había nacido. Anselmi miró la pintada, dijo La verdad es que queda mejor así, parece un saludo. Entonces agitó la mano, dijo Ceau Ceau, y se echó a reír él solo. Se volvió hacia mí, y me preguntó ¿Y tú qué estás haciendo? Le contesté Pues por aquí. Muy bien, dijo apoyándose una mano en el hombro y llevándome con él hacia la carretera, bordeando la nave por en medio del prado bajo el sol. Luego se detuvo un momento, pensativo, y, volviéndose, les gritó a los obreros ¿Qué significa Traiasca? Viva, le contesté yo. Pero Ceausescu ya no estaba allí, en la nave; lo habían borrado todo, e incluso del Traiasca solo quedaba la T. Anselmi se dio la vuelta, me puso otra vez la mano en un hombro y me dijo Son gente de lo más raro, ¿no te parece?

Así que nos vimos de nuevo el uno frente al otro, la mesa en el medio, con esos documentos encima que la última vez me había puesto delante. Me dijo Me he

enterado de que te marchas. Le dije El lunes. Después me preguntó ¿Te lo has pensado? Dije Estoy aquí por eso. Recorrí las hojas línea por línea, llegué hasta el final, dejé la pluma sobre la mesa, le dije No voy a vendértelas, mis acciones. Anselmi se me quedó mirando, y vi cómo le crecía el nivel de rabia, le fue subiendo desde los pies, le inundó todo el cuerpo hasta llegar a la cara. Entonces tú también te quedarás aquí, gritó descompuesto, rojo y sudoroso. Pero yo ya no lo escuchaba, me levanté, salí del despacho, bajé las escaleras y estaba cruzando el vestíbulo. ¿Quién coño te crees que eres?, me gritó desde la galería, mientras yo levantaba la mano al aire en señal de despedida. Lo oí gritar hasta que salí fuera, dejándome la puerta atrás. Llegué hasta el coche, vacié todos los paquetes de cigarrillos de Christian hasta que encontré uno, y me lo encendí. Fui a cambiar de sentido a la verja, me crucé con los cuatro trabajadores de Anselmi. Bajé la ventanilla y pregunté ¿Y Ceausescu?, y ellos me contestaron que Ceausescu ya no está aquí. Se echaron a reír, uno de ellos dio una palmada en el capó, yo subí la ventanilla. Un pueblo tras otro, llegué a la carretera principal. En el cruce estaba el chico que había hecho la pintada en la nave de Anselmi. Pedía que alguien lo llevara, con el pulgar extendido y la mirada distraída.

La última Navidad nos llamamos coincidiendo con Nochevieja. Llamaste poco después de medianoche, pero casi por casualidad. Dijiste solo Mamá, como para remachar de inmediato nuestros lazos y al mismo tiempo lanzar un lamento. Yo estaba en una casa muy ruidosa, con gente por todas partes, la música muy alta y alguien fuera que lanzaba petardos en la oscuridad. Tú dijiste Mamá y luego te pusiste a toser; yo te dije Hola sin familiaridad alguna. En un oído tenía los gritos de la fiesta, las carcajadas de la medianoche, y por el otro estabas tú y todo el silencio que te rodeaba, tu casa vacía. Detrás de ti se oían estallidos aislados, Bucarest que celebraba el año nuevo, pero el silencio en el que estabas tú era tan completo que parecían francotiradores en las ventanas. Dijiste Mamá quería felicitarte el año, y tosiste otra vez largo rato, yo me senté en un sofá junto a dos que se estaban besando. Te respondí Felicidades a ti también, y luego me apreté con fuerza la mano en la oreja porque no conseguía escuchar tu voz. Cerré los ojos para concentrar mi atención en ti, me acurruqué en una esquina, había gente que iba y venía, se dejaban caer en el sofá, alguno me gritaba, trataba de hacerme partícipe. Al otro lado, sin embargo, seguías estando tú que hablabas con dificultad desde el interior del silencio, la boca pastosa de alcohol y de sueño, decías Mamá ahora se va a dormir que no se siente muy bien, sin dejar de hablar en tercera persona, como se hace con los niños. Después me dijiste Buenas noches, y colgaste. Y fueron las últimas palabras que te oí decir. Cuando te contesté Buenas noches ya no estabas allí.

El telegrama llegó un día que en casa no había nadie. En él estaba escrito mi nombre y en cambio el apellido era el tuyo, lo habían deslizado por debajo de la puerta porque el buzón estaba lleno de publicidad, no cabía ya nada. Entré y no vi el sobre, pasé por encima, colgué la chaqueta en la entrada y luego fui a la cocina. Comí, lavé los dos platos que había manchado y fui a tumbarme en el sofá, pasé de nuevo junto al sobre sin verlo. Pero tú eras un pensamiento al que ya no volvía nunca, te me pasabas por la cabeza de vez en cuando, como algo que forma parte de la vida de otro. Tampoco en las conversaciones de casa aparecías ya, y papá había quitado las fotos de los muebles, las había metido dentro de un cajón. En el sótano quedaba uno de tus aparatos para adelgazar, que habías querido conservar como reliquia. Estaba en un rincón; si no lo habíamos tirado era porque papá metía las cosas que no quería que cogieran olor a moho. Solo tu armario había permanecido inviolado. Seguía estando delante de la cama donde papá aún dormía, aunque con una sola almohada colocada en el centro. Dentro estaban colgados tus vestidos, los habíamos llevado a lavar, pendían todos envainados dentro de su propia bolsa de nailon. Todos como un cortejo de ahorcados. Al principio, papá los sacaba de vez en cuando para que tomaran el aire, los colgaba donde podía, por toda la casa, en el pasillo, en el salón, en la cocina. Se quedaban respirando un par de días, por lo general, con la casa que por la noche parecía un campo de cruces. Pero después dejamos también de sacarte a tomar el aire, tu ropa permaneció encerrada, y el armario siguió allí, al principio como una

presencia molesta y después solo como un mueble repleto cualquiera.

Cuando papá volvió a casa yo estaba durmiendo, con la cara metida en la almohada. Oí la llave en la puerta y me desperté, estiré los brazos hacia arriba para sacar al cuerpo del sueño, me pasé las manos por la cara y me eché el pelo hacia atrás. Hola, le dije a papá, y él me dijo Hola, pasando a mi lado y volviendo poco después con las zapatillas en los pies. ¿Y esto qué es?, me dijo, dándome el sobre y quedándose en pie, delante del sofá. Me incorporé, lo miré y le pregunté ¿Dónde estaba? Allí, respondió él, señalando al suelo, delante de la puerta. Entonces yo me levanté, fui a la cocina a por un vaso de agua y volví a sentarme. ¿Y bien?, me apremió papá. Así que cogí el sobre, lo abrí y leí el telegrama. Después doblé el telegrama, lo metí dentro del sobre y se lo pasé a papá. Él se apartó un poco del sofá y se puso las gafas para leerlo. En él estaba escrito Nos ha dejado; estaba escrito el día del entierro, y el nombre y apellidos de Anselmi. Después de firmar había añadido Mis condolencias, y de nuevo, por segunda vez, su nombre y su apellido. Papá volvió a meter el telegrama dentro del sobre y me lo pasó. Se quedó un momento sin decir nada, y después lanzó un gran suspiro, enorme. Echó fuera todo el aire en un único, largo resoplido, y apartó la cara hacia el otro lado para que no pudiera verlo llorar.

Abrí la puerta y papá permaneció inmóvil, con las manos en el volante y la mirada más allá del parabrisas. Le di una palmada en la pierna y le dije Vuelvo enseguida, como si fuera un sicario y tuviera un asunto que despachar rápidamente. Ya tenía un pie en el asfalto. Me di la vuelta, pero no logré encontrarle el rostro, seguía inmóvil mirando hacia la calle que tenía delante. Al verlo así me pareció como envejecido de repente. Entonces bajé, dejé la puerta del coche abierta y me dirigí directamente al portal. Pulsé con el dedo en el telefonillo, lo mantuve pulsado largo rato, hasta que oí una voz de mujer decir Quién es. Solo entonces solté el dedo, dije Soy Lorenzo. La mujer permaneció un momento en silencio, luego oí el chasquido de la cerradura y que decían Último piso en voz baja mientras la puerta se cerraba detrás de mí. Al lado del botón, en el ascensor, había una plaquita con tu apellido. Pulsé y la cabina se despegó del suelo, con un tirón y un retroceso repentinos.

Tu madre estaba al final del pasillo, con una ventana a sus espaldas y ella aplastada contra la luz. Empujé la puerta y me dirigí hacia ella con paso decidido, la criada trató de detenerme, y tu madre, aparecida de la nada, dijo Déjelo. Me esperó allí, la puerta se cerró tras de mí, y aquel pasillo parecía no acabar nunca. Caminaba y veía las puertas que desfilaban a mi lado, las habitaciones que explotaban a mi paso. Pero yo miraba a tu madre, el rostro marchito que le caía sobre la boca y la confección de pelo que había permanecido intacta a lo largo de los años. Esperé a que llegara ante ella, luego se volvió y me precedió insegura hasta un salón de espejos y sofás. ¿Te apetece tomar algo?, me preguntó. Le dije No, y seguí mirándola a la cara para no mirar hacia ningún otro sitio. Se sentó en el único sillón, lo que lo decía todo sobre la soledad de aquella casa. Me quedé en pie por encima de ella. Desde lo alto, la confección de pelo revelaba grietas, se le veía la piel del cráneo. Me preguntó, no sin empacho, ¿Lula qué tal está?, y yo le dije Ha muerto. Tu madre se quedó en silencio mirándose las rodillas, yo le seguía mirando las grietas en la cabeza. Luego asintió largo rato, alzó la mirada hacia la ventana y dijo Claro.

Cuando volví a entrar en el coche, papá estaba tal como lo había dejado, con las manos en el volante, la cara hacia adelante, el motor en marcha. Le dije Ya está, él dijo Muy bien, después quitó el freno de mano y nos alejamos lentamente. ¿Qué ha dicho?, me preguntó tras recorrer un trozo de calle. Yo le contesté Ha dicho Claro; él se volvió hacia mí y repitió ¿Claro?, y luego se echó a reír, sacudía la cabeza y repetía Claro muchas veces, riéndose; sonreía yo también mirando hacia afuera. ¿Cómo era la casa?, me preguntó con sarcasmo. Grande. Claro, respondió, riéndose por la nariz. Pero yo de tu casa solo había visto el pasillo, el salón con los sofás, la luz, y todo el silencio que pasaba por su interior. Cuando me fui, tu madre no se dio la vuelta. En el pasillo me había cruzado con la criada, una muchacha filipina que me había dicho Lo acompaño, y después me había precedido hasta la salida. Así que recorrí al contrario el largo pasillo, con las puertas de las habitaciones que mientras

tanto habían sido cerradas para que no viera lo que había dentro al salir.

Ahora estábamos papá y yo en el coche, nada más superar los límites de la ciudad. Sentado junto a él, cambiaba las emisoras de la radio y él miraba a través del cristal; de vez en cuando repetía Claro y sonreía. Después llegamos al aeropuerto, subimos por el paso elevado de las salidas, nos metimos entre los demás coches aparcados. Papá apagó el motor, se volvió hacia mí y me dijo No hace falta que te diga nada. Lo miré y le dije que no se preocupara. Después añadió No puedo, y con los ojos me pedía una absolución. Le contesté Tú no tienes nada que ver, y me sonrió. Lo habíamos vivido muchas veces, ese momento de las despedidas, pero las otras veces eras tú la que te marchabas y nosotros los que nos quedábamos en tierra. Ahora era yo quien me marchaba, quien iba al otro lado del río para verte acabar bajo tierra. Papá me dijo de nuevo No hace falta que te diga nada y luego abrió la puerta, salió fuera. Abrió el maletero y sacó el equipaje que llevaba, una mochila y una maleta pequeña con ruedas. Me ayudó a ponerme la mochila, a pesar de que fuera pequeña y ligera. Luego sonrió y me pasó la mano por el pelo; dijo Ya es hora de que te lo cortes. Yo dije Claro. Se echó a reír, me estrechó un brazo. Y parecía realmente un padre, al verlo allí delante de mí. Le dije Te llamaré cuando llegue, y luego me di la vuelta, le oí cerrar el maletero, abrir la puerta y marcharse después.

Cuando llegué, Viarengo estaba sentado en el murete, delante de él había una larga cola de obreros. Pasaban uno tras otro, rápidamente, y luego se marchaban, montaban en bicicleta, en ciclomotor, algunos se iban en coche, levantando el polvo. Cuando me vio me hizo un gesto para que me acercara, como si fuera normal para él verme allí. Ya estás aquí, dijo, y me miró por un momento por encima de las gafas, inclinando la cabeza. El día de la paga nunca falta nadie, dijo riendo, míralos ahí. Uno tras otro llegaban ante él, Viarengo tomaba un fajo de billetes, los contaba y se los entregaba. Ellos cogían el dinero, se lo metían en el bolsillo, daban las gracias y luego abandonaban la fila. A pesar de que los fajos estuvieran listos y atados, Viarengo quitaba la goma, los contaba de nuevo en cada ocasión, volvía a colocar la goma elástica y se los pasaba. De vez en cuando se demoraba con alguno y le soltaba una reprimenda, el otro agachaba la cabeza, esperando el final del sermón, después cogía su salario y se iba. Cuando Viarengo reprendía a un trabajador, los otros se reían desde atrás, le tomaban el pelo, incluso había algunos empujones y se movía toda la fila. Yo seguía allí, al lado de Viarengo, viéndolos pasar uno tras otro como en la entrega de las libretas de calificaciones.

Así que te vuelves a casa, me dijo después de haber entregado el último manojito de billetes de banco. Le dije Sí, he venido a decirte adiós. Viarengo se levantó, se ajustó el sombrero en la cabeza y me dijo Haces bien, tú no tienes nada que ver con esto. Después me dijo Me he olvidado de darte una cosa, ven conmigo. Rodeamos una nave, él delante y yo detrás. Lo veía caminar, le miraba las pantorrillas, el embudo de los tobillos, la espalda, la nuca, y toda la fragilidad que tiene la gente de espaldas. Entramos por una puerta, que era en realidad una tela de nailon clavada a la pared y que caía hacia abajo. Así has visto también mi almacén, dijo señalando la enorme sala que se abría ante nosotros. No había un rincón libre, cada metro estaba ocupado por pilas de objetos de todas clases, somieres, sillas hundidas, colchones, ruedas de bicicleta, un par de viejos calentadores de agua, algunos espejos. Viarengo me dijo Espera aquí y luego se metió en el medio, como si se hubiera arrojado a un mar tempestuoso. Lo veía y dejaba de verlo, desaparecía detrás de las montañas de objetos, lo oía mover cosas, lanzar imprecaciones. Mira, me dijo riendo desde detrás de un montículo y enseñándome un retrato de Ceausescu. Luego sacó otro, y luego otro más. En los retratos estaba Ceausescu solo, o con su esposa, o de caza, o en medio de un mar de banderas y niños. Me los enseñaba y los apoyaba un poco más allá descuidadamente, como cadáveres en una fosa común. Dijo Con la prisa que tenían por deshacerse de ellos, y tal vez ahora hasta valgan dinero. Después se hundió de nuevo y lo oí decir Aquí está, por fin. Esto debe de ser tuyo, dijo sacando uno de esos letreros que se plantan en los parterres. En él estaba escrito Lorenzo, era el de la fotografía. ¿Lo quieres?, preguntó. Le contesté Quédatelo tú, como recuerdo.

Me encaminé hacia Monica, que estaba parada en la calle, esperándome, y luego me volví para ver otra vez el rancho de Viarengo, los prados que lo rodeaban, y a él, que

seguía allí en medio de la calle mirando cómo me iba. Recuerdos a Italia, me gritó, y yo levanté una mano al aire, de espaldas. Monica arrancó antes de que yo cerrara la puerta. ¿Adónde vamos?, preguntó. A casa. Me miró y dijo ¿Estás enfadado? Yo miraba hacia afuera, los campos que acababan donde comenzaba la ciudad, primero todo llano, luego todo encaramado a diez pisos de cemento. Tú crees que soy una zorra, dijo con expresión de asco en la boca, en parte por la rabia de haberlo pensado y en parte por el disgusto de habérmelo dicho. Le dije No, y mientras tanto estábamos entrando en Bucarest, yo que en realidad me sentía ya lejos. Es por tu madre, añadió como si quisiera cerrar el pensamiento que había abierto poco antes. Me volví hacia ella y de repente me entraron ganas de reír. ¿Por qué te ríes?, me preguntó Monica con una expresión entre divertida y ofendida. Perdona, le dije, no lo sé.

Nos despedimos debajo de casa, ella que me preguntó ¿Volverás?, y yo que le contesté No lo sé. Me dijo Espero que sí y me besó, me entró en la boca con violencia, sus dientes en los labios, sus manos tirándome del pelo. ¿Puedo subir?, me preguntó, le dije No. Ella me dio un puñetazo en un hombro, volvió a tirarme del pelo. Después se dejó caer contra el asiento, se rindió de repente, dijo Perdóname. No supe decirle nada, como respuesta, aplastado yo también contra el respaldo, la mirada por encima del salpicadero, las luces descerrajadas de la estación de servicio que estaba en frente de tu casa. Monica se echó a llorar con un estornudo, primero el estallido; después los sollozos y la nariz que se sonaba dentro del pañuelo. Perdóname, dijo de nuevo.

Era el alba cuando nos marchamos, encontré a Christian debajo de casa, el coche con las ventanillas bajadas y la música que salía desde dentro. Estaba sentado en la acera, se levantó cuando oyó el chasquido de la cerradura del portal, y yo salí. Nos saludamos en el umbral; sin habernos puesto de acuerdo, íbamos vestidos igual: una camiseta de rayas y una gorra en la cabeza, como para ir de excursión, ambos con gafas de sol en la nariz. Puse la mochila en el asiento de atrás, cerré la puerta, tu nombre escrito en el lateral volvió a aparecer por entero. Christian desplegó un mapa sobre el capó, me dijo Mira, y apoyó el dedo en un punto. Es aquí. Con el dedo recorrió el camino que debíamos cubrir, lo hizo dos veces, hacia delante y hacia atrás, No está lejos. Luego señaló el río, Está pasado el Danubio, y dio un salto con el dedo, como si fuera suficiente con un rebote bien hecho para llegar al otro lado de la orilla. Estupendo, le dije, y nos incorporamos, nos miramos desde detrás de las gafas de sol.

En la foto que me habías mandado podía verse el río. Estabas tú de pie en un prado, el viento que te revolvía el pelo y ese letrero plantado en el suelo en el que se leía mi nombre. Tú sonreías, saludabas con la mano y detrás de ti se veía el río. Era una de las pocas fotos que había conservado, la saqué, me la apoyé en las rodillas, luego se la pasé a Christian. Él la colocó en el volante, la mantuvo allí durante un tramo de carretera; por la ventanilla la campiña, las flores amarillas, algunas aglomeraciones de caballos. Yo tenía el brazo extendido por fuera de la ventanilla, sentía el viento silbarme encima, empujarme lejos. Una vez tú me dijiste Los aviones hacen eso, para frenar en el aire, se colocan contra el cielo. Y había un juego, al que jugábamos, tú que gritabas Socorro, no me funcionan los frenos, y los dos que extendíamos entonces de inmediato el brazo fuera de la ventanilla, nos colocábamos contra el cielo nosotros también. Y luego, cuando volvíamos a meter el brazo siempre había algún insecto que se nos había quedado muerto en la mano. Miré a Christian, que sujetaba la foto en el volante con un dedo, y cantaba una canción que emitían por la radio. Después me devolvió la fotografía. Este es el Danubio, dijo señalando al río que se veía detrás de ti.

Llegamos cuando era la hora de comer; el río que se había abierto de repente al doblar por una carretera, enorme, salvaje. Christian aparcó en el terraplén, apagó el motor, dijo Pues aquí estamos. ¿Qué te parece?, me preguntó; yo le respondí Grande. Nos quedamos un rato en el coche mirando hacia adelante, como si quisiéramos sobrepasarlo y lanzarnos al agua con el coche, dejarnos caer por nuestro propio peso, sin carrerilla. Me dijo Allí está el terreno, señalando la orilla opuesta, más allá del Danubio; después abrió la puerta, bajó del coche. Nos sentamos en el terraplén, con las piernas colgando y el río que corría bajo nuestros pies. De vez en cuando, pasaba una barcaza cargada de grava, desfilaba ante nosotros lenta, infinita, y al cabo de un rato regresaba ya sin nada, ligeramente más rápida. No lejos de nosotros había un hombre que estaba pescando sentado en una sillita, la caña oblicua en el aire y el hilo

que caía perezoso en el agua. Christian dijo Si quieres cruzar, tienes que tomar eso. Y me señaló un pequeño barco, a un centenar de metros de distancia. Era poco más que una vieja barca, con una bandera rumana descolorida que ondeaba y un par de personas asomadas. Tu madre, me dijo mirando el barco, cruzó solo una vez al otro lado.

De modo que tú habías ido allí solo para sacar esa fotografía, el letrero plantado con mi nombre escrito en él. Fuiste como se va a la luna, en la que uno clava una bandera, saluda y luego no vuelve nunca más. Habías tomado ese barco que estaba atracado a un centenar de metros de mí, con la bandera que ondeaba también entonces. Cruzaste el Danubio lentamente, mirando primero la orilla desde la que habías partido, luego la otra a la que estabas yendo. Y al final llegaste allí, al otro lado. El punto exacto ahora yo podía verlo, lo tenía delante, estaba justo al otro lado del río.

Agradecimientos

Este es un libro que viene de lejos. Para concebirlo, primero, y para escribirlo, después, hizo falta mucho tiempo, un tiempo hecho de viajes entre Italia y Rumanía, de encuentros importantes, de extravíos perennes. Sin la ayuda de algunas personas, a las que aquí quiero dar las gracias, esta novela no habría sido.

Gracias infinitas a Maurizio Rossetto por su hospitalidad en Bucarest y por su entusiasmo didáctico; a Donatella y Girolamo Orecchia, por su ayuda y honestidad intelectual; a Tiziana Callari por haberme echado una mano para que pudiera marcharme; a Bianca y Diana Alexandrescu, Traina y Claudiu Bichea, Paola Chinello, Franco Melloni, Angela Onea, Michelangelo Rosso y Francesco Spada, por su disponibilidad durante mi estancia en Brasov y Timisoara; a Ruxandra Balaci, Luigi Bongiovanni, Alberto Castaldini, Carmen Duta, Adriana Floarea y Francesco Servida, por sus estímulos y provocaciones en el curso de mi último viaje a Bucarest; a Ileana Bunget, por haberme contado con paciencia y generosidad conmovedoras las contradicciones de su país; a Giuliana Ripani y Alessandra Ferracuti por un punto de arranque fundamental; a Giorgio Gianotto, Giovanni Maderna, Massimo Neri y Elena Rossi por haber amado esta historia antes incluso de que fuera una novela; a Debora Pietrobono por su análisis, las observaciones importantes y su preciosa lectura; a Federica Niola por las lecturas de motivación; a Paolo Piacenza por el título y el ansia de verdad; a Vicent Raynaud por haber creído ciegamente; a Paola Gallo por la pasión que puso, porque todo libro es un esfuerzo compartido en parte con el editor de mesa. Gracias además a Mariapaola Pierini por la paciencia diaria, la inteligencia y el demonio de la estética total. Y a mi familia, por los ánimos y por todo lo demás.

Por sus consejos, estímulos, ayudas, gracias a: Maria Alicata, Francesca Balduzzi, Andrea Bosco, Andrea Canobbio, Ascanio Celestini, Pietro Cingolani, Ylenia D'Autilia, Mara Dompè, Anna Dorangricchia, Lorenzo Fazio, Giancarlo Levi, Gigi Livio, Agnese Manni, Lorenzo Monguzzi, Florin Nagy, Viorica Nechifor, Marco Paolini, Aldo Pasquero, Maria Perosino, Armando Petrini, Sandra Piana, Bartolomeo Pietromarchi, Vincenzo Quagliotti, Enrico Racca, Veronica Redini, Simone Regazzoni, Roberto Rossi, Eleonora Rosso, Carlo Severi, Sonia Tavarone, Giorgio Vasta y Elena Volpato.

Por último, tres agradecimientos algo especiales: a Valerio y Camilla Adami, por haberme acogido en su encantadora vivienda de la Rue Becquerel, en París, y por haber velado durante los primeros pasos de esta novela; a Maria Viridis, por haberla llevado en el corazón día tras día, durante todo su proceso de escritura; y a Lorenza Codignola, que me trató como a un príncipe, junto con Lupe, durante mi largo retiro genovés.



ANDREA BAJANI (Roma, 1975). Es conocido tanto por sus novelas como por sus libros de ensayo y sus traducciones del inglés y el francés. Además, Bajani es colaborador de numerosos medios de comunicación, tanto en su país (La Stampa, L'Unità, Il Sole 24 Ore), como a nivel internacional (Libération, Le Monde, El País). A lo largo de su carrera, Bajani ha ganado premios como el Super Mondello, el Recanati, el Brancati o el Bagutta gracias a novelas como Saludos cordiales, su primera obra traducida al castellano. También ha estrenado dos piezas teatrales y publicado ensayos sobre temas como el trabajo precario en Italia o la realidad actual de los adolescentes.